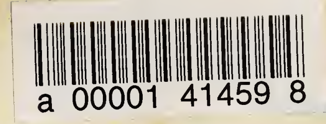

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA




a 00001 41459 8

AMÉRICA

(HISTORIA Y FILOLOGÍA)

AMÉRICA

(ESTUDIOS HISTÓRICOS Y FILOLÓGICOS)

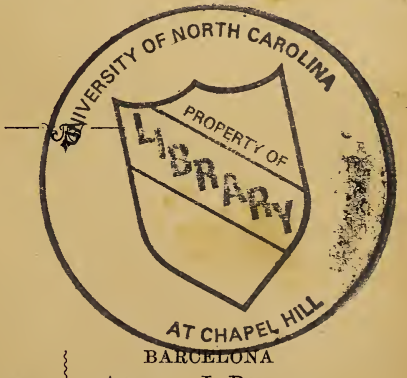
LAS ANTILLAS.
DESCRIPCIÓN DE LA ISLA DE PUERTO RICO. — LOS HÉROES DEL DESCUBRIMIENTO. — PRIMER VIAJE DE COLÓN.
MARTÍN ALONSO PINZÓN
Y EL DESCUBRIMIENTO DE PUERTO RICO.
NOMBRE INDIANO DE ESTA ISLA.—ESTUDIOS FILOLÓGICOS.
BIBLIOGRAFÍA.

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS

ESCRITOS Y ORDENADOS POR

D. LUIS LLORÉNS TORRES

CON UNA CARTA-PRÓLOGO
DE
D. ANTONIO CORTÓN



MADRID
VICTORIANO SUÁREZ
Preciados, 48

BARCELONA
ANTONIO J. BASTINOS
Pelayo, 52

Barcelona.—Imprenta de Henrich y C.ª, en comandita

DEDICATORIA

A la Muy Ilustre

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA,

EN PRUEBA DE ADMIRACIÓN
Y COMO DÉBIL HOMENAJE DE RESPETO, DEDICA ESTE
HUMILDÍSIMO TRABAJO,

El Autor.

CARTA-PRÓLOGO

Sr. D. Luis Lloréns Torres.

Barcelona.

Mi joven y estudioso amigo: Ha escrito usted un libro, va á publicarlo, y tiene la bondad de pedirme, acerca de él, mi opinión. Y esta opinión que, como mía, ha de carecer naturalmente de autoridad y de fuerza, quiere usted que también alcance los honores de la publicidad y que salga, en forma de prólogo del libro, por estos y por aquellos mundos de Dios...

Está bien... Sin vacilar un momento, complazco á usted, y aquí me tiene, péñola en ristre—que diría un clásico—y armado de nueve cuartillas en blanco, que he de llenar—ni una más, ni una menos—con las palabras que me inspiren mi afecto hacia usted, mi estimación á su obra, y, sobre todo, y, singularmente, mi ardiente entusiasmo por todo aquello que trae á mi memoria el nombre querido de la patria, de aquel terruño que usted describe tan bellamente y á cuya historia lleva usted con su libro tanta y tan clara luz.

Pero á más del lazo que como conterráneos nos une ó que parece natural deba unirnos, lígame á usted la simpatía que en toda alma generosa despierta la contemplación de una juventud llena de promesas y esperanzas... El sol que nace, la flor que se abre, el manantial que brota, el pajarillo que ensaya su primer vuelo

son—en contraposición á la célebre frase del escritor latino—la *sonrisa de las cosas*... Nada más bello, nada más conmovedor que una cuna... Todo lo que nace, todo lo que empieza, todo lo que quiere vivir tiene derecho á una voz de aliento. Y si lo que nace es una inteligencia, y esa inteligencia es lozana y fecunda, ¡venturoso de toda ventura el que la ha visto de cerca y ha podido alentarla!...

Yo he tenido, con respecto á usted, esa satisfacción. Jóvenes amigos míos, que también lo son de usted y sus compañeros en las aulas, habláronme de usted y de su libro, ponderándome su amor al estudio, su afición á las letras y á la ardua labor de depuración histórica. Atraído por la curiosidad, quise conocer á usted personalmente y tratarle. Cuando usted vino á buscarme, ya iba yo á su encuentro. Leyóme usted, cuartilla por cuartilla, su libro, y yo le animé á publicarlo. Sentía usted, como todo autor primerizo, el natural temor á la fiera, al público, á lo que llamamos «el lector», y yo logré convencer á usted de que el tal público es una excelente persona, no tan fiera como se la pinta. Pensando en la crítica, sobre todo en aquella exclusivamente gramatical y de pura forma, se le ponían á usted los pelos de punta, y yo demostré á usted que la crítica, si es justiciera, estimula en vez de abatir el ingenio, y, si es injusta ó frívola, resulta contraproducente, y fecundiza en vez de agostar la inspiración.

Usted me ha oído, y da á la estampa su primer libro. Yo quisiera tener para usted, al meterle en estas andanzas, la misma buena sombra que al destino plugo que tuviese cuando inicié en la vida de las letras á dos jóvenes paisanos míos, hoy asaz renombrados aquende y allende el Atlántico, y uno de los cuales—Salvador Canals—(el otro me niega como Pedro á Cristo) al dedicarme hace poco, desde Madrid, un ejemplar de un libro suyo, recordándome el despertar de su espíritu,

trajo á mi obscuridad un resplandor de su luz, á mi estío un aura de primavera, y al silencio en que vivo un eco armonioso, algo como un *ritornello* de sueños lejanos, compartidos con él y no realizados por mí...

Alentando á usted, excitándole ardientemente á proseguir sus estudios, ¿obré á derechas ó hice mal? Según y conforme. Desde el punto de vista de los intereses materiales y de la conveniencia particular del individuo, considerado aisladamente, sería insensatez aconsejar á nadie que sea de oficio literato, historiador ó poeta y que se resigne á sucumbir como Orfeo, desgarrado por las uñas de las Ménades y no defendiéndose de ellas más que con su lira ensangrentada. Sobre este negocio no hay que hacerse ilusiones... El padre de Ovidio, invitando á su glorioso hijo á abandonar el trato de las Musas, es el tipo eterno del buen sentido vulgar. Usted, amigo mío, engordará mejor su bolsa y vivirá más holgadamente si, en vez de engendrar obras de ciencia y de parir una cada año, se va á Puerto Rico y monta allí una fábrica de papel de estraza ó un alambique para producir ron. Siempre he creído que la corteza del coco es un gran filón aprovechable para muchas industrias, y no digo nada de la invención, aun no aplicada allí, de *le fil à couper le beurre.* Mas, para explotar esas industrias, hormiguean allí ciudadanos con espíritu emprendedor, actividad y recursos, mientras que, por rigor del hado, para hacer libros, y libros buenos, hay pocos. Haga usted libros, puesto que hacerlos sabe, y ya, sobre todo, que esa labor no es incompatible con cualquier otra más fecunda en bienes temporales.

Pero dejando estas frivolidades (usted sabe por qué las traigo á colación) hora es ya de que estreche su mano y le felicite calurosamente por su obra titulada *América*, fruto de provechosas vigilias, indicio de la particularidad de sus aptitudes y signo evidente, sobre todo, de una precocidad intelectual que hay que salu-

dar con alborozo y estimular con cautela. Tiene usted 21 años de edad, y empieza—aquí de la frase de ritual —por donde otros concluyen. Pero digo mal: usted empieza por donde muchos no concluyen jamás; porque eso que usted ha realizado, de estudiar con ahinco, para escribir un capítulo de su obra, los idiomas de los indígenas de América, haciendo venir de Alemania y echándose usted al coleto, con la mayor sencillez del mundo, terribles gramáticas y desabridos léxicos, es labor de benedictino que el vulgo no sabe apreciar y que demuestra la seriedad interior con que usted toma el trabajo creador del espíritu. De mí sé decirle, amigo mío, que antes me dejaría descuartizar que ponerme á digerir los idiomas de aquellos *niños de la raza humana,* como les llamó Lamartine, y que eran en verdad tan simpáticos y poéticos que solían comerse apaciblemente en estofado las carnes de sus tiernos hijos...

El capítulo á que me refiero es de primer orden. Los conocimientos por usted adquiridos en la novísima ciencia que Federico Wolf bautizó con el nombre de filología, y que hoy, merced al reciente libro de Breal, llega á su último desarrollo, sirven á usted para fundamentar su opinión y emitir su fallo sobre un negocio que en Puerto Rico hizo gran ruido y despertó la curiosidad. Aduce usted buena copia de datos y observaciones para restituir al vocablo *Borinquen* la acentuación y las letras de que le despojó Brau. A juicio de usted, debe decirse *Borinquen*, como se decía antaño, como se dijo siempre hasta que Salvador Brau dió en el Ateneo sus bien meditadas lecciones de crítica histórica. Yo soy lego en esta clase de estudios y me limito á señalar y á aplaudir el gran esfuerzo intelectual que usted ha hecho, celebrando, á lo sumo, que si mi amigo Salvador pierde el pleito, sea usted y no otro quien se lo gane. Aparte de esto, y—dicho sea de soslayo— Brau es un cerebro luminoso, al que precisa juzgar por el conjunto total de su obra, aun en mantillas, y

celebrar singularmente porque, en esta esfera de los conocimientos, ha sido, como decía Armand Silvestre, *l'ouvrier de la première heure, toujours le plus mal payé de tous.*

Pero no es ese, con ser tan notable, el capítulo de su obra en que la crítica debe echar las campanas á vuelo. Cuando hay que repicar gordo es al leer y saborear aquellos trozos de su libro, en que usted se lanza á demostrar que no es á Colón á quien debe adjudicarse el laurel del hallazgo de Borinquen, sino á Martín Alonso Pinzón, el experto marino de Palos, el armador de la flota, el capitán de la *Pinta.* Dicha así la cosa, súbitamente, sin ampliaciones ni circunloquios, parece una herejía descomunal, fruto del hervor de la juventud, ya que no de la inquina que usted debe de profesar á D. Cristóbal, y tal vez por cuestión de faldas... Para el vulgo—y vulgo somos casi todos—las ideas nuevas siempre son un delito. Tienen los pueblos, como las iglesias, sus dogmas y sus santos, y ¡ay del que sea osado á demoler el culto que nos fué transmitido ó—lo que es peor—los intereses, á cuyo amparo vivan algunos prójimos! «Hay hombres — como decía Chateaubriand — que duermen con las ideas viejas, como los antiguos caballeros con sus mohosas armaduras». A esos pretenda usted hacerles tragar algo diferente de lo que leyeron toda la vida en su breviario político y literario ó en su periódico tradicional—el mismo que leían sus abuelos—y se lo comerán á usted vivo... Y no digo nada si son escritores, si pertenecen al gremio irritable y vanidoso de los literatos y los artistas... Schliemann, ilustre alemán que descubrió en 1891 los yacimientos de la famosa ciudad de Troya, para lograr ser creído de ciertos arqueólogos y publicistas de distintos países, que ponían en tela de juicio la autenticidad del hallazgo, tuvo que pagarles el viaje al mismo lugar en que fué descubierta la vieja ciudad inmortalizada por Homero y que se mostraba á los ojos en la

misma forma y con los mismos detalles con que fué descrita por el autor de la *Iliada;* y después de hacer *gratis et amore* la agradable excursión y de ver de cerca y palpar los yacimientos de Troya, no faltaron algunos señores que siguieron negando, con tenacidad increíble, el descubrimiento de Schliemann.

Esté usted prevenido y abra desde ahora el paraguas para la lluvia que ha de caer; pero no se amilane ¡eso nunca!, ni menos renuncie á su simpático papel de mantenedor de la verdad. El hombre honrado no debe ocultar lo que piensa, sino decirlo en alta voz, con arrojo y sinceridad. Un hombre solo, por insignificante que sea, puede tener razón contra un pueblo entero. El número no constituye la verdad. Siendo muchacho, cuando saludé la filosofía, aprendí en Descartes que la primera condición para descubrir la verdad es no tener resuelto nada de antemano. Al formar opinión sobre alguna cosa, lo primero que trato de hacer es despojarme de todo *prejuicio.* La mente libre de preocupaciones; el corazón exento de odio y de amor; los nervios calmados; la vista serena, tal es la situación en que debe uno colocarse para formar juicio y ver claro. Y una vez formado ese juicio, agrade ó no agrade á las gentes, debe exponerse ante el público. Vil y menguado fuera el autor que, por temor á hacerse antipático ó á ser calumniado y maldecido, guardase sus ideas bajo llave, como si fuesen un crimen. Voltaire, según Diderot, es como los frailes, que sólo escriben para su convento. Autores hay en estos tiempos que sólo escriben para su *coterie* y que ya saben, al terminar un trabajo, cuántas y cuáles son las personas que han de felicitarle por él. Esto me parece muy halagüeño y cómodo, pero no muy bizarro.

Además, cuando se emiten con seguridad y firmeza ideas propias y no se sostienen *porque sí,* sino dando razones, como usted hace, y volcando sobre el papel un

tesoro de datos, de citas y de argumentos, bien puede uno estar tranquilo y no temer que la crítica venga á hincar su canino diente en la obra. Usted tiene un arsenal de pruebas. Con claridad y método, estudiando de paso las muy diversas opiniones de los escritores americanistas, hace usted el relato del primer viaje de Colón, no sin describir antes la escena, es decir, el Archipiélago colombino. Traza usted, con mano firme, la silueta de los principales personajes, de los que van á ser audaces violadores de los secretos del viejo Océano, y nos pinta sus rivalidades y zozobras, la feliz llegada á Guanahaní, el hallazgo de Cuba, la salida del puerto de Gibara, la marcha hacia la misteriosa isla de *Baneque*... Y ahí sube de punto el interés de la narración. En la noche del 21 al 22 de Noviembre, la carabela *Pinta*, mandada por Martín Alonso Pinzón, se separa del resto de la escuadrilla y emprende la fuga... ¿Qué busca, qué quiere la nao fugitiva? El soplo de la codicia mueve sus velas, codicia de oro, codicia de gloria tal vez... Para usted uno de los efectos más trascendentales de la súbita escapatoria de la *Pinta* fué el descubrimiento de la isla de Puerto Rico. Con datos é indicios rastreados en la historia, en la geografía, en la filología, ó deducidos del análisis del corazón humano y de la moral de la época, construye usted una hipótesis muy verosímil y lanza á los vientos una conjetura muy aceptable. Y esta conjetura—importa decirlo en alta voz—tiene base más firme y pedestal más sólido que otras muchas de críticos justamente célebres sobre asuntos de menor importancia. Sin ir muy lejos—y para citar el caso más reciente—ahí está el insigne Menéndez Pelayo apoyándose sólo en cuatro indicios ligeros, para adjudicar al ínfimo poetastro aragonés Alfonso Lamberto la paternidad del falso *Quijote*, publicado en tiempos de Cervantes. Y cuenta que con ser tan brumosos los indicios sobre los cuales alza su conjetura el ilustre

crítico, casi parecen una montaña si se ponen en parangón con los rebuscos y cavilaciones á que se entrega y en que se solaza Fernández Guerra para venir á parar en que el autor del tal libro fué Fray Luis de Aliaga, célebre confesor de Felipe III y conocido tristemente en su tiempo — y éste es un gran dato para el investigador — con el apodo de *Sancho Panza.* Interviniendo en la misma polémica, mueven á risa la seriedad y el entono con que Benjumea, Ceán Bermúdez, Adolfo de Castro y otros graves y cejijuntos varones se entretienen á veces en descifrar pueriles anagramas para colgar á tal ó cual autor, de mayor ó menor cuantía, el milagro del engendro de *Don Quijote*, el malo. Y así, de esta guisa é hilando tan delgado, es como suelen hacerse y deshacerse, las más de las veces, las verdades históricas.

Basta, para muestra, con un botón, y no es preciso añadir más para que el lector de estas líneas se forme una idea de la substancia y la médula de la obra y del ingenio sutil, avisado y sincero de usted. Esto es siempre lo principal; que en cuanto á la forma de expresión, al ropaje del pensamiento, al estilo, y en lo atañedero á la factura artística de los retratos y los cuadros, eso le vendrá á usted con el tiempo, siendo injusto exigir á un mozo imberbe, aunque de tan vasta lectura como usted, que en su primera obra escriba como Larra ó pinte como Sainte-Beuve. No es, ni mucho menos, empresa sencilla, la de cabalgar en ancas del corcel de Cervantes. Usted, á juzgar por la muestra, plumea con facilidad, no sin bastante corrección, y fuera parte de tal ó cual desahogo lírico, provocado por el santo cariño á la tierruca, su lenguaje es sobrio y transparente, como cuadra á esa clase de obras, siendo además muy de notar y de aplaudir la cultísima urbanidad que usted emplea para contender con ilustrados publicistas portorriqueños, predecesores de usted en la eterna labor de tejer y destejer esa tela de Penélope

de la historia del nuevo mundo. Al presentarse así, con tan simpática modestia, merece usted aplausos y loores; porque—no lo dude usted—muchas veces, como decía De Bruix, se tiene culpa por el modo con que se tiene razón.

La obra de usted, claro está, caerá seguramente, *comme des cheveux sur la soupe,* sobre los libros y opúsculos, tan diversos como antagónicos, de los autores que han tratado del desembarco de Colón en Puerto Rico, allá por Noviembre de 1493. Pero, bien mirado, usted no viene á pasar la esponja sobre esos trabajos, que quedan en pie, para atestiguar del alto valer de sus autores. Porque usted no niega ni es posible negar que Colón en la indicada fecha haya estado en la isla. Lo que usted afirma ó, mejor dicho, lo que usted deduce de sus disquisiciones, es que el almirante, cuando en el segundo de sus viajes tomó tierra en Borinquen, tuvo que pisar las huellas de Martín Alonso Pinzón, que ya había estado allí en el año anterior á aquél. Ni tampoco puede decirse con razón y justicia que usted viene á arrancar una perla de la opulenta corona del genovés. No hace falta al gran navegante, para continuar en la cima de la grandeza humana, el lauro del descubrimiento de Puerto Rico. La gloria de Colón empieza en Palos y acaba en Guanahaní, y si allí, en frente de las islas Lucayas, hubiese muerto, sin poder continuar su obra el gran nauta, no sería menos fervoroso el culto de la humanidad hacia él. La tenue y fugaz lucecilla de Guanahaní, vista en lontananza por Colón desde su épico buque, es el sol gigantesco y soberano que brilla y brillará perpetuamente, hasta que el planeta se extinga, sobre la figura y la memoria de aquel Prometeo del mar...

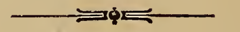
...Y aquí acaba la novena cuartilla y con ella este humilde prólogo. Al escribirlo como Dios me ha dado á entender, lejos del ruido mundanal, no he tenido otro fin que el particular de complacer á usted dán-

dole mi opinión. Con ella, acepte usted también mis plácemes calurosos y el testimonio del afecto de su viejo amigo y compañero, que le desea muchos aplausos y

Q. B. S. M.,

Antonio Cortón.

Barcelona, Noviembre 15 de 1897.



PRIMERA PARTE

(PARTE HISTÓRICA)

INTRODUCCIÓN

LAS ANTILLAS

SUMARIO. — *a)* Cambios geológicos que han experimentado estas islas.—Su aparición.—Su unión al continente. — Causas que motivaron su separación.

b) Existencia de la Atlántida en la época terciaria. — Hundimiento de esta gran isla en los primeros tiempos de la cuaternaria. — Opiniones favorables á dicha existencia y hundimiento.—Autoridad de Platón.—Escritores que la confirman. — Formación de los mares é islas del archipiélago Antillano.

c) Situación y límites de las Antillas. — Las islas Lucayas ó Bahamas. — Las islas Caribes.—Las grandes Antillas.—Noticias geográficas de todas estas islas.

d) Dos palabras sobre el descubrimiento de América.

a) Es indudable que el elemento líquido de nuestro Globo ha ido disminuyendo de una manera continua, en el transcurso perezoso de las edades geológicas, al paso que las tierras han adquirido cada vez mayor extensión. Tenemos que suponer, pues, que hubo un tiempo en que los mares ocupaban toda la superficie del planeta; tiempo al cual no pueden llegar las investigaciones de la Prehistoria, pero cuya existencia es universalmente admitida por los modernos geólogos y los naturalistas más notables.

Tal vez en medio de aquel inmenso piélago formáronse pequeñas islas, sobre las cuales ejercióse inmediatamente la acción edificadora del aire, lluvia, etc.; y aumentando así sus dimensiones, y juntándose con las que nuevamente se formaban, dieron origen á esas gigantescas moles de terreno que, elevándose á considerables alturas y arrojando por hirvientes cráteres las materias fundidas en el centro de la

Tierra (1), parecen deformes vestiglos ó prepotentes titanes dispuestos á desafiar el furor y bravura de los Océanos.

En aquellos tiempos en que la Tierra efectuaba sus primeras evoluciones, el continente americano actual estaba muy lejos de existir. Aunque se conjetura que, en épocas posteriores, hallábase unido á Asia y á Europa, de donde separóse en el período glacial; aunque la multitud de fósiles descubiertos por los geólogos en las capas estratíferas de Méjico, Estados Unidos, Brasil, etc., nos revelan que tanto la América del Norte como la del Centro y la del Sur han recorrido con sus colosales dimensiones casi todos los períodos en que se divide la historia de la Geología; y aunque hayamos visto, en el estudio de la formación pliocena de la época terciaria, que por aquel tiempo ya los Andes se elevaban sobre las demás regiones de América, no debemos poner en duda la preexistencia de edades más primitivas en las que todo se hallaba cubierto por las aguas.

En estas épocas arcaicas, en las cuales se formaron los gneises sobre que descansa toda la corteza terrestre, las Antillas, como la mayor parte del continente americano, no habían salido todavía del seno de los mares.

Pero brotó la primera isla; surgieron otras, así en la América del Norte como en la del Sur; ensancháronse, juntáronse, y llegó un momento, cuya fecha geológica no podemos precisar, en que aquello era un continente vastísimo, con árboles de todas las dimensiones, y con toda especie de animales, desde los más corpulentos hasta los de más pequeñas tallas, inclusos el caballo y el buey (2), cuyas variedades ya habían desaparecido totalmente cuando Colón y sus compañeros tu-

---

(1) Conviene sin embargo advertir que los estudios modernos sobre las causas de los volcanes, tienden á señalar á éstos un origen distinto del que indicamos.

(2) *Bos primigenius* llaman los geólogos al buey de las épocas terciaria y cuaternaria. Está probado que este buey existía también en América; y sus restos fósiles, algunos de los cuales han sido hallados en perfecto estado de conservación, revelan una gran analogía ó semejanza entre dicho buey antiguo y el existente en la actualidad.

vieron la suerte de descubrir aquellas remotas tierras condenadas por el fanatismo y la superstición de un siglo glorioso, pero ignorante, á permanecer obscurecidas para siempre.

Es casi seguro que las Américas, en la lejana época en que el caballo galopaba por sus vírgenes selvas y praderas, constituían un solo continente; continente vastísimo, como hemos dicho, y tan ancho en la parte central como en la del septentrión y en la del Sur. Las Antillas, por lo tanto, hallábanse unidas al Continente.

*
* *

b) Hacia la parte E. del *Nuevo Mundo* existió, durante la época terciaria y los primeros períodos de la cuaternaria, una isla muy grande que se extendía hasta cerca de Gibraltar. Dicha isla, cuya existencia ha sido puesta en duda por muchos historiadores, es la que los antiguos conocieron con el nombre de Atlante, la cual sepultóse en el Océano que por ello tomó el nombre de Atlántico; y los escritores de todos los tiempos, que mencionan dicho hundimiento, lo consideran como uno de los más fuertes cataclismos que ha sufrido la Tierra.

Y no se equivocan los autores clásicos, al expresarse en tales términos; porque el hundimiento de tan dilatadas regiones originó la formación de numerosos mares mediterráneos, y redujo á ínsulas muchas tierras continentales. De este modo se formó el mar Mediterráneo que separa á Europa de Africa

Pero el hundimiento de la Atlántida, por hallarse ésta equidistante del Nuevo y del Antiguo Mundo, debió producir en América efectos análogos á los que produjo en Europa y Africa.

No es de extrañar, pues, que las Antillas se separasen del continente, ni que se formasen mares como el llamado generalmente *mar Caribe* y el mediterráneo de Méjico.

La existencia de la Atlántida, como antes hemos dicho, ha sido puesta en duda por muchos historiadores notables; es, por consiguiente, necesario que, antes de pasar adelante, tratemos de dilucidar esta cuestión, con el fin de no dejar

lugar á la duda, para lo cual apelaremos á la autoridad de los más notables escritores antiguos y de los tiempos medios y modernos, que en el estudio de dicha isla se han ocupado.

Entre las muchas opiniones expuestas por los historiadores, para explicar el origen de los indios americanos, es digna de tenerse en cuenta la de Oviedo y otros americanistas que los hacen proceder de un continente, llamado Atlante, de más de mil leguas de largo, y añaden que dicho continente ocupaba la mayor parte del Océano que lleva su nombre, extendiéndose, por el E., hasta cerca de las costas ibéricas y africanas, y, por el O., hasta las de la América Central.

A pesar del error en que incurren estos historiadores, pues los mismos razonamientos que aducen para demostrar el origen atlántido de los indios americanos sirven para probar el origen americano de los habitantes de la Atlántida, no dejan por eso de estar en lo cierto cuando hablan de la existencia de esa gran isla, en la cual se han ocupado también los filósofos y escritores más insignes de la antigüedad greco-romana.

Platón, cuyo genio y sabiduría no han menester que las ponderemos, dirigiéndose á los atenienses, en su obra titulada *Timeo*, expresóse del siguiente modo: «Es cosa segura que vuestros abuelos vencieron, hace muchos años, á un ejército de bárbaros que se hubieran apoderado de toda la Europa. Estas hordas, procedentes del Atlántico, habían cruzado el Estrecho (Gibraltar), por aquel tiempo ya navegable, después de haber abandonado su patria que, según he podido averiguar, era una isla mayor que Asia y Africa, la cual se extendía desde cerca de las Columnas de Hércules hasta casi comunicarse con la tierra firme ó continente que estaba al otro lado de dicha isla, etc.»

El mismo Platón, previendo que su *Timeo* fuese considerado como una novela, advierte que lo que va á narrar es una verdadera historia, y sus primeras palabras: *voy á contar una historia verdadera*, *aunque extraordinaria,* son la mejor prueba del convencimiento que le asistía.

Aunque Platón, al mismo tiempo que filósofo, era poeta,

y poeta de una imaginación muy viva, tenía siempre el buen cuidado de hacer notar la certeza ó falsedad de lo que narraba; y, siendo así, no debemos poner en duda la existencia de la Atlántida, ya que si Platón la dió por verdadera fué porque lo tomó de buenas fuentes, y no es muy fácil que tan gran sabio, si no de origen divino como muchos creen, poseedor al menos de todos los conocimientos de su época, se equivocase en la elección de las fuentes que tales tesoros le suministraban.

Sócrates, el gran amante y defensor de la verdad, fué maestro de Platón, y éste se felicitaba de haber nacido en tiempos de aquél. Era tan amado Sócrates por su discípulo y ejercía tanta influencia sobre él, que muy pocas veces veíase á Platón escribir ó decir algo sin la autoridad de su maestro, aun cuando expusiese sus propias y exclusivas ideas y apreciaciones.

Por eso nos son tan conocidas las doctrinas de Sócrates; porque su discípulo se encargó de transmitírnoslas, librando de este modo á su maestro de permanecer en la obscuridad ó en el olvido.

Educado en la escuela de Sócrates, y amante fervorosísimo de las sabias doctrinas de su antiguo profesor, trató de imitarle en todos los actos de su vida, lo mejor que pudo, hasta el extremo de fundar también una Academia, cuyas enseñanzas, dice Müller, «tendían siempre al conocimiento exacto y la investigación de la verdad, y no en modo alguno á la sutileza ó al vano brillo de un saber falso y aparente» (1).

No hay más que recordar las grandes sumas que invirtió Platón en la adquisición de manuscritos, los numerosos viajes que realizó y las penalidades de que fué víctima hasta el punto de ser vendido como esclavo por Dionisio el Antiguo de Siracusa, para comprender que un hombre de sus cualidades no podía complacerse en propagar el error, siendo,

(1) Muller & Heitz. *Historia de la Literatura Griega*. Tomo III, cap. XLIII.

como era, «dueño de los conocimientos todos que en aquella época era posible atesorar á la humana inteligencia.»

Cicerón no puede nombrar á Platón sin tributarle los aplausos más sinceros, con un entusiasmo tal que raya en apasionamiento. En su excelente obra *De oratore* lo califica de maestro (1); con frases no menos laudatorias se expresa en otra (2) de sus obras; y es tanta la admiración que manifiesta, en todas ocasiones, por el célebre filósofo griego, que ha llamado la atención de historiadores y filólogos tan notables como el alemán Otfrido Müller, que juzga inconcebible el dicho del jurisconsulto romano de que «si los Dioses se sirvieran del lenguaje de los hombres, Júpiter habría hablado como Platón» (3).

Bastan, por otra parte, los elogios más comedidos de Dionisio de Halicarnaso y los de Aristóteles el Estagirita, para comprender el mérito de Platón, cuyas obras *Timeo* y *Critinos* serían suficientes ellas solas para acreditar la existencia de la Atlántida, si no existiesen estudiosos geólogos y sabios é historiadores no menos notables que la confirman.

Pomponio Mela, en su famosa obra *De situ orbis descriptio*, nos habla de la existencia de unos pueblos llamados Atlantes, que maldecían al Sol desde que salía hasta que se ocultaba, pues era tan ardiente el calor que despedía, que no sólo les destruía las cosechas sino que además era sumamente molesto para las personas. Añade Mela que estos hombres no usaban nombres ni apellidos que los distinguieran á unos de otros; desconocían el hábito de comer carnes de ninguna clase de bestias, pues se mantenian con yerbas; y no soñaban nunca cuando dormían, como los demás mortales (4).

---

(1) Ille non intelligendi solum sed etiam dicendi gravissimus auctor et magister. *De Orat.*, 3, 10.

(2) Cicero. *De Offic.*, 1, 1, 8: Equidem et Platonem si genus forense dicendi tractare voluisset, gravissime et copiosissime potuisse dicere.

(3) Muller & Heitz. *Loc. cit.*

(4) Pomponio Mela. *De situ orbis descriptio*. Lib. I, cap. VIII; y en el cap. XII del lib. III nos transmite otras noticias de escasa importancia.

El naturalista Plinio describe los mares occidentales de España y de Africa dando á entender que en otro tiempo no eran navegables (1). En otro capítulo, al enumerar las tierras que interrumpen los mares (*Quas terras interrumperint maria)*, nos revela también la existencia de una Atlántida (2).

Sin embargo, la Atalante, la Sicilia, la Chipre y demás islas que refiere Plinio en el citado capítulo (*Quas terras interrumperint maria*), las menciona como existentes en su época. Es, pues, de todo punto imposible que esta Atalante de Plinio sea la Atlántida á que nosotros nos referimos, la cual, según hemos dicho, desapareció en los primeros períodos de la época posterciaria. Pero esto no destruye en nada la opinión que venimos sustentando, pues podemos afirmar que el naturalista latino habla también, en otro capítulo, de la célebre Atlante de Platón (3).

Si examinamos las obras de los historiadores y naturalistas griegos, encontraremos en ellas mayor abundancia de datos históricos y noticias más ricas en detalles que las que nos transmiten los escritores latinos. Desde este punto de vista, tenemos que citar á Estrabón, Polibio, etcétera, y en último término, á Plutarco que, en sus *Vidas Paralelas* (Biografía de Sertorio), nos narra cómo éste tuvo conocimiento de los Atlántidas que poblaban las islas del Océano (4).

---

(1) Cayi Plinii Secundi. *Naturalis Historiæ.* Lib. II, capítulo LXVII: A Gadibus, Columnisque Herculis, Hispanie & Galliarum circuitu, totus hodie navigatur occidens. Septentrionalis vero Oceanus, mayore ex parte navigatus est, auspiciis Divi Augusti. Justa vero ab ortu ex Indico Mari. Circa Carpium quoque multa Oceani litora explorata, parvoque brevius, quam totus, hinc aut illinc septentrio eremigatus. Alio latere Gadium ab eodem occidente, magna pars meridianisinus ambitu Mauritaniæ navigatur hodie, etc.

(2) Véase á Plinio *loc. cit.*, lib. II, cap. XC: Namque & hoc modo insulas rerum natura fecit. Avellic Siciliam Italiæ, Cyprum Siriæ, Euboeam Bæotiæ, Euboeæ Atalantam & Macrin, etcétera... (Quas terras interrumperint maria).

(3) Plinio Secundo. *Loc. cit.*, lib. II, cap. XCII: In totum abstulit terras, primum omnium ubi Atlanticum mare est, si Platoni credimus, immenso spatio, etc., etc.

(4) Plutarco. *Las Vidas Paralelas.* Tomo II (Biografía de Sertorio): «Huyendo de los vientos del Mediterráneo (Sertorio),

En los tiempos medios era también una creencia general de todos los hombres de ciencia; y escritores más modernos, como Fray Luis de León, Acosta, etc., hablan también de dicha isla.

El Padre Joseph de Acosta, notable historiador que brilló en aquellos tiempos en que España se ensanchaba merced á la política de Felipe II, en su *Historia Natural y Moral de las Indias* niega la existencia de la Atlántida de Platón, y sostiene, con la autoridad de Plinio, que el nombre *Atlántico* del Océano procede del de una montaña llamada Atlante, que se hallaba en la Mauritania y que no es otra que la actual cordillera africana del Atlas (1).

No era posible que al naturalista Plinio pasase inadvertida la famosa cordillera del N. de Africa, como indica el señor Acosta; pero nosotros, que hemos tenido ocasión y tiempo para leer los numerosos capítulos del ilustrado latino, podemos afirmar que el citado naturalista no sólo hace mención, como hemos dicho, de la expresada cordillera, sino que inmediatamente nos habla de la ísla de su mismo nombre (2).

Sin embargo, no siempre se expresa en iguales términos el docto jesuita Sr. Acosta, pues en otro capítulo nos dice que á Platón corresponde la gloria de haber sido el autor antiguo que trató más de cerca, y con más ingenio y acierto, de las Indias Occidentales, añadiendo, «y los que se persuaden que esta narración de Platón es historia, y verdadera historia, declarada en esta forma, dicen que aquella grande isla llamada Atlantis, la cual excedía en grandeza al Asia y Africa

---

aportó á unas islas entre sí muy próximas, desprovistas de agua, de las que hubo de partir; y pasando por el estrecho Gaditano, doblando á la derecha, tocó en la parte exterior de España, poco más arriba de la embocadura del Betis, que desagua en el mar Atlántico, dando nombre á la parte que baña de esta región. Diéronle allí noticia unos marineros con quienes habló de ciertas islas del Atlántico (de Atlánticos), de las que entonces venían».

(1) Acosta (Joseph de). *Historia Natural y Moral de las Indias*. Lib. I, cap. XXII.

(2) Plinio Secundo. *Loc. cit.*, lib. IV: Fraditur et alia insula contra montem Atlantem, et ipsa Atlantes appellata.

juntas, ocupaba entonces la mayor parte del mar Océano, llamado Atlántico, que ahora navegan los españoles» (1).

Una prueba más es la aducida por el P. García, quien fijándose en que los mejicanos llamaban *atl* ó *atla* al agua, no pudo menos que admitir la existencia de la Atlántida, cuyos habitantes, según opina, tenían el mismo idioma y eran de la misma raza que los mejicanos (2).

D. Francisco López de la Gómara, al narrar lo que Platón nos cuenta en su *Timeo*, juzga fuera de duda la existencia de la Atlántida; pero añade, fundándose también en el vocablo *atla* de los mejicanos, que la tal isla no era otra cosa que el Continente Americano (3).

Brasseur de Bourbourg copia una leyenda de los antiguos mejicanos, según la cual hubo un fuerte cataclismo que duró cuatro días, causando la destrucción de muchas tierras (4). Coincide con esta leyenda la de los hermanos *Hun-Ahpu* y *Xbalanque*, quienes, después de haber sido sacrificados, aparecieron sobre las aguas, donde habían sido arrojadas sus cenizas, tomando al quinto día la forma de un hombre-pez (5). Una leyenda parecida, dice el historiador Pedro Mártir de Anglería, poseían los indios que los españoles encontraron en Haití (6).

Ferdinando Borsari examina uno por uno los caracteres de la fauna y flora de Europa y América, y concluye afirmando que, dada la gran analogía que existe entre la flora fósil ter-

---

(1) Acosta (Joseph de). *Loc. cit.*, lib. I, cap. XII.
(2) García (Fray Gregorio). *Del origen de los indios.*
(3) Gómara (D. Francisco López de). *Historia general de las Indias.* Parte I, p. 292: «Pero no hay para qué disputar ni dudar de la isla Atlántida, pues el descubrimiento y conquista de las Indias aclaran llanamente lo que Platón escribió de aquellas tierras, y en Méjico llaman al agua *atl*, vocablo que parece, ya que no sea, el de la isla. Así que podemos decir como las Indias son la isla y tierra firme de Platón, y no las Hespérides, ni Ofir y Tarsis como muchos modernos dicen».
(4) Brasseur de Bourbourg. *Quatre lettres sur le Mexique.*
(5) Brasseur de Bourbourg. *Popol-Vuh*, chap. III.
(6) Mártir de Anglería (Pedro). *De rebus Oceanicis,* lib. IX, dec. I.

ciaria de los dos lados del Atlántico, es forzoso admitir una comunicación terrestre entre Europa y América; juzga evidente el hundimiento de una gran tierra situada entre ambos mundos (1).

No han dejado de haber, por otra parte, grandes ingenios, como el geógrafo Malte Brun *(Geografía Universal)*, que niegan la existencia de semejantes tierras; no han faltado, tampoco, quienes, como el historiador César Cantú *(Historia Universal)*, se limitan á transcribir, con breves comentarios, trozos íntegros del *Timeos* y el *Critinos;* pero, en cambio, Buffon *(Historia Natural)*, Reclus *(Geografía Universal)*, Berthelot *(Géologie des îles Canaries)*, el alemán Humboldt y los americanos Dawson *(La Géologie de l'Atlantique)* y Llerena, argentino *(Fisiografía y Meteorología de los mares)*, confirman lo expuesto por Mr. Heer, quien después de haber hecho algunos viajes por el Atlántico y examinado cada una de sus islas, cree que éstas son porciones de un continente, situado entre Europa y América, que desapareció á principios de la edad posterciaria.

La existencia de las Antillas, con la situación, formas y dimensiones que actualmente poseen, y la de los muchos mares, canales y golfos que las circundan, data por consiguiente del tiempo aquel en que, por una de las grandes catástrofes que suele producir la acción demoledora de ciertos agentes naturales, sepultóse en el Océano la larga isla que se extendía desde las costas orientales de América hasta las occidentales del antiguo continente.

***

(1) Borsari (Ferdinando). *La Atlantide:* Ci basterà l'accenare che allo stato attuale de la questione non è possibile dubitare delle numerose identità e delle numerosissime analogie delle flore fossile terziarie nei due lati del Atlantico. Una domanda spontanea quindi si presentera alla mente del littore: ¿E possibile, cioè, ammettere che durante l'era terziaria una comunicazione terrestre sia esistita fra l'Europa e l'America? Non esitiamo a respondere che no. Evidente è l'esistenza di questo periodo d'emersione, di terre, oggi sommerse sotto i flutti dell' Atlantico.

c) En el grande espacio comprendido entre la América del N. y la del S., y entre el Océano Atlántico y la América Central, existen unos cuantos mares, canales y golfos, por los cuales hállanse distribuídas una infinidad de islas, que han recibido el nombre general de Antillas.

En los tiempos medios era creencia general la existencia, en los confines occidentales del Atlántico, de una isla llamada *Antilia,* cuyo nombre se aplicó después, por Pedro Mártir y demás historiadores contemporáneos de Cristóbal Colón, al vasto Archipiélago donde se encontraban las tierras descubiertas por el marino genovés en sus dos primeros viajes.

Este Archipiélago se extiende aproximadamente desde los 57° hasta los 80° contando desde el meridiano de Madrid, y desde los 10° hasta los 28° de latitud septentrional.

Pueden dividirse las Antillas en tres grandes grupos, á saber, el de las Lucayas ó Bahamas, las Grandes Antillas y las Pequeñas Antillas; estas últimas se dividen á su vez en islas de Sotavento y de Barlovento.

Empezaremos el estudio de las Antillas por el grupo de las Lucayas, tanto por su mayor importancia histórica, pues fueron las primeras tierras descubiertas por los españoles, como por ser las que se hallan colocadas más hacia el N.

Este archipiélago Lucayo ó de Bahama, como quiera llamársele, comprende un grupo de más de quinientas islas que se extiende desde los 67° hasta los 71° de longitud O., y desde los 20° hasta los 28° de latitud N.

Toda la parte norte de este Archipiélago hállase situada al E. de la Florida y separada de dicha Península por el llamado Estrecho de la Florida ó Nuevo Canal de Bahama.

Sus islas más notables son:

La Grande Bahama, que puede llamarse la más septentrional si se exceptúa la infinidad de pequeñísimas islas, islotes ó cayos situados al N. de ella, se extiende entre los 82° 30 y 82° 45′ de longitud O. y entre los 26° 40′ y 27° 60′ de latitud N.; está muy poco poblada, y pertenece á los ingleses, como todo el Archipiélago de que venimos tratando. Esta isla, la

Pequeña Bahama, la de Abaco y otras de menor importancia, están situadas sobre el Pequeño Banco de Bahama.

En la parte oriental de la Florida, y situado un poco más hacia el S., hállase también el Gran Banco de Bahama—compuesto de numerosas islas (Eleuthera, Providencia, San Andrés, etc., etc.) y una multitud de cayos y bajos—cuya parte más oriental termina en la Isla Verde, y la más meridional en el cayo de Santo Domingo. Este banco es bastante limpio en toda la extensión que media entre la Isla Verde y la de Santo Domingo; sólo hay dos cayos situados respectivamente á trece y á veintidós millas de la Isla Verde, y ambos colocados en el veril (1).

Dejando aparte las diez islitas situadas al S. de la Florida, llamadas Tortuguillas (2) por su proximidad á las Tortugas, que están un poco más hacia el O., continuaremos el examen de las islas Lucayas mayores que dejamos interrumpido en la isla de Bahama la Grande.

Al SE. de Eleuthera ó Hetera, está la isla del Gato, que, según Irving y Humboldt, fué la primera que descubrió Colón; un poco más hacia el E. hállase la de Watling; ésta es la verdadera Guanahaní descubierta por Colón el 12 de Octubre de 1492. Entre la de Watling ó San Salvador y la del Cat ó Gato está la de la Concepción, y más al S. el Cayo Rum y otras más pequeñas; todas estas islas se encuentran situadas fuera de la zona tórrida. En el mismo trópico de Cáncer están la de Exuma y la Larga; más al S. las de Crooquet, Acklins y las Planas; y más al E. la de Samaná y la Mariguana, las cuales se disputan también la honra de haber sido la antigua San Salvador ó Guanahaní.

Todas estas islas hállanse separadas de Cuba por el Canal Viejo, ó Antiguo Canal de Bahama.

---

(1) *Derrotero de las Antillas* (publicado por la Dirección de Hidrografía Española); 2.ª edición. — 1820: Descripción de los bajos de Bahama.

(2) Conviene, sin embargo, advertir, que ocupan una extensión de 9 millas de E. á O., y 6 de N. á S.

Finalmente, completan el grupo de las Lucayas otras islas esparcidas al SE. de las ya enunciadas, á saber, las dos Inaguas (Grande y Pequeña), el grupo de los Caicos y el de las Turcas (1).

Otra de las tres porciones en que hemos dividido el archipiélago Antillano, es el comúnmente llamado *archipiélago de las Pequeñas Antillas* ó Islas Caribes.

Subdivídese generalmente este archipiélago en islas de Sotavento y de Barlovento.

Las de Sotavento son las que se hallan colocadas en la parte S. del mar de las Antillas y esparcidas frente á las costas N. y NE. de Venezuela. Las principales son: Trinidad, Tabago (2), Margarita, Curaçao, Cubagua y otras de menor importancia.

El grupo de Barlovento está constituído por la cadena de islas que se extiende en forma de semicírculo desde Trinidad hasta las Once mil Vírgenes. Estas islas, expuestas por el orden en que están colocadas, de N. á S., como puede verse en la *Carta geográfica* del Sr. López (3), son las siguientes: La de Tabago, Granada, las de San Vicente y Barbada situadas en la misma latitud, la de Santa Lucía, Martinica, Dominica, Mari-Galante, Guadalupe, la llamada Tierra Grande, la Deseada, la Antigua, Montserrat, San Cristóbal, Barbuda, San Bartolomé, San Martín, Anguila, etc., etc. Entre éstas y las Grandes Antillas encuéntrase el archipiélago de las Once mil Vírgenes, cuyas islas más notables son: Virgen Gorda, Tonelero, Tórtola, San Juan, Santo Tomás y otras más pequeñas, de latitud aproximadamente igual, y más al S. la de Santa Cruz, que es la de mayores dimensiones.

---

(1) Opina el historiador Navarrete, que entre estas últimas se halla la famosa isla de San Salvador. Navarrete: *Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles.*

(2) No todos los geógrafos la colocan en el grupo de las de Sotavento. Nosotros la incluiremos en ambos grupos.

(3) *Carta general de las islas Antillas Menores, llamadas de Barlovento, y también Caribes;* por D. Tomás López, geógrafo de los dominios de S. M., Madrid, año de 1781.

Las Grandes Antillas son cuatro: Cuba, Santo Domingo, Jamaica y Puerto Rico.

La isla de Cuba, la mayor de todas las Antillas, es también lá más occidental. Se halla situada entre los 19° 48′ 30″ y 23° 12′ 45″ de latitud septentrional y los 67° 51′ 8″ y 78° 40′ 22″ de longitud Oeste, contando desde el meridiano de San Fernando, de Cádiz.

Sus límites más señalados son: por el N. el Antiguo Canal de Bahama, el de Ocampo, el de la Florida y gran parte del archipiélago de las Lucayas; por el E. el estrecho de los Vientos, que la separa de Santo Domingo; por el S. el mar de las Antillas, y por el O. el canal de Yucatán y la parte meridional de la entrada del Golfo Mejicano.

Está rodeada de una infinidad de islas, todas muy pequeñas y de escasa importancia, á excepción de la de Pinos que ocupa un perímetro bastante regular.

Desde la Punta de Maisí, su extremo más oriental, hasta San Antonio, que es el cabo más occidental, mide una longitud de más de 1,200 kilómetros; y su parte más ancha, que es la comprendida desde el cabo de Lucrecia hasta el de Santa Cruz, mide 240 kilómetros aproximadamente.

La isla de Santo Domingo es, después de Cuba, la mayor del Archipiélago. Se halla separada de la Gran Antilla por el estrecho de los Vientos ó de Barlovento. Tiene 660 kilómetros de longitud y más de 250 de anchura; su forma es muy irregular, y sus puntas más salientes son: el cabo Foux en el extremo NO., el Tiburón en el SO. y el del Engaño, que es la parte más oriental de la isla.

Está atravesada por una larga serie de montañas muy abruptas y por numerosos ríos. En los primeros tiempos de la colonización española, produjo grande cantidad de oro; pero hoy ya están agotadas sus minas. Sin embargo, por la fertilidad de su suelo, la abundancia de bosques todavía vírgenes y la exuberancia de su vegetación, puede considerársela aún como la más fértil de las Antillas y uno de los países más privilegiados de la tierra.

La isla de Jamaica, situada al S. de la de Cuba, ocupa por su extensión el tercer lugar entre las Grandes Antillas. Mide 260 kilómetros de largo y 90 de ancho en la parte más central, disminuyendo considerablemente su anchura hacia el E. y hacia el O. hasta adquirir la forma de un elipsoide. Está también surcada por grandes ríos y montañas, como la cordillera central de las Azules, que llevan sus ramificaciones hasta las partes más orientales y occidentales de la isla.

La capital de Jamaica es Kingston; pero existen además otras poblaciones importantes, como Santiago, Port-Royal (antiguamente capital de la isla) y otras que sería prolijo mencionar.

Finalmente, la menor de las Grandes Antillas es Puerto Rico, llamada también la *Pequeña Antilla*. El estudio de esta isla y de las principales cuestiones que con ella se relacionan, constituye el objeto y materia de este humildísimo trabajo.

* * *

d) Dentro del semicírculo que forman juntas las costas meridionales de los Estados Unidos y Méjico, orientales de la América Central y septentrionales de Colombia y Venezuela, hállanse distribuídas las Antillas, tal como formólas el hundimiento de la Atlántida, tal como se encontraban en el siglo XV, en aquel siglo en cuyas postrimerías llevóse á cabo el descubrimiento más grandioso que no vieron las antiguas ni podrán ver las venideras generaciones.

Las Antillas, ninfas dormidas entre las espumas y calentadas por los rayos de un sol tropical, por los pálidos fulgores que en sus voluptuosas primaveras arrojan sus lunas de verano, ó por la más lejana luz de miles de estrellas que parecen diamantes prendidos en la gása sin fin del firmamento; aquellas vírgenes islas, adornadas con frondosas arboledas y las más variadas y caprichosas flores, y adormecidas al dulce halago de sus brisas olorosas y suaves, eran los mudos espectadores que contemplaban indolentes la representación del

gran drama que á fines del siglo xv empezóse á desarrollar en el Antiguo Mundo.

El Océano Atlántico, como un inmenso escenario... El estrecho de Gibraltar, como la puerta del foro por donde habían de salir los actores de la ruidosa epopeya, cuyo principio verificóse en el antiguo puerto de Palos... Lánzanse aquellos atrevidos marinos, por senderos ignorados, á regiones desconocidas; las naves, impelidas por el viento, marchan veloces; la lucha se acrecienta por momentos; la abnegación, el valor y el heroísmo triunfan, y aquellas tres débiles barcas llegan por fin á tierra americana.

Entra Colón en el semicírculo de las Antillas, descubre la cadena de islas situadas cerca del ala izquierda de aquel dilatado anfiteatro, y regresa luego á España á recibir los aplausos del mundo civilizado.

Mientras el osado nauta se paseaba por entre las pequeñas islas y recorría las costas de Santo Domingo; mientras dejaba estas tierras y regresaba á España á anunciar su descubrimiento, y mientras navegaba otra vez por el inmenso escenario del Océano Atlántico, allá, en las gradas del anfiteatro, en los elevados picos de la América Central, en las enhiestas cumbres de los Andes, más de cien volcanes esparcían por los aires el eco de su ronquido atronador... Aquellos eran los aplausos que una naturaleza gigantesca y bravía tributaba al hombre que se atrevió á penetrar en su seno augusto para revelar al mundo sus secretos misteriosos...

CAPITULO PRIMERO

Descripción de la isla de Puerto Rico

Sección I

SUMARIO. — Geografía de Puerto Rico. — Situación y extensión de esta isla. — Configuración exterior de la misma. — Sistema orográfico. — Sistema hidrográfico. — Aspecto físico. — Clima y producciones. —Divisiones políticas actuales. — Su población.

La isla de Puerto Rico, situada al E. de la de Santo Domingo y separada de ésta por el canal de dicho nombre ó *paso* de la Mona, se halla comprendida entre los 17° 54′ y 18° 28′ de latitud Norte, y entre los 61° 53′,7″ y 63° 33′,7″ de longitud occidental contando desde el meridiano de Madrid, ó los 59° 16′ y 60° 56′ contando desde el de San Fernando de Cádiz.

Por lo tanto, su situación es en la zona tórrida, distante cinco grados del trópico de Cáncer; su posición entre las Islas Vírgenes y Santo Domingo; y los mares que bañan sus costas son: por el Norte el Océano Atlántico, por el Oeste el canal de Santo Domingo, por el Sur el Mar de las Antillas, y por el Este el mismo mar Atlántico en comunicación con el de las Antillas.

Mide 175 kilómetros en su mayor dimensión, y aproximadamente 60 en la parte más ancha. Su superficie general es de 9,315 kilómetros cuadrados, y 9,064 no contando las islas, islotes y cayos que la circundan.

«Los accidentes más notables de la costa oriental, á partir

del Cabo de Cabezas de San Juan, son los siguientes: el puerto Fajardo, entre punta Cuaba y punta Barrancas, que no es más que un angosto canal resguardado por los islotes del Obispo, Zancudo y Ramos, y por un arrecife que, uniendo casi á estos dos últimos, rompe en algunos puntos; la Bahía ó Ensenada Honda, situada al O. de la punta más meridional de la isla de la Puerca; la ensenada de Algodones, entre la punta occidental de Bahía Honda y la de la Lima; los puertos de Naguabo y Humacao que forman parte de la ensenada comprendida entre la punta de la Lima al NE. y la de Ycacos, al SO.; el puerto de Yabucoa, que se halla al S. de Humacao, entre la punta de Guayanés y la de las Yeguas, y el puerto de Maunabo, entre la punta de la Tuna y el Cabo de Mala Pascua.

»En la costa meridional se hallan el puerto de Patillas al O. del citado cabo de Mala Pascua, en la ensenada que forman la punta del Viento al E. y la de la Figura al O.; el fondeadero de Guayama ó ensenada del Arroyo; el puerto de Jobos, que es una dársena natural de tres millas de longitud y de una de anchura, precedida de un puerto con el que se comunica por medio de un canal de un cable de ancho; la Gran Ensenada, entre la punta del Pozuelo y la de Salinas; el fondeadero de este último nombre, entre la punta de Arenas y la de la Fama; la ensenada de Coamo, en que desagua el río de su nombre, entre la punta de Petrona y la de Coamo; los mal llamados puertos de Jacaguas, Boca Chica y del Pastillo, entre punta de Coamo y punta de Cabullón ó Cabullones; el importante puerto de Ponce, limitado en su boca por la citada punta de Cabullón; el puerto de Matanza, entre la punta de la Cuchara y la del Peñón de Guayanilla y en que vierte sus aguas el río Peñuelas; el puerto de Guayanilla, gran ensenada comprendida entre el Peñón de Guayanilla y la punta de Majagua y en que desembocan los ríos de Guayanilla y Macana; el puerto de Guánica, que constituye el mejor fondeadero de la costa meridional de Puerto Rico y se halla situado en la medianía de la gran ensenada que forman

la punta de la Picuda y la de la Brea; la ensenada de las Salinetas de Guánica, entre esta última parte y la del Sombrerito; la ensenada de Montalva, entre la punta de este mismo nombre y la de Piñones, extremidad oriental de la isla de Cabras; las puntas del Papayo, de la Parguera, de la Cueva de Ayala, del Guayacán, de Lucariyo, de la Pitijaya, y la ensenada de Playa Sucia, entre la punta de los Molinos y el Morrillo Grande de Cabo Rojo.

»Los accidentes más notables de la costa occidental de Puerto Rico son la ensenada de las Salinas entre los Morrillos de Cabo Rojo y la punta del Águila; la ensenada del Boquerón, entre la punta de Guaniquilla y la de Melones; la ensenada de Boca Prieto, entre la punta de este mismo nombre y la de Guaniquilla; el Puerto Real de Cabo Rojo, excelente abrigo, cuya boca está formada por la punta del Fuerte y la de Jueyes; la ensenada de Joyuda, entre la punta de Varas y la de Joyuda; la ensenada del Bramadero, entre la punta de Arenas y la del Guanajibo; la ensenada y fondeadero de Mayagüez, entre la punta de Guanajibo y la del Algarrobo; la ensenada de Añasco, entre esta última punta y la del Jigüero, y la ensenada de Aguadilla, entre la punta de San Francisco y la de Peñas Blancas.

»En la costa septentrional, esto es, entre punta Borinquen y Cabezas de San Juan, se hallan la punta de Peña Agujereada; las de la Tuna, Membrillo, Hatillo, Manglanillo; la ensenada de los Morrillos, en que se halla el fondeadero de Arecibo; las puntas de Caracoles y Marunguey, el fondeadero de Manatí, constituído por la boca del río del mismo nombre y el puerto de San Juan de Puerto Rico, cuyo interior se halla al abrigo de todos los vientos. La costa comprendida entre este excelente puerto y el Cabo de Cabezas de San Juan se extiende casi recta sin presentar abrigo alguno en los 56 kilómetros que próximamente mide.» —*Jimeno.*

La isla de Puerto Rico, que casi tiene la forma de un rectángulo cuya altura sea un tercio de la base, está rodeada de otras más pequeñas, de las cuales las más conocidas son:

por el E. la de Vieques y la de Culebra, que son las situadas á mayor distancia; por el S. los islotes de Caja de Muertos, Cardona y Berbería; por el O. la Mona, el Monito y el islote llamado Desecheo; y por el N. la islilla de Cabras y otras muchas de pequeñísimas dimensiones.

La Isla está atravesada de E. á O. por una gran montaña ó cordillera, cuyas ramificaciones son numerosísimas, y cuyas alturas más considerables son: la punta del Yunque, en la sierra de Luquillo, con 1,520 metros de elevación sobre el nivel del mar; el Torito, en Cayey, con 907 metros; el cerro de la Mata de Plátano, cerca del pueblo de Peñuelas, con 908; la meseta de Guilarte, en Adjuntas, con 857; las Tetas de Cerro Gordo, en San Germán; la elevada cúspide de Montoso, en Maricao; el Vaporcito, en el extremo norte de Collores (entre Ponce y Juana Díaz), desde donde es visible toda la grande llanura meridional de la isla; las alturas de Matrulla y de Barros, cubiertas de frondosos cafetales; las culminantes sierras de Aibonito, y otras muchas cumbres y picachos de menor importancia.

Tal es, expuesto á grandes rasgos, el sistema orográfico de Puerto Rico, que origina las cuatro grandes vertientes, del N., del S., del E. y del O., las cuales á su vez determinan las cuencas de los principales ríos, á saber: el Grande de Arecibo, el de la Plata, y los de Bayamón, Manatí, Río-Piedras, Camuy, el Grande de Loiza, el Guajataca, el Cibuco, el Mameyes y el Pitajalla, que desembocan en la costa Norte; el Mayagüez, el Añasco, Guanajibo y Culebrinas, que se desaguan por el Este; los de Guayanilla, Yanco, el de Susua, el histórico Jacaguas y los de Macana, Tallaboa, Cañas, Coamo, Descalabrado, Guayo, Inabón, Portugués, Bucaná, Chico, Laurel, Jacana y Guamaní, que corren por la parte meridional de la isla; y el Fajardo, Santiago, Humacao, Guayanés, Naguabo y Maunabo, que vierten sus aguas al Este. Los expresados ríos, además de algunas lagunas que pudiéramos mencionar, constituyen todo el sistema hidrográfico de la Pequeña Antilla.

El clima de la isla de Puerto Rico es cálido y húmedo, como el de casi todos los países situados en la zona tórrida. Sin embargo, los accidentes geográficos, las constantes brisas que soplan del Este, la abundancia de las lluvias, etc., contribuyen á refrescarlo en la mayor parte de los pueblos, en alguno de los cuales, por efecto, además, de su elevación sobre el nivel del mar, se goza de una temperatura suave y de un clima más sano que en ninguna otra de las Antillas.

Con excesiva frecuencia déjanse sentir allí las lluvias torrenciales, que muchas veces son insoportables — aunque contribuyen eficacísimamente á la asombrosa fecundidad de los terrenos,—porque originan la formación de lagunas pantanosas, crean focos de insalubridad pública, sacan de sus cauces á los arroyos y *quebradas*, destruyen las cosechas y producen, en fin, muchos resultados desastrosos para la riqueza agrícola de la isla.

Los huracanes y tormentas, que tantos perjuicios ocasionan en las demás Antillas, no son muy frecuentes en Puerto Rico; pero la isla está expuesta á continuas trepidaciones terrestres, por su proximidad al grupo volcánico de San Vicente, Guadalupe, etc.

La temperatura media diurna oscila entre los 29º y 30º del termómetro centígrado.

El café, azúcar y tabaco son las tres producciones principales de Puerto Rico; pero abundan, además, la inmensa mayoría de plantas propias del pequeño cultivo y la rica variedad de árboles frutales comunes á todas las Antillas.

Rica asimismo es la flora forestal borinqueña; hermosa la fauna ornitológica; variada la ictiológica; abundan los tipos acuáticos (peces, crustáceos, anfibios) de casi todas las especies, tanto en las orillas del mar como en los ríos y lagunas; y la riqueza pecuaria (ganado vacuno, caballar, cabrío y de cerda) va adquiriendo cada vez mayor impulso y desarrollo.

La población de la isla es de cerca de un millón de habitantes (unos 100 habitantes por kilómetro cuadrado), de los cuales la mitad pertenece á la raza blanca, una décima parte

está constituída por negros oriundos del África, y el resto lo forman los mestizos procedentes del cruzamiento de las dos razas indicadas. También hemos visto algunos individuos que todavía conservan rasgos etnológicos de las antiguas tribus aborígenes; pero, por regla general, escasean tanto, que bien puede considerarse como completamente extinguida en Puerto Rico aquella primitiva raza.

No podemos pasar á describir el aspecto físico de nuestra isla, sin antes adornar esta página con los siguientes é inmejorables párrafos de un celebrado escritor portorriqueño: (1)

«La naturaleza como que se esmeró en acumular en el suelo boriquense un caudal de venturosa placidez, engalanándolo con todos los colores de su paleta, sin concederle accidentes que perturban en otras regiones la tranquila explotación de los tesoros que la tierra brinda á los impulsos de la humana laboriosidad.

»Entre la grama lujuriosa de nuestros prados no se esconde la víbora artera ni rastrea el crótalo ponzoñoso; en nuestros bosques, perfumados por las flores del cafeto y sombreados por el musa opulento y la próvida palmera, no se esconden el jabalí y el gamo que incitan á la sangrienta cacería, ni se albergan el lobo ó el jaguar que imponen la lucha por la personal defensa; no surcan las corrientes de nuestros mansos riachuelos ni el *aligator* monstruoso ni el temido *temblador;* no interrumpen la correcta curva de nuestras suaves colinas, la cortadura de rocallosa sima ni el cono de pavoroso volcán; extensa alfombra de verdura, mantenida por perpetua primavera, apaga la solar irradiación; el mar lame mansamente nuestras playas, ofreciendo la tersa superficie de un lago á la endeble barquilla del pescador; ni páramos estériles interrumpen la feracidad del suelo, ni selvas impenetrables dan abrigo á desalmados malhechores; la tierra multiplica sus cosechas, ávida de reproducción, y el labriego, al retirarse por la tarde á su cortijo á reparar las agotadas fuer-

---

(1) D. Salvador Brau. — *Puerto Rico y su historia,* pág. 79.

zas, arrulla su descanso con el himno de amor que desde las frondosas *bambusas* ó desde los *guamos* florecientes, columpiados por tenue y adormecedora brisa, entonan la calandria parlera, la tórtola gemidora y el sinsonte arrullador.»

El estrellado cielo de las noches americanas desciende á las vegas borinqueñas cuando en éstas brillan las luces fosforescentes de las luciérnagas y cucubanos, que, unas veces se deslizan á través de los espesos bosques, cual hordas de pequeños fuegos fatuos, y parecen visiones de una calenturienta fantasía; otras se multiplican en las fuentes y cristalinos arroyos, formando contrastes indescriptibles; y las más, cuando salpican el verdoso césped ó la anchurosa sabana con mil toques de luz azulosa, y retratan el cielo, parecen diminutos rebaños que van á beber las gotas de rocío; rebaños que sólo podría apacentar una Oréade inconcebible que descendiera desnuda, en un carro de rosas y jazmines, desde las altas cumbres de un Olimpo como Homero no lo pudo soñar ni presentir.

«Todo parece conspirar — prosigue el autor citado (1) — á la mansedumbre y al sosiego en esta tierra privilegiada, cuyas condiciones bien pudieran justificar la tradición, evidentemente apócrifa, de que se valiera algún cronista, para suponer que los indios consideraban á Boriquen como el paraíso primitivo, cuna del género humano.

»*Tierra creada para el amor*, la ha llamado algún escritor en nuestros días; mas no para el amor volcánico, tempestuoso, que gasta en orgías crapulosas las facultades más nobles del alma — me permito yo añadir, — sino para ese afecto sosegado y tierno que se ampara de las intimidades de la familia, y acendra las virtudes anodinas del hogar y del terruño, y eleva las augustas funciones de la maternidad hasta los transportes fanáticos de la idolatría.»

Puerto Rico es una hermosísima serie de montañas que se bifurcan en todas direcciones, se elevan, se entrelazan, for-

---

(1) D. Salvador Brau. — *Loc. cit.*, pág. 80.

mando los recodos más raros y los contrastes más perfectos, y se desparraman y se confunden, produciendo aquella especie de desorden artístico con que plugo á la Naturaleza engalanar las vírgenes regiones del continente colombiano.

Vestida con las espléndidas galas de su rica y exuberante vegetación; rodeada de caprichosas bahías, profundos puertos y anchurosas ensenadas; adornada con la variedad armoniosa de sus playas, unas veces dispuestas en prolongados semicírculos, otras formando entradas angostísimas llenas de rocas y enormes peñascos donde las olas estallan y se desbaratan en mil formas y contrastes de blanquísima espuma; embellecida con las fértiles llanuras de su costa, aquí cubierta de palmeras que la adornan con su calado ramaje ó de árboles que la perfuman con el aroma de sus azahares, y allá, donde las olas expiran, llena de juncos y mangles que, rociados por las espumosas ondas, recuerdan los bosques flotantes ó las antiguas *chinampas* de las lagunas aztecas; adornada, además, con los suaves matices de mil flores, con las plateadas cintas de mil arroyos, con los tornasolados arreboles que las aves ostentan en sus sedosos plumajes; perfumada con el aroma que exhalan las silvestres praderas, y arrullada por los dulces trinos y las armoniosas notas que, en la espinosa rama de la *ceiba* corpulenta ó entre el endeble follaje del *yagrumo* desconsolador, preludian en delicioso coro los tiernos trovadores que duermen al calor de sus delicadas plumas bajo el dosel tembloroso de la verde enramada que eligieron para colgar sus nidos... Así la virgen Puerto Rico es también el ramillete más bello del oloroso jardín antillano.

Y cuando el sol desaparece en el horizonte, y las aves vuelven á sus nidos, y el firmamento se corona de brillantes estrellas, y la luna rasga los flotantes crespones del cielo; cuando no se escucha más que el susurro tenue de las arboledas y el acompasado murmurar de los arroyos; cuando toda la naturaleza duerme, y sólo se percibe algo como un hálito misterioso de seres infinitamente pequeños, entonces Puerto

Rico es el país que sueñan los poetas, la tierra de la felicidad apacible, el oasis del inmenso desierto, edén de la paz, valle de los perfumes y armonías, el ansiado paraíso de los seres que se aman, de las almas que se comprenden, y el nido de la mujer á quien se adora.

Puerto Rico, en fin, es el país más hermoso de la Tierra.

Sección II

SUMARIO. — Divisiones de la Historia de Puerto Rico. — Edad Antigua. — Rasgos físicos (opiniones opuestas de los Doctores Coll y Toste y González Martínez), caracteres, usos y costumbres de los indios borinqueños. — Principio de la Edad Moderna.

El primer elemento cronológico que entra en la división de la Historia, á saber, las edades, tal como las define el docto catedrático de Historia crítica de España en esta Universidad (de Barcelona), «son las distintas fases por que ha pasado el género humano en su libre y providencial desarrollo, cual en el hombre sucede en el desenvolvimiento de su efímera existencia. Presentan estas fases, lo mismo en la vida del individuo que en la de la humanidad, caracteres, notas, costumbres y leyes que les son peculiares.» — *Schwartz.*

La Historia de Puerto Rico, á nuestro entender, sólo puede dividirse en las tres edades siguientes: *Protohistórica*, *Antigua* y *Moderna.*

La *Edad Protohistórica* comprendería desde los primeros hechos que pudiéramos conocer, valiéndonos de cuantos medios nos ofrece la Historia, hasta la formación de la raza Caribe. La *Edad Antigua* abarca desde la formación del pueblo Caribe-borinqueño, hasta el descubrimiento de la isla por Martín Alonso Pinzón, ó sea el estudio de las leyes, costumbres, etc., de las tribus que desde época lejana habitaban en la isla cuando dicho descubrimiento efectuóse. La *Edad Mo-*

derna se extiende desde la llegada de Cristóbal Colón,— comprendiendo la conquista del territorio, sumisión de los indígenas, extinción de los mismos, etc., etc., — hasta nuestros días; es claro que esta Edad puede subdividirse en varios períodos cronológicos. Finalmente, llamamos *Edad Contemporánea* á aquella parte de la *Moderna* que comprende el estudio de los acontecimientos y hechos de todas clases ocurridos durante el presente siglo.

La *Edad Antigua*, que es la que nos interesa más por ahora, abarca en primer lugar, como hemos dicho, el estudio de las tribus que habitaban en la isla á la llegada de los españoles.

«Los pobladores del archipiélago Antillano, — dice con mucha razón D. Salvador Brau — en la época de su descubrimiento, constituían una sola raza, hablaban la misma lengua, salvo peculiares modismos, observaban iguales costumbres, profesaban igual religión y alcanzaban idéntico grado de cultura.»

De acuerdo con el expresado autor, creemos que la raza Caribe era la que poblaba todas las Antillas, y que tan caribes (en el sentido etnológico de la palabra) eran los indios de Borinquen como los de las islas Vírgenes y de Barlovento.

Las diferencias, que pudieran notar los descubridores, existentes entre los aborígenes de Puerto Rico y los de las Antillas orientales, no eran diferencias de raza ni de lengua; solamente había distinción en el modo de vivir, nacida del diferente medio físico en que unas y otras tribus se desenvolvían.

Los caribes de las Pequeñas Antillas *(Caribes)* tuvieron que resentirse de la falta de alimentos y más aun de la escasez de medios para desarrollar su actividad. Por eso eran tan dados á las excursiones; por eso fueron los nautas más atrevidos de América y los guerreros más feroces, porque se veían obligados á proporcionarse en las otras islas lo que les faltaba en las suyas. De este modo se acostumbraron á la vida guerrera, á los percances, á las aventuras, y aun incurrieron

en el vicio más degradante de la humanidad: se entregaron á los sangriento apetitos de la antropofagia, enfermedad que desgraciadamente han sufrido muchos pueblos en sus primeras etapas de desarrollo moral é intelectual.

No sucedió lo mismo con los caribes que habitaban en la *Pequeña Antilla.* Conservaron con muy pocas variaciones el mismo idioma que sus vecinos de las islas Vírgenes y de Barlovento; pero no se dedicaron como éstos á la vida nómada y aventurera. Al revés de sus hermanos, los borinqueños residían en un país fértil, cubierto de bosques y montañas y regado por numerosos ríos; no necesitaban, por lo tanto, ir á buscar á otra parte los medios de sustento y bienestar que encontraban en su propio territorio; las condiciones físicas en que desarrollaban su existencia les hicieron ser pacíficos, apegados al suelo y enemigos de las correrías. Conservaban, sin embargo, el valor ingénito á todos los individuos de su raza, defendían el territorio contra toda clase de agresiones, y eran los que más resistencia oponían á los asaltos y algaradas de sus vecinos y hermanos de las otras islas.

No queremos decir que el caribe haya sido un pueblo autóctono: la raza caribe procedió indudablemente de la fusión de pueblos que emigraron de la Tierra firme: la población indígena de las Antillas no es más que una resultante de la mezcla de tribus, oriundas del continente, que fueron á establecerse en aquellas islas. Pero como las invasiones se efectuaron del mismo modo en casi todas las tierras del Archipiélago, el pueblo antillano, producto de estas invasiones, era uno solo, las costumbres eran semejantes, idénticas la lengua, ceremonias, tendencias, etc., etc.; muy pocas desemejanzas podríamos hallar entre las tribus que poblaban las diferentes islas del grupo Antillano.

Empero, esta opinión es negada y combatida por notables escritores. «El caribe insular, comedor de carne fresca, de instinto belicoso y aventurero, antropófago y cruel,—dice el

ilustrado Dr. Coll y Toste (1) — era antitético del aborígene indo-antillano, comedor de harinas, pacífico, hospitalario é indolente. No producía tal *carácter* en el caribe la escasez de vituallas en las islas de Barlovento; porque el Archipiélago de las Lucayas era más pobre, y estaba más desprovisto de bastimentos, y sus naturales tenían igual *carácter* que los habitantes de las Antillas mayores. Era que constituían ya dos razas distintas á pesar del entronque genésico continental. Ese *carácter moral* de los dos pueblos, tan bien conservado en las crónicas y tradiciones, era indudablemente efecto de *caracteres físicos* especiales, temperamentos y constituciones diversas, é influencias desconocidas, cuyas causales ignoramos, pero cuyos resultados nos son patentes por la veracidad de la Historia.»

Las islas Lucayas, que conforme expusimos en la *Introducción* ocupan la parte más septentrional del archipiélago, por su proximidad al continente tuvieron que sufrir la ingerencia de los sencillos habitantes de la Florida y de los tímidos pueblos que circundaban por el E. y SE. á la poderosa nación de los aztecas. Tenemos noticia de algunas invasiones efectuadas en aquellas islas; sabemos que ciertas tribus habitadoras del *Itanachi* (O. de la Florida) abandonaron su patria y fueron á establecerse en la isla de Ciguateo (Lucaya). Esto nos explica las causas de las diferencias que mediaban entre los naturales del archipiélago Lucayo y los del grupo de las islas de Barlovento.

El clima, por otra parte, debió ejercer una gran influencia: observamos que la más septentrional de las *Islas Caribes* no sube de los 19° sobre el Ecuador, al paso que el grupo de las Lucayas se extiende hasta los 30° sobre dicha línea. Tales consideraciones nos llevan á dar la razón á D. Salvador Brau y á suponer desacertada la afirmación del Dr. Coll y Toste.

A la precedente opinión del Dr. Coll y Toste, podemos oponer la que nuestro ilustrado amigo, el Dr. González y

---

(1) *Repertorio histórico de Puerto Rico*, núm. 1, pág. 19.

Martínez (D. Isaac), expone en las siguientes líneas, escritas expresamente para nosotros:

«Borinquen, lo mismo que las demás islas del archipiélago antillano, ha visto hollado su suelo por representantes de las tres especies antropológicas en que nosotros creemos natural dividir la gran familia humana. Son estas tres especies la dolicocéfala de color negro, la braquicéfala amarilla y la dolicocéfala blanca; mas, no debiendo ocuparnos en las cuestiones que se refieren á los pueblos que á dicha isla abordaron después del descubrimiento, pasaremos inmediatamente al estudio de las razas derivadas de la segunda especie, dentro de las cuales es posible descubrir al aborígene borinqueño.

Para ello sería preciso fundamentar, con una rica serie de argumentos, los motivos que nos inducen á aceptar, como distintivo de las mencionadas especies, el índice cefálico en combinación con el color de la piel; pero, como las dimensiones de este trabajo no nos permiten entrar en consideraciones de este género, creemos suficiente advertir que, en toda clasificación que del grupo humano se intente, para que ésta resulte antropológica y natural, deben buscarse los caracteres taxonómicos en los índices cefálico, nasal y orbitario, en la sección del cabello y prognatismo subnasal, como elementos primordiales á los cuales se agregarán los que resulten del estudio detallado del rostro, estatura, sistemas piloso y nervioso, etc., etc.

Procediendo con sujeción á esta norma, el análisis antropológico separa perfectamente la especie braquicéfala de piel amarillenta, caracterizándola por tener el rostro ancho y achatado, los ojos oblicuos, los pómulos salientes, los párpados cortos, pelo escaso, rígido, duro y con su sección transversal redonda, corta estatura y predominar en ella la mesorrinia.

Esta especie, que comprende las razas americanas y los braquicéfalos asiáticos, se divide en cinco variedades, tipos ó razas generales que son: la raza roja africana, la finesa, la mogola pura, la mogola cruzada con elemento asiático y la cruzada con el elemento autóctono de América, representado éste por los dolicocéfalos tehuelches de los paraderos prehistóricos de la Patagonia, cuyos tehuelches no deben confundirse con los actuales que, como todos los americanos, son la resultante de cruzamientos entre el elemento primitivo y el invasor asiático.

De todas estas variedades solamente nos interesa la última, ó sea, el tipo general mogol cruzado con los autóctonos americanos, que ha extendido su dominio desde la Tierra del Fuego hasta el estrecho de Behring.

Para comprender la genealogía de este tipo mixto, recordaremos que en América existió, antes de las inmigraciones asiáticas, una raza dolicocéfala que hemos llamado tehuelche y cuya cuna dijimos que había sido la Patagonia, donde su aparición se remonta, en los tiempos prehistóricos, por lo menos á tanta antigüedad como la del aborígene europeo en sus yacimientos cuaternarios y aun terciarios. Este elemento primitivo de América se cruzó en diversos grados con los invasores braquicéfalos de Asia, resultando de semejante mezcla dos razas distintas, según que imperó en más ó en menos aquél sobre éstos: los esquimales en los cuales por predominar los caracteres tehuelches aparece tan menguada la influencia mogola; y los verdaderos americanos, raza americana propiamente tal, que, más parecidos á los mogoles, denotan una escasa fuerza hereditaria de los rasgos distintivos de los primeros habitantes de los paraderos patagones.

Unos y otros difieren, por algunos de sus caracteres (mesaticifalia, dolicocefalia, leptorrinia), de la especie braquicéfala; pero esto se debe á las modificaciones profundas que en la conformación producen los cruzamientos, pues no de otro modo se comprende que, á pesar de la disparidad señalada, abunden por otro lado tantos rasgos de semejanza (*sección del cabello*, *megasemia*, *anchura del rostro*, *saliente de los pómulos*, *prognatismo*, etc., etc.), que son los que autorizan su inclusión en la misma especie antropológica.

No pasaremos adelante sin advertir que dejamos de contar entre las razas americanas la creada por M. de Quatrefages con el nombre de Lagoa Santa, al demostrar entre los Botokudos el elemento dolicocéfalo é hipsesthenocéfalo; porque creemos que tales dolicocéfalos bien pueden ser tehuelches prehistóricos mezclados en menos grado aun que los esquimales con los braquicéfalos asiáticos.

En resumen: aceptamos para América una raza dolicocéfala autóctona, desaparecida hoy, la cual al mezclarse con los mogoles dió origen á la raza esquimal (dolicocéfala y leptorrinia) y á la americana (mesaticéfala, mesorrina y megasema); la primera confinando al Norte y la segunda esparcida por todo el continente, islas del grupo antillano y Tierra del Fuego.

Estas dos razas se dividen en pueblos, y éstos en tribus, justificando nuestro modo de pensar el hecho, por la Antropología y la Historia comprobado, de que las convulsiones ocurridas en América, en épocas relativamente cercanas, han mezclado y superpuesto de tal modo los elementos fundamentales de la población, que ya no se conocen razas primitivas puras, sino resultantes de cruzamientos, lo cual hace que la clasificación que en ellos se funde ha de ser por fuerza *etnológica*, clasificándose en tal caso grupos sociales

ó lo que es lo mismo *pueblos* y no grupos antropológicos. Y el investigador que, á imitación de nuestro respetable colega el Sr. Coll y Toste, haga de la voz *raza* un sinónimo de *pueblo,* comete un crimen de lesa Antropología, empleando la palabra en su más *pésima acepción;* porque no encontramos lógico ni perdonable confundir un grupo natural, cual es la raza, con otro artificial como el pueblo: hay pueblo español, francés, griego, italiano, etc., mas no razas española, francesa, etc., etc.

El análisis antropológico forma con todos los americanos de los tiempos históricos, á excepción de los esquimales, una sola raza, la americana, cuyas divisiones no pueden ser, según acabamos de advertir, otra cosa que pueblos, lo que queda confirmado al no encontrar, entre los más distantes, caracteres diferenciales suficientes para autorizar la creación de razas secundarias.

Para nosotros, por consiguiente, tanto entre los americanos del Norte como entre los del Centro y Sur, desde la Tierra del Fuego hasta el confín superior de los Pieles Rojas, no cabe más que la diferenciación en pueblos de una sola raza bien caracterizada.

De estos pueblos sólo merece especial atención por parte nuestra el brasileño-guaraní, puesto que de él derivan los aborígenes antillanos; le dividimos en tres tribus que son la guaraní, la caribe y la de los botokudos.

Eran los guaraníes, como los americanos en general, mesaticéfalos ó braquicéfalos, presentando con ligeras modificaciones los mismos caracteres que hemos señalado para la raza americana; mas se distinguían de los pobladores de la parte norte del Continente por una costumbre de gran valor en Antropología y que por sí sola ha servido para establecer la filiación de algunos pueblos sud-americanos: nos referimos á las deformaciones craneanas, en las cuales nos ocuparemos detalladamente al discutir la procedencia del habitante precolombiano de las Antillas.

* * *

Si no admitimos que el tipo especial americano pueda subdividirse en razas secundarias, quedan rechazadas por igual razón todas aquellas opiniones que tiendan á distinguir en el concepto antropológico los habitantes de las Grandes y Pequeñas Antillas, los cuales para nosotros no sólo eran de idéntica raza sino que hasta del mismo pueblo.

No piensa de igual modo nuestro respetable colega el Sr. Coll y Toste, quien pretende diferenciarlos por el carácter de la Antropología y el estudio de algunas de sus costumbres; al menos así se desprende del análisis de los variados

artículos que sobre este asunto ha publicado, por más que se note contradicción en sus aseveraciones.

Oigamos lo que dice:

«Es verdad que las Antillas son islas desparramadas por »el Océano; pero esto no fué impedimento para que fueran »pobladas por individuos procedentes de *unas mismas tribus* »y de *idéntico origen étnico*, comprobado éste por aparecer »con *igual tipo antropológico* y los *mismos usos y costumbres.*»

Si siempre pensara así el Sr. Coll, nosotros compartiríamos gustosos su opinión.

Más adelante añade:

«Hemos sostenido siempre la *diversidad de origen* del pri»mitivo isleño del Archipiélago y del intruso conquistador »de las islas de Barlovento.»

Y al final de otro artículo:

«Cuando los caracteres propios á una variedad vienen á »ser hereditarios, nace una *raza*. De manera que de la espe»cie pueden engendrarse un número indefinido de *razas*, »porque toda exageración, toda reducción, toda modificación »suficientemente marcada de uno ó muchos caracteres nor»males, constituyen una *variedad,* y toda variedad viniendo »á ser *hereditaria* puede dar nacimiento á una *raza*. Además, »cada raza puede á su vez presentar individuos que se dis»tingan de sus hermanos por algún carácter, es decir, que »hay variedades en la raza como en la especie. Estas *varie»dades de razas* pueden venir á ser hereditarias como las »*variedades de especies*. Así toman nacimiento las razas se»cundarias, terciarias, cuaternarias..... (Quatrefages.)

»La especie es, pues, la unidad; las razas, fracciones de la »unidad.»

Muy cierto es esto último, y muy de acuerdo está con nuestras particulares opiniones; mas lo que no es cierto, lo que no podemos admitir es el modo como nuestro colega interpreta el criterio de Quatrefages, porque sin duda olvida que el sabio antropólogo francés, al hablar de modificación ó exageración de caracteres, se refiere á la arquitectura orgánica del individuo y no á lo que dice relación á sus usos y costumbres, puesto que en buena Antropología sólo los datos anatómicos y fisiológicos son los que sirven para diferenciar los diversos grupos humanos. Si por la diversidad ó antitetismo de costumbres hubiéramos de clasificar las razas humanas, entonces éstas habrian de multiplicarse hasta el infinito, pues no es raro encontrar, entre tribus de un mismo pueblo, costumbres completamente distintas y hasta opuestas, según tendremos ocasión de demostrar.

Y sigue Coll:

«El caribe insular, comedor de carne fresca, de instinto »belicoso y aventurero, *antropófago* y cruel, era antitético

»del aborígene indo-antillano, comedor de harinas, pacífico, »*hospitalario* é indolente. No producía tal *carácter* en el caribe »la escasez de vituallas en las islas de Barlovento, porque el »archipiélago de las Lucayas era más pobre... Es que cons- »tituían ya *dos razas distintas*, á pesar del entronque con- »tinental.»

Aun en el supuesto de que etnológicamente fuese diferente el caribe del habitante precolombiano de las Grandes Antillas, debemos advertir al Dr. Coll, que es preciso no confundir las divisiones que de las *aglomeraciones humanas* pueden hacerse—tal cual las encontramos hoy después de modificados sus caracteres étnicos por los cruzamientos, influencia del medio cósmico y tantos otros agentes que sin duda han obrado sobre ellas durante el transcurso de las edades—con la clasificación de las *razas*, según puede llegar á separarlas una detallada investigación analítica de sus caracteres antropológicos: en el primer caso la clasificación que con aquellos elementos se establezca resulta necesariamente *etnológica*, y el término *raza*, aplicado á las divisiones, es entonces usado en su *peor acepción*, puesto que se le hace sinónimo de *pueblo;* y en el segundo, los grupos resultan *naturales* y *antropológicos*, esto es, especificados en conformidad con el moderno rigorismo científico. Por lo tanto, el escritor aludido, al oponer los caribes á los habitantes de las Antillas mayores y Lucayas, no está autorizado para suponerlos de distinta raza, porque basa sus aserciones en caracteres etnográficos, los cuales no sirven para distinguir fundamentalmente un grupo antropológico, y porque, además, como ya hemos dicho varias veces, en América, si se exceptúan los esquimales, no existía, en los tiempos del descubrimiento, más que *una sola raza*.

Por otro lado los caracteres etnográficos, señalados por el Dr. Coll en pro de su hipótesis, carecen de valor taxonómico, según procuraremos demostrar. En efecto: la antropofagia, que parece ser el carácter que le suministra más valiosos argumentos, no ha servido nunca ni servirá en lo futuro para distinguir una raza, porque la encontramos diversamente repartida entre tribus de un mismo pueblo. Así, dentro de la raza roja africana—representada por los fulbes, los nyam-nyam y los bongos—existen dos pueblos cuyas costumbres antitéticas son dignas de estudio, porque marcan hasta qué punto debe el antropólogo tomar en cuenta los hábitos de antropofagia, cuando trate de clasificar los grupos humanos. Dichos pueblos son los *bongos* y los *nyam-nyam;* éstos son antropófagos, se afilan los dientes, practican el *tatuaje* y ponen especial cuidado en el peinado y vestido; aquéllos varían en sus usos y costumbres según confinen con los nyam-nyam ó con los *diukas* y *djnrs*. Los vecinos de estos últimos, ó sean los habitantes de la cuenca de Bahr-el-Ghazal, se

arrancan los dientes de la mandíbula inferior y no son antropófagos, y los que hacia el Sur están próximos á los nyam-nyam se los afilan y comen carne humana como éstos. De modo que no sólo difieren por sus costumbres los dos pueblos mencionados, sino que también se diferencian los bongos del Norte de los del Sur, es decir, dos tribus de un mismo pueblo; y á nadie se le ocurrirá sostener que los bongos pertenecen á una raza y los nyam-nyam á otra, ni menos aun que entre los primeros haya elementos suficientes para distinguir dos razas, como parece debiera hacerse siguiendo el criterio de Coll y Toste.

Otra consideración, de gran trascendencia para el asunto que discutimos, se desprende del estudio que acabamos de hacer, y es la variabilidad de las costumbres en un mismo pueblo en consonancia con el modo de ser de sus vecinos; así, los bongos del Norte son pacíficos y se arrancan los dientes, porque sus vecinos los dinkas también lo son; y los del Sur son guerreros y antropófagos y afilan sus dientes, porque de los nyam-nyam tomaron semejantes prácticas.

Y del mismo modo que este cambio tan radical de costumbres se verifica en un pueblo de Africa, creemos nosotros que pudo realizarse en los aborígenes antillanos.

En efecto, los pobladores de las islas de Barlovento estaban muy próximos á los arruagas, que también eran antropófagos y con los cuales vivían en perpetuas guerras, y los habitantes de las Grandes Antillas y archipiélago de las Lucayas lindaban en más grande extensión con tribus de carácter distinto de los arruagas, y con las que no tenían necesidad de guerrear ni tomar represalias.

Además, téngase en cuenta que el hombre, al igual que los demás seres, tanto orgánicos como inorgánicos que pueblan la Tierra, es un esclavo del medio cósmico, y que su tan decantada libertad, sostenida al parecer por el poderío inmenso que las inventívas de su inteligencia le han concedido en la lucha con los otros organismos que con él comparten la morada terrestre, es muy relativa y significa muy poco ante la inevitable limitación y norma á que ha de sujetarse, por fatal ley biológica, su comercio con el ambiente.

Esta verdad, en apoyo de la cual se encuentran numerosas pruebas irrecusables, á poco que nuestra atención se fije en el metamorfismo que durante las edades geológicas experimentaron los cuerpos todos animados ó no que por doquier pululaban, nos da la clave de las diferencias de carácter que el Dr. Coll señala entre los caribes y los pobladores de las Grandes Antillas; éstos tropezaron con países montuosos, de vegetación espléndida y donde las variaciones de temperatura y humedad no habrían de ser las mismas que en las islas de Barlovento, poco montañosas, estériles y excesiva-

mente calurosas. Allí, con una naturaleza pródiga, no tuvieron sus moradores que preocuparse por los medios de subsistencia; todo lo tenían á mano, y la lucha por la vida, desprovista de toda rudeza, no ponía en tensión las facultades intelectuales, naciendo de aquí el carácter poco dado á aventuras de nuestros predecesores antillanos. En cambio, los caribes, dueños de territorios estériles, bajo la influencia de un sol abrasador y en continua alarma por la vecindad de sus encarnizados enemigos los arruagas, habían de ser forzosamente aventureros, y pagar con la ley del talión á sus incómodos visitantes.

Y no se nos diga que las Lucayas eran también estériles y que siendo sus pobladores de idéntico origen que los caribes, debían cómo éstos ser antropófagos, porque á esto objetaremos que dichas islas son menos calurosas que las de Barlovento y que su situación geográfica al Norte de las Grandes Antillas hacía que sus habitantes tuviesen, por vecinos únicos, tribus relativamente pacíficas que no se ocuparon en hostigarles ni en excitar su enojo con piráticas correrías.

Rechazadas las hipótesis de Coll y todas sus similares, veamos cómo puede resolverse el problema de la descendencia del habitante precolombiano de las numerosas islas que forman el archipiélago de las Antillas.

Para ello es indudable que son buenas fuentes la Etnografía y la Lingüística, por los datos que suelen proporcionar, pero no es menos cierto que sólo la Antropología es capaz de cerrar el debate demostrando la misma conformación orgánica entre unos y otros.

Por eso nosotros colocaremos los caracteres etnográficos en segundo término, y abordaremos la cuestión, en primer lugar con datos entresacados de las nociones antropológicas.

Hecha esta advertencia, empezamos manifestando que hay motivos suficientes para sospechar y aun afirmar que las tribus aborígenes, que habitaban las Antillas mayores y menores y las Lucayas, eran originarias de los pueblos sud-americanos, y, entre éstos, especialmente, del brasileño-guaraníe.

En contra de esta opinión, que es la misma que profesa nuestro respetable paisano el historiador Sr. Brau, sostiene el Dr. Coll y Toste, que los habitantes de Borinquen á la llegada de Colón, eran descendientes de los guaycures, quienes rechazados de la América del Norte por los semínolas, fueron á instalarse á las islas más próximas al Continente y desde allí, á las Grandes Antillas, olvidando que los guaycures constituyen uno de los numerosos grupos del pueblo brasileño-guaraní, y que, por lo tanto, son sud-americanos, como los pobladores de las islas de Barlovento.

Además, nadie ha demostrado entre nuestros aborígenes la

costumbre del *escalpe*, que consistía en arrancar con un instrumento cortante la piel del cráneo del vencido, cuya práctica estaba muy extendida entre los americanos del Norte, y, si mal no recordamos, Laudonnière la señala entre los *Timuquanos* de la Florida.

Mas como la existencia ó falta de un solo carácter étnico no basta para asegurarnos la legítima filiación de un pueblo, mientras este carácter no sea de aquellos que en Antropología gozan de propiedad clasificadora justificada, es necesario fijar la atención en datos más valiosos; y éstos nos lo suministrará el estudio de los diversos tipos de deformación craneana y nasal.

Esta costumbre, que tan extendida se hallaba en América, era practicada de diverso modo y con sujeción á ciertas reglas, según los distintos pueblos, lo que autoriza una clasificación sistematizada de las modalidades de la misma. Así, nosotros opinamos que pueden dividirse de la manera siguiente:

- Deformación artificial craneana.
  - Levantada.
    - Occipital sencilla.
    - Cuadrangular.
    - Cuneiforme levantada de Gosse (nahuas, toltecas, totonaques).
    - Trilobada.
    - Cordiforme.
  - Echada.
    - Cuneiforme echada de Gosse (caribes, guaraníes, etc.).
    - Simétrica prolongada de Morton (aymaras).
    - Macrocéfala
      - anular.
      - bilobada.
    - Tolosana.

La primera variedad, que consistía en la reducción del diámetro longitudinal del cráneo á expensas del vertical y biparietal, era puesta en práctica generalmente por los americanos del Norte, prefiriendo entre todas las modalidades la *cuneiforme* levantada de Gosse ó deformación de atrás adelante en virtud del aumento de la presión occipital con persistencia de la de la frente.

Dentro de la segunda variedad, usada casi exclusivamente por los pueblos sud-americanos con el nombre de *deformación del valer*, hay una modalidad que para nosotros tiene capitalísima importancia, y es la *cuneiforme echada de Gosse* ó deformación de *adelante atrás* que empleaban los guaraníes, caribes y en nuestro concepto los aborígenes de las Grandes Antillas.

En efecto: el Sr. Rodríguez Ferrer halló en Cuba, en una caverna situada al O. de Pueblo Viejo, varios cráneos con marcado aplanamiento frontal que él no supo á qué atribuir y que otro antropólogo creyó erróneamente que pertenecían al mismo tipo de deformación craneana artificial usado por los totonaques, nahuas, peruanos, etc , confundiendo sin duda la modalidad cuneiforme levantada de Gosse con la echada.

De modo que los pobladores de las Antillas Mayores y Lucayas, los caribes y los guaraníes estaban ligados por la costumbre de deformar el cráneo de igual manera, como si quisiesen demostrar á la posteridad con documentos fehacientes, que no cabe discusión acerca de la diversidad de origen que, sin fundamentos bastantes, quieren atribuirles algunos etnógrafos insuficientemente informados.

Y este dato étnico, que puede parangonarse en cuanto á importancia con los de mayor valía antropológica, es un elemento precioso que sirve para reconocer á primera vista, y antes de la investigación craneométrica, el pueblo á que pertenece el cráneo. Es más: en algunas ocasiones ha servido para deslindar dos pueblos mezclados y aun para averiguar el grupo étnico á que cada uno de ellos pertenecía; tal sucede con los habitantes de Ancón, en la América del Sud, que pueden separarse de sus vecinos los aymaras y colocarse entre los pueblos mexicanos (nahuas), porque sus cráneos tienen la deformación de *atrás adelante*, esto es, en sentido inverso y de distinto grupo á como la usaban los aymaras.

Otra deformación que encontramos en las Antillas todas y que también estaba muy extendida por la América del Sud, es la *deformación nasal* ó aplanamiento de la nariz, practicada especialmente por los botokudos, que, como ya hemos dicho, era una de las ramas del pueblo brasileño guaraní.

En resumen: antropológicamente quedó probado desde un principio que en el Archipiélago antillano no existía á la llegada de Colón más que una sola *raza;* y desde el punto de vista etnográfico queda sin fundamento la opinión de Coll, al no encontrarse la disparidad de costumbres por él señalada entre aquellas tribus, y sí semejanzas íntimas entre ellas mismas y entre ellas y las guaraníes, lo que demuestra la hipótesis por nosotros formulada de que antillanos, lucayos y guaraníes eran un mismo pueblo.

Esto no quiere decir que neguemos en tales islas la posibilidad de inmigraciones de tribus de la América del Norte, porque es indudable que debieron efectuarse, dada la proximidad de ambas tierras; pero lo que no nos parece cierto es que aquéllas hayan imperado, porque á ser así hubieran impuesto su idioma y sus costumbres todas.

Para terminar recordaremos á Coll que los caribes no eran sólo comedores de carne fresca, sino que también sabían preparar el casabe y comían harina como los borinqueños, teniendo en general las mismas formas de culto, areytos análogos, los mismos juegos, idénticos procedimientos agrícolas, etc., etc.; y que Lucien de Rosny y el Dr. Chenu afirman que cuando los borinqueños podían atrapar á un caribe se lo comían en represalia de sus anteriores fechorías.

Además los caribes eran hospitalarios como todos los americanos.

Nos parece, por tanto, suficientemente probada la identidad de aquellas tribus y su procedencia del pueblo brasileño-guaraní» (1).

El pueblo caribe de Borinquen estaba dividido en tribus, cada una de las cuales tenía su jefe ó cacique que la gobernaba, bajo las órdenes de un señor ó cacique principal, al que todos los demás prestaban obediencia y vasallaje.

«Que los indios se hallaban acaudillados por jefes—sostiene el Sr. Brau — no hay que dudarlo. Tan presto se agrupe determinado número de hombres, se levantará de entre ellos uno más audaz, si no más inteligente, que dirija é imponga su voluntad á los demás.»

El cronista Oviedo y Valdés cuenta que existía en Borinquen una verdadera jerarquía señorial, en la que los caciques iban heredándose y transmitiéndose el poder.

El historiador Brau supone exageradas estas afirmaciones, y escribe: «Un caso de elevación á la jefatura se ofrece á nuestro examen: el del cacique *Guaybana*. El derecho de sucesión advertido por Oviedo debió ejercitarse en este caso, y lejos de esto se ve á los caudillos boriqueños *elegir* por jefe principal á un hermano del difunto, ajustando la elección á las necesidades ó aspiraciones de las tribus.

»La conducta del elegido respecto de los colonos españoles, contraria á la de su antecesor, prueba el espíritu que debió informar la elección; y prueba además que no existía en los pueblos indo-antillanos absoluto derecho jerárquico,

(1) Artículo del Dr. D. Isaac González Martínez.

en materia de sucesión á la jefatura, designándose el llamado á desempeñarla por la voluntad popular, del mismo modo que se ha designado en todos los pueblos y por todas las razas, aun en épocas más avanzadas de progreso social.»

No nos atrevemos á combatir en absoluto estas afirmaciones; pero no dudamos de que existió en la antigua Puerto Rico un verdadero señorío hereditario. El hecho de que al morir el Cacique mayor de la isla le sucediese su hermano, es el mejor indicio que nos revela la existencia de un sistema de sucesión bien constituído; porque en una región donde estaba tan desarrollada la poligamia, difícil hubiera sido precisar quién era el hijo de quién, y al elegir el pueblo á un hermano del soberano difunto, para que le substituyese y heredase, manifestaba con tal acto el deseo popular de que la jefatura no se transmitiese de unas familias á otras.

Además, tales medios se practican todavía por las tribus indias que pueblan la península de la Goajira. «Estas tribus —dice D. E. Uricoechea—conservan aún sus antiguas costumbres;» y añade: «La poligamia era permitida, así que cada indio podía tener cuantas mujeres querían vivir con él. La separación del hijo recién nacido la hacía la madre tronzando el cordón á golpe de piedra. Después del parto tomaba la madre un baño frío i pronto seguía en sus labores ordinarias.

»No hereda el hijo al padre, sino el sobrino, hijo de la hermana, para tener seguridad del parentesco carnal, lo mismo que entre los germanos, según nos dice Tácito. Por la misma razón no es el padre quien concede la mano de sus hijas sino el tío, hermano de la madre. El sobrino no sólo hereda la hacienda del tío, sino también las mujeres que tuvo, i con tal obligación que si no puede mantener á todas las propias junto con las heredadas, repudia de aquéllas cuantas hereda, sin que las repudiadas lo lleven á mal.»

Por otra parte, el sistema hereditario del poder estaba sumamente arraigado en casi todas las antiguas naciones de América, hasta tal punto que, según nos cuenta un autor

indio (1), habiendo muerto Chichicuepotzín—soberano de Tlacochcalco-Opochhuacán, que gobernó durante diez años—y no dejando sucesor, transcurrieron cuatro años, á partir de su muerte, ocurrida en 1332, sin que persona alguna gobernara en el Opochhuacán.

Los caribes borinqueños eran relativamente de costumbres muy pacíficas; se alimentaban con los frutos que producía su fértil territorio; vivían en *bohíos* que fabricaban con diferentes especies de ramas; dormían en *hamacas* construídas con mucha habilidad; llevaban una vida sumamente sedentaria, y eran un tanto dados á la idolatría y á la superstición. Por sus caracteres físicos diferían muy poco de los que el Almirante halló en la isla de *Guanahaní*, y cuya descripción insertaremos íntegra en el capítulo tercero. Poseían sus juegos especiales y sus bailes, como los de Haití; y, no exentos de ninguna clase de comodidades y medios de bienestar propios de su vida semisalvaje, pasaban los felices días de su existencia, sin odios ni rencores, sin luchas intestinas, y gozando las delicias del agradable paraíso bajo cuyos árboles frondosos no volverá jamás á deslizarse otro pueblo de hermanos tan unidos por la fortuna, por la felicidad, por el cariño y por el fervorosísimo amor que su pequeña patria les inspiraba.

Entonces Borinquen, como la perla que aun reposa dentro de sus cóncavos nácares, como la salvaje avecilla que nunca ha cantado fuera de los espesos bosques, no había sufrido la influencia de extinguidas civilizaciones; ni, como acontece á todos los pueblos, había visto sucederse unos á otros los imperios; ni sus humildes aldeas se levantaban, cual las ciudades egipcias, sobre las huellas de pasados esplendores.

---

(1) Quauhtlehuanitzin — *Anales de Chimalpahin*: «IX tecpatl xihuitl, 1332 años, Ypan in momi (quillico in) Chichicuepotzin, teohuateuhctli, (tlahtohu) ani Tlacochcalco-Opochhuacan, yn tlahtocat ma (tlactli xihuitl); yn oyuh momiquilli yn oc nauhxihuilt (in ayac tlah) tocat Opochhuacan.» Remi Simeón.

En estas condiciones se encontraba la feraz Antilla, cuando Martín Alonso Pinzón logró descubrirla, cuando el Almirante la visitó en su segundo viaje, y cuando Ponce de León se decidió á conquistarla.

He ahí los tres héroes que constituyen el trípode sobre que descansa toda la Edad Moderna de la Historia regional de Puerto Rico.

CAPÍTULO II

Los héroes del descubrimiento

Sección I

SUMARIO.—Cristóbal Colón.—Dificultad de dar noticias exactas acerca de su patria y origen.—Su personalidad física.—Su personalidad moral é intelectual.—Obstáculos que supo vencer.

Nada más difícil que determinar con precisión el lugar ó pueblo en que vió la luz primera el insigne descubridor del Nuevo Mundo (1). Notable es la discrepancia que se observa en las opiniones que, con más ó menos solidez y galanura, han expuesto los diversos historiadores que se han atrevido á investigar estos extremos. D. Fernando Colón, que era hijo del Almirante, y se hallaba por tanto en condiciones de ser el escritor más autorizado para transmitirnos las noticias relativas á la patria y procedencia de su ilustre padre, aparenta ignorarlas, y los escasos datos que nos suministra vienen á ser cual chispas de luz que tocan la sombra misteriosa y vaga que flota en las primeras páginas de su obra. Se sabe

(1) Innumerables son los pueblos y aldeas (Hervi, Cugureo, Bugiasco, Saona, etc.) de la provincia de Génova que se han disputado el honor de haber sido cuna del descubridor. La ciudad de Génova en primer lugar, y la de Plasencia en segundo término, juegan los principales papeles en esta disputa. Sin embargo, todo parece indicar que la gloria pertenece á la ciudad de Génova.

que Cristóbal Colón era genovés, según él mismo dejó dicho en uno de sus numerosos escritos; pero la dificultad consiste en averiguar si lo era, por haber nacido en la ciudad de Génova, ó en otro pueblo de la misma provincia. El Almirante pudo ser genovés, como él dice, aunque hubiera nacido en Cugureo ó en cualquiera otra de las muchas aldeas situadas á mayor ó menor distancia de la Capital.

Controversia viejísima es también la referente á la alcurnia de Colón; á raíz de su desgraciada muerte ya se formulaban las opiniones más contradictorias; así, mientras unos lo hacían descender de la prosapia más egregia, pintaban y describían otros la mísera situación de sus abuelos ocupados en las artes más menesterosas. Tantas y tan opuestas versiones dieron lugar á aquellos brillantes párrafos de D. Fernando: *tengo por mejor que tengamos toda la gloria del Almirante, que andar inquiriendo si su padre fué mercader ó cazador de volatería; estimo que me puede ilustrar menos la calidad y nobleza que proviene de los abuelos, que la que tengo por ser hijo de semejante padre; además que por los claros é insignes hechos suyos no tuvo necesidad de las riquezas de sus predecesores, las cuales, como también la pobreza, no son ruedas de la virtud, sino de la fortuna.*

El historiador genovés D. Agustín Justiniano, que escribió su obra *Psalterio* antes que D. Fernando hiciese la suya, nos dice que Colón pasó los primeros años de su juventud trabajando en artes manuales, contradiciéndose él mismo más adelante, como nota muy bien D. Fernando, pues añade: «y habiendo adquirido en sus tiernos años las letras, siendo ya de edad adulta, se dió al arte de navegar, y pasó á Lisboa.» Lo más lógico es suponer que fué hijo de padres pobres *(Humile loco sen a Parentibus pauperibus ostu).* No obstante, en cuanto al lugar de su nacimiento, aunque sus padres hayan sido pobres, nos decidimos por la ciudad de Génova; pues «si el Almirante no hubiese nacido en la misma ciudad, no se habría conformado con decir que era genovés, y hubiera añadido además el nombre del pueblo de su cuna, al cual tenía

que amar muy poco para hurtarle la gloria de poder incluirlo en el número de sus hijos».

Era el Almirante de estatura alta, pero muy proporcionada; tenía la cara larga, pero con las mejillas llenas y las facciones bien delineadas; lucía una nariz aguileña, una frente despejada y una mirada penetrante y escudriñadora; y, según cuentan sus parientes, llamaba la atención, allá en sus mocedades, por su blonda y espesa cabellera. Sin embargo, «para la época en que se dió á conocer por sus descubrimientos, ya había salpicado sus cabellos el polvo de la senectud, ya los llevaba blancos, como un anciano, conservando siempre, no obstante, la robustez muscular de su cuerpo y sus facciones juveniles». Aquellos cabellos blancos eran los signos reveladores, más bien que de su edad, de las rudas tareas intelectuales á que se había dedicado; y eran además las huellas que tras sí dejaron los fatales percances y dolorosas contrariedades de su penosa y agitada vida.

Aunque enorgullecido con sus triunfos, su orgullo no se parecía en nada á la ridícula vanidad que á los hombres necios hace no ser afables con sus semejantes; mostrábase siempre cariñoso y elocuente, lo mismo en su trato con los amigos y familiares, que en sus relaciones con los desconocidos; y, de un carácter muy generoso, nunca quiso valerse del poder y atribuciones, que le concedía el elevado puesto en que los Reyes le colocaron, para castigar las ofensas inferidas á su persona. Fué, en suma, el mejor enemigo que tuvieron los que contra él conspiraban; aunque esto, más bien que á nobleza de alma, pudiera mejor atribuirse á un orgulloso desprecio para con aquellos que pretendieron arrebatarle sus triunfos, para aquellos á quienes él miraba como átomos envueltos en la aureola espesa que rodeaba á su nombre, como insectos que probablemente se quemarían las alas antes de llegar á la altura del foco luminoso que los fascinaba.

Es indudable que un hombre que realizó tan grandes y difíciles empresas, debió poseer vastos conocimientos de las ciencias que más se relacionaban con su profesión ó carrera; y

efectivamente, sabemos, por su hijo D. Fernando, que después de haber aprendido las letras pasó muy joven á Pavía, en donde estudió con los cosmógrafos más notables de aquella ciudad, dedicóse á la *Astrología* y á la Geometría, y consiguió, por tales medios, adquirir una grandísima aptitud para el dibujo, como se vió luego por los planos y mapas que continuamente trazaba. Era además sumamente versado en cuestiones de literatura, pues á menudo se le ve citando, en sus escritos, opiniones de los más antiguos escritores judaicos; asimismo, de sus *cartas y relaciones* se desprende que manejó algún tanto los autores clásicos griegos y romanos: de todo lo cual tuvo que valerse necesariamente para convencer á los que le escuchaban, á los Reyes y á los magnates de España, á los sabios que asistían á sus conferencias y á los incrédulos que calificaban de ilusorios sus proyectos. Era también el Almirante muy dado á toda clase de Historias; así se desprende de sus cartas: «ni á decir cosas que usaron grandes Príncipes en el mundo para crecer su fama, así como de Salomón que envió desde Hierusalem en fin de Oriente á ver el monte Sopora, en que se detuvieron los navíos tres años, el cual tienen nuestras Altezas agora en la Isla Española; ni de Alejandre, que envió á ver el regimiento de la isla de Trapobana en India, y Nero-César á ver las fuentes del Nilo, y la razon porque crecian en el verano, cuando las aguas son pocas, y otras muchas grandezas que hicieron Príncipes y que á Príncipes son estas cosas dadas de hacer; ni valia decir que yo nunca habia leido que Príncipes de Castilla jamás hubiesen ganado tierra fuera de ella, y que esta de acá es otro mundo en que se trabajaron Romanos y Alejandre y Griegos, para la haber con grandes ejercicios, ni decir del presente de los Reyes de Portugal, que tuvieron corazon para sostener á Guinea, etc., etc.» Estos párrafos de la carta que Colón dirigió á los Reyes, año de 1498, dando cuenta de su tercer viaje á las Indias, prueban lo erudito que era el Almirante en cuestiones de Historia; y, al mismo tiempo, se ve en ellos la astucia de aquel grande hombre que empleaba cuantos

medios le podían suministrar sus estudios de Humanidades, para convencer á los Reyes y mantenerlos constantes en el vivo entusiasmo que manifestaron en los primeros días del descubrimiento. Todos los escritos de Cristóbal Colón están plagados de datos históricos y citas que demuestran su compleja erudición; y muchas de éstas, así como la alteración que hizo en su nombre y apellido, nos revelan que poseía algunos conocimientos de la lengua latina ó que cuando menos le profesaba mucha simpatía; lo cual no tiene nada de extraño en un siglo en que estaba de moda el estudio de este idioma y en que vemos á la reina Isabel valiéndose de los mejores profesores para aprenderlo, y á escritores notables, como Pedro Mártir de Anglería, escribiendo obras en dicha misma lengua.

Pero á lo que se dedicó más obstinadamente el Almirante fué al arte de la navegación, en cuya carrera se inició desde su más tierna edad; como se desprende de la carta que escribió á los Reyes Católicos, año de 1501, en la cual dice (refiriéndose á dicho arte): *y ya pasan de cuarenta los años que le estoy usando.*

No dejó sin visitar tierra alguna de las conocidas en aquella época, y es casi seguro que navegó por cuantos mares se exploraban en aquel entonces; pues dice que llegó á ir hasta la isla de Tile, y ya sabemos que dicha isla era la tierra más apartada que se conocía en el Océano, como claramente nos lo manifiesta Séneca, en la brillante estrofa que intercaló en su *Medea* (1) y que un autor notable redujo á versos castellanos, del siguiente modo:

«Tras luengos años verán
un siglo nuevo y dichoso

(1) Séneca. *La Medea*, Act. 2:

Venient annis
Secula seris, quibus Occeanus
Vincularerum laxet, et ingens
Pateat tellus, tiphis que novos
Detegat orbes, ne sit Terris
Ultima Thule.

que al Occeano anchuroso
sus límites pasará.
Descubrirán grandes tierras,
verán otro nuevo mundo
navegando el mar profundo
que ahora el paso nos cierra.
La Thyle, tan afamada
como del mundo postrera,
quedará en esta carrera
por muy cercana contada» (1).

M. Redslob, autor de una monografía sobre la isla de Tile (2), la describe en conformidad con las opiniones expuestas por Séneca y otros muchos escritores de la antigüedad. Estrabón cita un pasaje de Polibio, en el cual demuestra este último la distancia enorme á que se hallaba colocada de su patria la susodicha isla, y la dificultad de poder los navegantes llegar hasta ella (3). Eratóstenes, participando del

---

(1) Rocha (D. Diego Andrés): *Origen de los indios del Perú, Méjico, Santa Fé y Chile.* Tomo I, cap. I., pp. 45 y 46. (Tomo III de la *Colección de libros raros ó curiosos que tratan de América,* publicada en Madrid, 1891).

(2) M. Redslob. *Thulé: die phonizischen Handelsovege, etc.,* Leipzig, 1855. (Citado por Amedée Tardieu en la traducción francesa de la *Geografía* de Estrabón).

(3) Estrabon. *Géographie* (traducción francesa hecha por Amedée Tardieu) Liv. II, chap. IV: «ce Pythéas, dit-il (Polibe), qu'on s'étonne en vérité de voir faire tant de dupes avec des mensonges aussi grossiers que ceux-ci, par exemple, qu'il aurait parcouru à pied la Bretagne tout entière, et que le périmètre de cette île est de 40,000 stades, sans compter ce qu'il débite encore au sujet de Thulé et de cette autre région, où l'on ne rencontre plus la terre proprement dite, ni la mer, ni l'air, mais à leur place un composé de ces divers éléments, semblable au poumon marin, et dans lequel, soi-disant, la terre, la mer, bref tous les éléments sont tenus en suspension et comme réunis à l'aide d'un lien commun, sans qu'il soit possible à l'homme d'y poser le pied, ni d'y naviguer». «Et notez, ajoute Polybe, que cette matière semblable au poumon marin Pythéas dit l'avoir vue de ses yeux, tandis qu'il avoue n'avoir parlé de tout le reste que sur ouï-dire! Puis à ce premier conte il ajoute celui-ci qu'une fois revenu de ses voyages il parcourut encore en Europe tout le littoral de l'Océan depuis Gadira

recelo de Polibio, demuestra también la imposibilidad de que Piteas hubiese podido llegar á la famosa isla. Se ve, pues, que Estrabón, Polibio y Eratóstenes coinciden los tres en indicarnos lo mismo que después dijo Séneca en los versos arriba transcritos. El naturalista Plinio habla también de Tile como de una tierra muy lejana (1); pero el autor antiguo que la estudió con más detenimiento fué Pomponio Mela, quien, no sólo señala su situación y dimensiones, sino que además describe la manera de sucederse en ella las distintas estaciones, pinta los rigores del invierno y nos transmite otras muchas noticias interesantes (2).

Esta isla de Tile era, por consiguiente, la más lejana tierra que en aquel tiempo se conocía; así es que á Colón, que estuvo más allá de cien leguas de dicha isla, no era posible que le faltase por conocer región alguna de las que podían visitarse entonces, exceptuando los países Orientales que describe Marco Polo (3) con su conocida exageración y fantasía. Las descripciones de este ilustre viajero hallaron tanto crédito en el ánimo del Almirante, que pudiéramos muy bien considerarlas como una de las principales causas del descubrimiento de América.

---

jusqu'au Tanais». Y añade Estrabón: «Or, au jugement de Polybe, il est déjà incroyable qu'un simple particulier notoirement pauvre, ait trouvé les moyens de parcourir, soit par mer, soit par terre, de si énormes distances.»

(1) Isidorus adjecit duodecies centena millia quinquaginta, usque ad Thulen, quæ conjectura divinatcionis est. Cayo Plinio Secundo; *loc. cit.*, lib. II, cap. CVIII.

(2) Pomponio Mela. *Loc. cit.*, lib. III, cap. VII.

(3) Era Marco Polo un gentil hombre de la ciudad de Venecia, que vivió en la segunda mitad del siglo XIII. Su padre, Maese Nicolás Polo, acaudalado comerciante de la mencionada ciudad, le llevó en uno de sus numerosos viajes al Oriente, donde permaneció, en los territorios del Gran Kan, hasta la edad de cuarenta años en que regresó á su patria. Una vez en ésta, y prisionero á causa de ciertas revueltas políticas, escribió su obra, titulada *Viajes de Marco Polo,* que es una brillante pintura de los usos, costumbres, etc., de la Armenia Mayor y Menor, Persia, Media, Tartaria, India y demás países orientales que logró visitar, acerca de algunos de los cuales no tenemos hoy más noticias que las que nos suministran estas descripciones.

Dejemos á un lado todas las vicisitudes y demás peripecias de la vida de Colón antes de su llegada á España; dejemos también de ahondar en las múltiples circunstancias que influyeron en el convencimiento que poseía de todo lo que más tarde realizó; las cuestiones relativas á su correspondencia con Toscanelli, su supuesto conocimiento del viaje que efectuaron los escandinavos á la tierra del Labrador, sus gestiones en Portugal, etc., etc., son puntos conocidos por todos y fácilmente tratados en multitud de obras que sólo se han escrito con ese objeto. No queremos analizar tampoco las muchas contrariedades que sufrió en España, ni el obstáculo que encontró en la supuesta conferencia con los catedráticos de la Universidad de Salamanca; conferencia cuya celebración ha sido erróneamente afirmada por autores extranjeros, como el francés Roselly de Lorgues y los norteamericanos Irving y Prescott, pues consta que la tal junta ó Asamblea de sabios no tuvo efecto y que sólo hubieron conferencias privadas que el Almirante celebró con hombres de más ó menos ilustración, conferencias que no tuvieron carácter oficial y que, por lo tanto, poco pudieron influir en el ánimo de los Reyes, á excepción de la que por orden de éstos celebró con el Prior del Prado, luego Arzobispo de Granada (1).

Aunque las indicaciones que el citado Arzobispo hizo á la Reina desviaron mucho el espíritu de ésta, en cambio Colón tuvo la suerte de haberse captado extremadamente las simpatías y afecto de Fray Juan Pérez de Marchena, guardián del Convento de la Rábida, y de D. Luis de San Angel, quienes hablaron á D.ª Isabel con tal elocuencia y argumentación, que ésta quedó impresionada para siempre en favor del Almirante, y aun se comprometió á vender sus joyas, ya que las arcas del Tesoro Real se hallaban exhaustas á causa de la guerra contra los moros de Granada; pero D. Luis San Angel

(1) Falcón (D. Modesto): *Cristóbal Colón y la Universidad de Salamanca.* Salamanca, 1881.

llevó su protección hasta el extremo de encargarse de sufragar los gastos que la empresa exigiese.

Empeñados de este modo los Reyes, facilitaron todo lo que les fué posible, para que tan vastos proyectos se llevasen á cabo: navíos, hombres, armamentos, etc.; y el Almirante partió el 12 de Mayo con dirección al puerto de Palos, en donde habían de entregársele los buques y demás cosas necesarias para poder emprender la larga expedición.

Sección II

SUMARIO.—Martín Alonso Pinzón.—Datos que hemos podido adquirir relativos á su posición y carácter.—No era dueño de ninguna de las carabelas.—Parte que tomó en el descubrimiento, y eficaz apoyo que prestó al arriesgado proyecto del genovés.

Vencidas por Colón las múltiples dificultades que hasta entonces se habían opuesto á la realización de sus planes, convencidos los Reyes y conseguido su alto favor, derrotados sus injustos enemigos, y en posesión ya de las naos, faltábale todavía algo sin lo cual aquella empresa se hubiera hecho muy difícil y aun se habría dilatado algunos meses más; faltábale una persona de temple, que diese un impulso decisivo á sus propósitos; un brazo robusto, un hombre emprendedor, que le ayudara á sobrellevar los trabajos y peligros; un marino de prestigio, que arrastrase consigo á los que el miedo abstenía de aventurarse á correr los azares de tan larga travesía. Ese brazo robusto, ese hombre emprendedor, ese diestro navegante, á quien tanto necesitaba Colón, era Martín Alonso Pinzón, el marino más ilustre que ha dado la nación española.

Ni Las Casas, ni Oviedo, ni D. Fernando Colón, que escribieron las Historias más antiguas que poseemos del descu-

brimiento de América, conocieron, más que por relaciones de otros, á Martín Alonso Pinzón. La fatal circunstancia de no avenirse muy bien con el Almirante, hace que los escritos de éste no puedan ser fuentes puras que nos suministren datos exactos y fidedignos acerca de la personalidad y figura de aquel bravo marino. Pinzón, por su parte, tampoco pudo dejarnos noticias autobiográficas, á causa de su inmediata muerte en los precisos momentos en que llegó á su casa de la villa de Moguer, de regreso del penoso y dilatado viaje.

Supuesta esta escasez de fuentes históricas, nos hallamos en el deber de manifestar que los pocos datos biográficos que transmitimos, los hemos recogido de las declaraciones prestadas, por hombres que conocieron personalmente á Martín Alonso, en el pleito que, diez y seis años después del descubrimiento, sostuvo D. Diego Colón, segundo Almirante de las Indias, con el Fiscal del Rey. Dichas declaraciones, de que tenemos noticias por el trabajo que publicó el Sr. Fernández Duro (1), encierran, como hemos dicho, una porción de datos biográficos que revelan claramente el carácter activo, el arrojo y los conocimientos marítimos de Martín Alonso.

A semejanza de Cristóbal Colón, Pinzón también se inició desde muy joven en la carrera de la marinería, y era tan activo y tan dado á las cosas del mar, que continuamente tenía uno, dos y hasta tres navíos á su disposición, de los cuales era dueño, según se deduce de las declaraciones que, en el citado pleito, prestaron los marineros Pedro Ortiz, Hernando Valiente y Francisco Medel. Fernán Yáñez Montilla, otro de los testigos llamados á declarar, afirmó que Martín Alonso era el hombre más valiente de su tierra, y que su fama llegaba hasta las costas de Portugal, cuyos marinos le respetaban y temían. Había hecho viajes por todos los mares europeos y recorrido las costas de Africa hasta la Guinea, habiendo adquirido así una experiencia grandísima en la

(1) Fernández Duro (D. Cesáreo). *Colón y Pinzón.* — Informe relativo á los pormenores del descubrimiento del Nuevo Mundo, presentado á la Real Academia de la Historia. Madrid, 1883.

navegación, y, por sus relaciones comerciales con los países que visitaba, un vasto conocimiento de cuantas tierras se descubrían en aquella época que, según sabemos, *fué el siglo de las grandes empresas y de los grandes descubrimientos.* En estas condiciones Pinzón, dice el Sr. Asensio, «era el mejor informado de todos los descubrimientos y novedades y el más dispuesto para comprender la posibilidad de realizar los atrevidos proyectos del genovés» (1).

Cuando Cristóbal Colón llegó al puerto de la villa de Palos, encontróse con que, á pesar de las severas órdenes reales, ninguno de los marineros se avenía á arriesgarse en la empresa, que juzgaban todos de imposible realización. Con estos nuevos obstáculos que vencer, y siendo su condición de extranjero una agravante más que le impediría persuadir á aquella gente, acudió de nuevo á los frailes de la Rábida, Juan Pérez y Antonio Marchena, que tanto le habían ayudado hasta entonces y tanta amistad le profesaban. Fray Juan Pérez se encargó de desvanecer las leyendas que circulaban entre los marinos y el pavor que de todos se había apoderado, por las narraciones que los más viejos resucitaban de barcos perdidos, escuadras desaparecidas y otra infinidad de hechos tristes sacados entonces á relucir.

Para calmar tales miedos y disipar tantas sospechas, Fray Juan Pérez se dirigió al marino que gozaba de mayor popularidad y respeto, á Martín Alonso Pinzón, el cual enteróse del proyecto del Almirante, lo juzgó realizable, prestóle su aprobación, y aun ofreció su persona y bienes, á fin de que fuesen más seguro el éxito y más hermosos los resultados de la expedición. Desde aquel instante todo varió de aspecto.

Tendria Pinzón la edad de cincuenta años. Cundió por todas partes la nueva de su adhesión al Almirante, empezáronse á calmar los ánimos inquietos hasta entonces, cesaron las habladurías, y los más expertos marineros y pilotos co-

---

(1) Asensio (D. José María). *Martín Alonso Pinzón;* en la pág. 45, III de la Primera Parte.

rrieron á tomar parte en la empresa y á ponerse á las órdenes de tan diestro marino. De este modo quedaron vencidas las últimas dificultades del proyecto de Colón; y, gracias á la eficaz influencia y á la ayuda decisiva del esforzado Pinzón, pudieron las tres naves darse á la vela en la mañana del 3 de Agosto del año 1492. Tal era el prestigio y popularidad de aquel bravo marino, á quien la nación española debe tanto como al ilustre genovés.

La ayuda de Martín Alonso fué, como hemos dicho, sumamente eficaz; pero no era dueño de ninguna de las carabelas, como Irving y otros historiadores han afirmado equivocadamente (1).

En una carta de los Reyes, dirigida al diestro piloto y cosmógrafo Juan de la Cosa, leemos: *en aquel viaje fueron descubiertas las tierras e islas de las Indias, é vos perdistes la dicha nao;* de cuyo párrafo se desprende, ya que la nave que se perdió fué la llamada *Santa María*, que Juan de la Cosa era el dueño de la susodicha nave (2). En cuanto á la *Pinta*, se sabe por palabras del Almirante, en su nota del domingo 6 de Agosto, que era propiedad de Gómez Rascón y Cristóbal Quintero; y, por lo que respecta á la *Niña*, existe en el *Archivo de Indias* de Sevilla un documento, sacado á la luz recientemente por el Sr. Asensio, el cual prueba que dicha

---

(1) D. José María Asensio. *Loc. cit.*

(2) Era Juan de la Cosa natural de Santoña, provincia de Santander, en donde todavía existe una calle con el nombre de tan preclaro hijo. Nada se sabe acerca de su nacimiento, pues la parroquia de Santoña sufrió un incendio del cual fué víctima probablemente la fe de bautismo de Cosa. Sabemos, por historiadores de aquella época, que en 1496 hallábase en Santoña; había acompañado á Colón, en calidad de *maestre de nao,* en el primer viaje; y, como Pinzón, no se avenía bien con el Almirante. Pero lo que ha dado más celebridad á Juan de la Cosa fué la *Carta Geográfica* que dibujó de las tierras descubiertas, que, prescindiendo de sus imperfecciones, arroja gran luz para la aclaración de muchos puntos obscuros de los primeros días del descubrimiento. Quien quiera más noticias de este adiestrado piloto y cosmógrafo puede consultar el *Ensayo Biográfico* que en francés, inglés y castellano publicó acerca del mismo, el Sr. Antonio Vascano.—Madrid, 1892; Octubre.

nao no era tampoco de Pinzón; pues dice el citado documento (1), que Juan de Aragón, nacido en la villa de Moguer, contaba que la carabela en que iba Juan Niño era suya (de éste) y que en ella iban también sus hermanos; y como la nave en que iban Juan Niño y sus hermanos Francisco Niño y Pero Alonso Niño, era la llamada *Niña*, queda, pues, demostrado que ésta tampoco perteneció á Martín Alonso (2).

Pero, aun cuando éste no hubiese sido, como realmente no lo fué, dueño de ninguna de las naos, no puede dudarse de que contribuyó con sus riquezas al mejor aprovisionamiento de las mismas y á dejarlas dispuestas para el largo viaje que iban á emprender. No es aquí, sin embargo, donde se ve más palpable la actividad de Pinzón; su papel principal lo desempeñó en el reclutamiento de los marineros; muchos de los testigos citados dicen haberle visto recorrer las calles de la villa en busca de tripulantes, arengando y seduciendo con miles promesas á hombres indecisos, los cuales, *como vieron que Martín Alonso Pinzón, que era hombre honrado é rico, se determinaba de ir, fueron* (3).

Discuten los historiadores sobre si es verdad ó mentira que Martín Alonso prestó cierta cantidad de dinero á Cristóbal Colón. Imposible es afirmar categóricamente ni la una cosa ni la otra; pero, como nos consta que el dinero que facilitaron los Reyes no fué suficiente para aprovisionar las carabelas, y que Cristóbal Colón, escaso de recursos, hizo algunas diligencias para conseguir las cantidades que le faltaban; como sabemos, por otra parte, que Martín Alonso Pinzón era rico, y hemos de suponer, además, que nadie, que no tomase como él parte personal en la empresa, se hubiese atrevido á exponer sus capitales á correr un azar tan peligroso: hechas estas consideraciones, creemos que, aun cuando,

---

(1) Remóntase este documento al año 1551, LX del descubrimiento de América.
(2) Asensio (D. J. M.) *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, etcétera.* Tomo I, pág. 262.
(3) Declaración de Fernando Valiente. Fernández Duro. *loc. cit.*

como afirma Las Casas, no sean ciertas las convenciones que se supone existieron entre Colón y Pinzón, no tiene nada de extraño que haya sido real y verdadero lo del préstamo, negado por algunos, pero unánimemente afirmado por la mayor parte de los biógrafos de Colón é historiadores de las Indias (1).

Sección III

SUMARIO. — Especie de paralelo que establecemos entre estos dos ilustres marinos. — Dejamos la palabra al Sr. Asensio. — Mayor heroísmo por parte de Pinzón. — Prematura muerte de Martín Alonso, é injusticia del olvido á que le han relegado las modernas generaciones.

Gran parte de los datos expuestos en la *sección* anterior hállanse extractados, de una manera muy diestra, en cuatro líneas del Sr. Asensio, que vienen á ser un paralelo entre los dos notables marinos, Colón y Pinzón.

Nada más natural que, antes de pasar á otros puntos, estampemos aquí las bien escritas y pensadas frases del Sr. Asensio:

«Vencidas tales dificultades, se terminó el armamento de la expedición, ayudando Martín Alonso Pinzón con cuantos medios estaban en su mano. Desde el momento en que este experto marino de Palos tomó parte en la empresa, entró en vías de ejecución el proyecto, y pudo preverse un éxito favorable al pensamiento atrevido de Cristóbal Colón.

»La Providencia puso en el camino de éste á Martín Alonso, sin cuyo concurso no es posible imaginar lo que hubiera sido de la arriesgada empresa. Él fué el brazo en aquellos mo-

(1) Véase á D. J. M. Asensio. *loc. cit.*

mentos; Cristóbal Colón era la cabeza. La actividad de Pinzón, su pericia, la grande influencia que ejercía, el prestigio de su nombre en la comarca, fueron gran parte á que desaparecieran todos los inconvenientes que impedían la realización del proyecto.

»Y nos complace el creer que en aquellos momentos se despertó un verdadero afecto en los corazones de aquellos dos hombres superiores. La amistad fué sincera, noble, llena de gratitud por parte de Colón; leal, decidida, confiada por parte de Martín Alonso Pinzón. Este ponía á disposición del Almirante, con noble desinterés, su fortuna, su nombre y hasta su propia vida; aquél se sentía poseído de profundo agradecimiento, y abrigaba la esperanza de recompensar sus sacrificios dividiendo entre ambos los beneficios que se obtuvieran, y su abnegación haciendo que los Reyes Católicos le concedieran honores que recordaran tantos servicios. Sin contrato expreso, pero por la fuerza misma de los sucesos, Colón quedó como jefe de la expedición con título despachado por la Corona, y llevando su representación; Martín Alonso Pinzón fué su lugarteniente, su auxiliar, el hombre de mayor confianza y autoridad después de la del Almirante. Este había concebido el extraordinario proyecto, y había trabajado con fe viva y perseverancia sin igual para que los Reyes lo aceptasen; aquél había facilitado la ejecución, difícil é imposible sin su concurso, por los medios de que él solamente podía disponer. Ambos, al lanzarse al mar, arriesgaban su presente y su porvenir, sus ensueños de gloria y sus esperanzas de fortuna.»

Sin embargo, no fué igual la suerte y recompensa que cupo á entrambos; y si nos fijamos en esto, veremos en Martín Alonso Pinzón un marino de corazón más heroico, y al mismo tiempo, un genio más infortunado que el genovés.

Es verdad que Cristóbal Colón sufrió muchos percances y sinsabores para poder dar cima á su empresa, no lo negamos; pero, ¿qué importan tales sufrimientos si al fin y al cabo consiguió ver realizados sus vastísimos planes, logró

llevar á la práctica sus atrevidos propósitos, y aun pudo saborear la indescriptible felicidad de la victoria?

El hombre nunca mide su trabajo ni pesa sus penalidades; antes al contrario, uno y otras le son insensibles, siempre que se trate de la realización de una idea que ha germinado en su cerebro, de un plan que á fuerza de desvelos ha logrado concebir. Así, el caudillo que está á la cabeza de un ejército, después que ha combinado las operaciones y meditado su plan de campaña, es capaz de los heroísmos más grandes por llevarlo á cabo, y lucha y expone su vida por vencer los obstáculos que le impidan realizarlo. Pero no sucede lo mismo con los factores segundos que intervienen en una acción; éstos trabajan y luchan, pero muy pocas veces se ve en ellos esa fuerza interna, ese orgullo digno, ese afán de gloria que impulsa á los otros. Así, cual el soldado que ignora la combinación que con él se hace y desconoce las más de las veces el fin que le lleva tras el enemigo, el hombre, en tales condiciones, no suele aproximarse mucho á los héroes.

Por eso nos causa tanta admiración el sublime genio de Martín Alonso; por eso nos arranca tantos aplausos, y por lo mismo no podemos pronunciar, sin el respeto más profundo, su esclarecido nombre; porque si es bello, y hasta cierto punto sublime, que un hombre se sacrifique por sus ideas, es en grado sumo heroico, y raya ya en la abnegación más hermosa, el solo hecho de que un hombre exponga su vida y su fortuna y su talento por llevar á cabo una idea ajena, que ha juzgado de posible realización, pero que al fin y al cabo poca gloria podía proporcionarle.

Por todas estas razones, repetimos, el heroísmo de Pinzón fué más grande, más sublime que el de Cristóbal Colón; pues mientras éste se sacrificaba en pro de su nombre, aquél lo hacía en beneficio sólo de un extranjero y para gloria y prestigio de la nación española. (1)

No fueron, sin embargo, igualmente recompensados los servicios prestados por ambos marinos; y la suerte que les cupo, como vamos á demostrar, fué también muy diferente.

(1) Es pura música celestial todo lo que se dice en estos dos párrafos; Pinzón se alistó movido, como todos, por la codicia.

Colón tuvo la dicha de probar la certeza y realidad de lo que muchos sabios llamaban *locuras de un extravagante;* se vió agasajado por los Reyes, buscado por los nobles, respetado por los sabios; pudo, en suma, gozar de los placeres del triunfo y contemplar la admiración que el mundo le tributaba. No es posible negar que se cometieron con él algunas arbitrariedades, pero éstas contribuyeron á darle más gloria; y su prisión, su encadenamiento y la mísera situación en que le sorprendió la muerte, han dado pie á obras, como la de Roselly de Lorgues, que lo han divinizado tanto y han impreso tal tinte espiritual en su figura, que no parece sino que tratan de un ente mitológico ó de un ser influído por luces sobrenaturales y elegido por un Hacedor Supremo para revelar al mundo el secreto de la existencia de América.

De modo que á Colón, aunque tarde, se le ha hecho justicia, se le ha encumbrado en los tiempos modernos, y muchos países han levantado estatuas en conmemoración de su nombre, que sin tales apoteosis era ya conocido y respetado en todos los rincones de la tierra.

No sucedió lo mismo con Martín Alonso Pinzón, quien, á pesar de haber realizado mayores hazañas, no tuvo la suerte de recibir un solo aplauso ni de ver recompensados sus sacrificios y logradas sus aspiraciones: porque la patria siempre fué injusta con sus más preclaros hijos, y además, porque murió en el precioso instante en que regresó del descubrimiento, él, que tantos servicios hubiera prestado en los sucesivos viajes.

Y, para mayor desgracia suya, también la posteridad le ha sido ingrata; murió sin que ninguno de los muchos países, que probablemente descubrió, tenga noticias de su brillante existencia... Y ni siquiera una estatua se ha levantado en honor de aquel ilustre marino que, según una feliz frase, mientras Colón era la cabeza, fué el brazo en el descubrimiento de América.

CAPÍTULO III

Primer viaje de Colón

Sección I

SUMARIO.—Principio de este famoso viaje.—Acontecimientos principales que ocurrieron durante la travesía.—Sagacidad del Almirante.—Explicación de la mal llamada rebeldía de los marinos.—Constante dirección que llevaban las naos.—Primeras señales de tierra.—Indicaciones de Pinzón.—Pequeña alteración de la ruta.—Reincidencia de Cristóbal Colón y retardo consiguiente del descubrimiento.

Hechos en España los principales preparativos, la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*, que fueron las tres naves destinadas á conducir aquellos nuevos argonautas á la espléndida *Cólquida* del Occidente, zarparon de la barra de Saltes, á las ocho de la mañana del viernes 3 de Agosto de 1492, con dirección á las islas Canarias, en donde debían aún aprovisionarse de agua, leña, víveres, etc., en cantidad suficiente, como es de suponer, para afrontar los múltiples peligros y eventualidades que podían fácilmente sobrevenir en un viaje cuyo fin era misterioso todavía. Cristóbal Colón, Martín Alonso y Vicente Yáñez Pinzón eran los tres jefes de aquel puñado de valientes que ignoraban si toparían por fin con el rico vellocino que anhelantes perseguían, ó bajarían al seno obscuro de aquel inmenso é inexplorado ponto.

El día 6 desencajósele el timón á la carabela *Pinta*, según indica Colón, por industria de sus condueños Rascón y Quintero, que iban arrepentidos de haber tomado parte en el arriesgado viaje. «Vídose allí el Almirante en gran turbacion», y dice que «alguna pena perdia con saber que Martin Alonso Pinzon (capitan de dicha nao) era persona esforzada y de buen ingenio» (1).

Llegaron por fin á la Gomera el 9 de Agosto, y allí permanecieron, entre aquellas islas, hasta el 6 de Septiembre, en que emprendieron nuevamente la marcha.

Entonces, al dejar estas tierras, y á medida que se iban separando de ellas, brotaban de los ojos de aquellos marinos las últimas miradas dirigidas á la patria que creían abandonar para siempre. Los más atrevidos y esforzados sentíanse poseídos de cierto sobrecogimiento; miraban hacia las altas cumbres de los países que dejaban atrás, con cierta pena, con cierto temor ó presentimiento, como quien mira á una ilusión dorada que se aleja, á un sueño que se desvanece, ó á un ser amado que se ausenta, y teme darle la última mirada, el postrimer adiós, la eterna despedida...

Aquellos hombres necesitaban ser unos héroes para sobrellevar tan sublimes sacrificios; era menester que poseyesen un corazon muy grande y muy lleno de abnegación, para soportar la pena que debía producirles la vista de los últimos picachos que desaparecían en el horizonte y que les recordaban la patria, los hijos, los amigos que dejaron entre llantos y sollozos; era menester que hubiesen soportado muchos peligros y corrido muchas aventuras y realizado numerosas hazañas, para no desfallecer ante aquel riesgo, para mirar serenos é impasibles un mar que se prolongaba indefinidamente ante sus ojos; tales navegantes tuvieron necesariamente que haber fundido su corazón en las fraguas del esfuerzo y de las inclemencias, para mostrarse intrépidos en tan difíciles momentos; era menester que todos se hallasen revestidos del

---

(1) Navarrete. *Diario del Almirante.*

valor y constancia de los *Dioses;* aquellos hombres, en fin, son dignos de la admiración del mundo, de la loa y aplausos de las generaciones.

El viaje se efectuaba de la manera más feliz; las naves, impelidas por el viento, marchaban veloces; un céfiro suave, soplando constantemente del Este, les permitía seguir sin alteración la marcha hacia Occidente, hacia las costas orientales del Asia, á donde Colón, — en su error de que hallaría la isla del Japón (*Cipango* de Marco Polo) en la longitud y latitud en que se encuentra la Florida, — se proponía llegar. Por eso no quiso apartarse nunca de la dirección Oeste, navegando siempre por una latitud de 25° á 30° y 35° próximamente, porque su afán era tropezar con la dicha Cipango para de allí continuar su viaje hasta los territorios del Gran Kan.

Es admirable la facilidad con que Cristóbal Colón explicaba las causas de cualquier fenómeno raro que pudiera llenar de sorpresa á sus sencillos compañeros; grande fué la sagacidad con que se expresó, en varias ocasiones, para evitar que el miedo cundiera en la tripulación. A la vista del volcán de Tenerife, que todos contemplaron absortos y llenos de pavor, devolvió la tranquilidad á los asustados marineros, hablándoles del Etna y de otros volcanes notables. En otras ocasiones la explicación que dió distaba mucho de ser la más adecuada y verdadera; pero esto se comprende tratándose de fenómenos cuyas causas se han averiguado mucho después, no siendo, por lo tanto, culpable el Almirante de haberlos explicado mal, ya que probablemente lo hizo con pleno conocimiento y movido sólo por la lógica mira de impedir que el orden y la tranquilidad se perturbasen.

No es de extrañar, pues, que en la noche del 13 de Septiembre (y conviene aquí advertir, como observan todos los historiadores, que Cristóbal Colón fué el primero que notó las alteraciones de la aguja de marear), cuando vió que dicha aguja noroesteaba, tratase de ocultar el fenómeno á sus compañeros; mas, inútil pretensión, no transcurrieron dos

días sin que éstos también lo notaran, y la consternación fué general. Nada más natural que Colón, en estas circunstancias, y conociendo que todos le juzgaban de superior ilustración é inteligencia, se valiese de la autoridad intelectual que ejercía sobre la mayor parte de sus compañeros, y de cuantos otros medios estuvieran á su alcance, para evitar que estos incidentes interrumpiesen la marcha de la expedición.

Se ha exagerado mucho, por los que quieren encumbrar demasiado la figura de Cristóbal Colón en desprestigio de Pinzón y de los demás marinos que le acompañaban, el descontento que en ciertos momentos del viaje reflejaban algunos semblantes; se dice que hubo una sublevación ó rebeldía en toda regla contra el Almirante; que muchos concibieron la idea de arrojarlo al mar, y otras varias calumnias han sido afirmadas y repetidas por historiadores de todas las naciones.

La tal rebelión, ni pudo ser tan terrible en el caso de que la hubiera habido, ni fué tal rebelión, pues sólo llegó á efectuarse el pequeño motín de los que intentaron alzar una protesta contra la prosecución del viaje, ni pudo ser tampoco en desprestigio de Martín Alonso; por el contrario, los incidentes que allí ocurrieron hacen que descuelle sobre los demás marinos, y hasta sobre el mismo Cristóbal Colón, la gloriosa figura del valeroso Capitán de la *Pinta*.

En el pleito de que hemos hablado en el capítulo anterior, declaró también un testigo muy viejo llamado Hernán Pérez Mateos; era éste primo de Pinzón, había acompañado al Almirante en su primer y segundo viaje, y en 1536, cuando contaba unos ochenta años de edad, hallándose en la Española, fué llamado á prestar declaración, y á la pregunta catorcena del Fiscal contestó que: «viniendo á estas partes la gente que venia en los navíos, aviendo navegado muchos dias e no descubriendo tierra, los que venian con el dicho don cristoval colon se querian amotinar y alçar contra el diziendo que yvan perdidos, y entonces el dicho don cristoval colon avia dicho al dicho martin alonso lo que pasava con aquella gente, y que le pareçia que devian de hazer, y quel dicho martin

alonso le avia respondido: *señor, ahorque vuestra merçed media dozena dellos ó échelos á la mar, y si no se atreve yo é mis hermanos barloaremos sobrellos y lo haremos, que armada que salió çon mandato de tan altos prinçipes no avia de volver atrás syn buenas nuevas,...* y que con esto todos se animaron...»

Ni en el fragmento que acabamos de insertar, ni en todo el resto de la declaración prestada por el octogenario Pérez Mateos, nada hemos podido encontrar que nos revele la decantada sublevación de los marinos, como tampoco hemos podido ver nada que disminuya en lo más mínimo la fama y prestigio de Martín Alonso Pinzón (1).

No es nuestro propósito detenernos á hacer la exposición de los muchos insignificantes acontecimientos ocurridos en este primer viaje; nadie hay que no tenga noticias más ó menos detalladas de los incidentes y percances que tan á menudo habrían quebrantado el espíritu y la firmeza de otros que no hubiesen sido aquellos indomables héroes. Nosotros nos fijaremos tan sólo en los sucesos de mayor trascendencia; por consiguiente, á los que deseen adquirir más noticias y datos históricos les aconsejamos que consulten el *Diario del Almirante* que transcribió el Padre Las Casas y que publicó de nuevo D. Agustín Navarrete en su *Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles* (2).

Navegando por una altura de 25° ó 30° sobre el *Ecuador*, siempre con dirección occidental, tuvo necesariamente que llegar el momento en que las naves se hallaban al NE. de Puerto Rico y al N. de las Pequeñas Antillas (Islas Caribes). Fijémonos en el día 6 del mes de Octubre: considerando la

---

(1) Véanse las obras citadas del Sr. Asensio, historiador de quien tomamos los principales datos de esta parte de nuestro estudio.

(2) Hemos visto también este *Diario* en el *Codice diplomático-americano de C. Colón*, publicado en la Habana, y en el tomo CLXIV de la *Biblioteca Clásica* titulado *Relaciones y Cartas de C. Colón;* asimismo Malte Brun, César Cantú y otros autores lo insertan íntegro en sus respectivas obras.

marcha regular de las carabelas, recordando que en la noche del 11 del mismo mes divisó Triana (Rodrigo de) la isla Guanahaní situada en el archipiélago Lucayo, y teniendo en cuenta la distancia que media entre esta isla y la de Puerto Rico, la suposición es muy lógica y casi puede asegurarse que en la mañana del citado 6 de Octubre las tres naves se encontraban al N. de las Once mil Vírgenes ó de Puerto Rico. Por eso el viernes 5 de Octubre dice el Almirante: «el aire es muy dulce y templado, yerba ninguna, aves pardelas muchas, peces y golondrinas volaron en la nao muchas». Indudablemente las golondrinas y demás aves que se acercaron á las naos, procedían de las Pequeñas Antillas, que estaban hacia el S., ó de las Islas Vírgenes y Puerto Rico, que se hallaban próximas en la dirección SO.

Martín Alonso, marino más práctico que Cristóbal Colón, conociendo que había tierras próximas hacia el S., empeñóse en que se navegara con esta dirección. Así dice el *Diario del Almirante:* «navegó su camino al Vueste ú Oueste ques lo mismo, anduvieron cuarenta leguas entre dia y noche; contó á la gente treinta y tres leguas. Esta noche, dijo Martin Alonso Pinzon, que seria bien navegar á la cuarta del Oueste, á la parte del Sudueste; y el Almirante pareció que no decia esto Martin Alonso por la isla de Cipango, y el Almirante via que si la erraban que no pudieran tan presto tomar tierra, y que era mejor una vez ir á la tierra firme y despues á las islas» (1).

Si Colón hubiese seguido los consejos é indicaciones del Capitán de la *Pinta*, probablemente habría descubierto la isla de Puerto Rico ó algunas del grupo de las Once mil Vírgenes, que tanto la una como las otras se hallaban en la dirección que marcaba Martín Alonso; pero el Almirante, el día 7, «navegó á su camino al Oueste», como dice él mismo, hasta la mañana del 9 en que separóse un poco de su invariable

(1) No hemos dejado de notar la contradicción que encierran las dos líneas finales del párrafo que transcribimos; pero creemos que será subsanada por el claro juicio de los lectores.

ruta y navegó hacia el Oest-sudoeste, con cuya dirección, como observa Washington Irving, «no se desviaba mucho de su principal rumbo, satisfacía los deseos de los Pinzones, y creía animar á todas sus gentes».

De este modo, navegando con tan poca inclinación hacia el Sur, dejó detrás á las Islas Vírgenes, á Puerto Rico y á Santo Domingo, y fué á tropezar, el día 12 de Octubre, con una isleta situada en el grupo de las Lucayas, llamada Guanahaní por los indios y bautizada por el Almirante con el nombre de San Salvador, cuya isla es la moderna Watling de los ingleses.

Sesenta y nueve días empleó Cristóbal Colón en ir desde el puerto de Palos á la isla de San Salvador; y ninguno hay que sea tan memorable como el 11 del mes de Octubre, por las señales evidentes de tierra que continuamente aparecían llenando de entusiasmo á los abatidos marineros. Después de puesto el sol de aquel día, en que navegaron 27 leguas, con el rumbo O.S.O. indicado por Pinzón, y vieron aves y plantas que no eran de mar, volvió el Almirante á dirigir las naves hacia el Oeste; y esta insistencia, hija del orgullo de Cristóbal Colón, retardó el descubrimiento, y en su consecuencia tuvo la pequeña armada que recorrer otras 25 leguas para topar por fin con la célebre *Guanahaní* de los lucayos.

Sección II

SUMARIO. — Incidentes que ocurrieron á bordo en presencia de la primera isla. — Descubrimiento de la *Guanahaní* de los indios. — Descripción de las bellezas de esta primera tierra y de los usos y costumbres de sus sencillos moradores, tomada de la *relación* que el Almirante hizo de su primer viaje.

Serían las diez de la noche, ó poco más ó menos, cuando Cristóbal Colón, desde el castillo de popa, donde se hallaba entregado á sus meditaciones, distinguió á lo lejos una luce-

cilla que le llamó mucho la atención; pero no se atrevió á comunicar la noticia á sus compañeros, porque la tal luz era tan indecisa y de tan poca intensidad, que fácilmente hubiera podido ser ilusión de los sentidos. Llamó, sin embargo, á un marino, llamado Gutiérrez, que iba en la misma nao, para que le sacase de dudas, y éste afirmó que la veía perfectamente; no conforme el Almirante, quiso cerciorarse mejor é invitó á Rodrigo Sánchez de Segovia, veedor de la armada, el cual no pudo verla porque, como dice Colón, «no estaba en lugar dó la pudiese ver».

No dudando ya de que aquella luz procedía de alguna tierra cercana, el Almirante repitió, en nombre de los Reyes, la oferta hecha por éstos al que primero viese tierra, y aun ofreció por su parte nuevas recompensas.

Seducidos por estas promesas, todos se pusieron á la espectativa, y así pudo el marinero Rodrigo de Triana llevar al Almirante la agradable nueva, no bien hubo la primera isla aparecido en el horizonte.

Las tierras que vió Rodrigo de Triana se hallaban á una distancia de dos leguas aproximadamente; pero el Almirante, comprendiendo lo difícil que le sería entrar de noche en puertos tan desconocidos, hizo detener la marcha de la armada, mandó amainar las velas, y así permaneció, con las naves puestas al pairo y guardando la susodicha distancia, hasta la mañana del viernes 12 de Octubre, en que todos se acercaron á la isla que los indios llamaban *Guanahaní*, donde vieron gente desnuda y otras muchas curiosidades y rarezas; de todo lo cual, así como de la feracidad y hermosura de esta tierra y de los usos y costumbres de sus sencillos moradores, nos ha dejado una minuciosa descripción el ilustre genovés:

«Yo — dice — porque nos tuvieran mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraria y convertiria á nuestra santa fé con amor que no por fuerza, les dí á algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponian al pescuezo, y otras cosas muchas de poco

valor con que hobieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales despues venian á las barcas de los navios adonde nós estabamos, nadando, y nos traian papagayos y hilo de algodon en ovillos y azagayas, y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dabamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenian de buena voluntad. Mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y tambien las mujeres, aunque no vide mas de una farto moza, y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de mas de treinta años: muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos, y muy buenas caras: los cabellos gruesos, cuasi como sedas de cola de caballos, é cortos: los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás que traen largos, que jamás cortan: dellos se pintan de prieto, y ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y dellos se pintan de blanco, y dellos de colorado, y dellos de lo que fallan, y dellos se pintan las caras, y dellos todo el cuerpo, y dellos solos los ojos, y dellos solo la nariz. Ellos no traen armas ni las cognocen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia. No tienen algun fierro: sus azagayas son unas varas sin fierro, y algunas de ellas tienen al cabo un diente de pece, y otras de otras cosas. Ellos todos á una mano son de buena estatura de grandeza, y buenos gestos, bien hechos; y yo vide algunos que tenian señales de feridas en sus cuerpos, y les hice señas qué era aquello, y ellos me amostraron como alli venian gente de otras islas que estaban acerca y les querian tomar, y se defendian; y yo crei, é creo, que aqui vienen de tierra firme á tomarlos por captivos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decia, y creo que ligeramente se harian cristianos, que me parece que ninguna secta tenian. Yo, placiendo á nuestro Señor, llevaré aqui al tiempo de mi partida seis á V. A. para que deprendan fablar. Ninguna bestia de ninguna manera vide, salvo papagayos, en esta isla».

En el interesante *Diario*, tantas veces citado, fueron perfectamente descritos los indios que el día 13 se acercaron á la playa donde estaba el Almirante, cuyos son los párrafos que á continuación transcribimos:

«Todos tenian la frente y cabeza muy ancha mas que otra generacion que fasta aquí haya visto, y los ojos muy fermosos y no pequeños.»

«Tienen las piernas muy derechas, todos á una mano, y no barriga, salvo muy bien hecha.»

«Ellos vinieron á la nao con almadías, que son hechas del pie de un arbol, como un barco luengo, y todo de un pedazo, y labrado muy á maravilla segun la tierra, y grandes en que en algunas venian cuarenta ó cuarenta y cinco hombres, y otras mas pequeñas, fasta haber dellas en que venia un solo hombre. Rematan con una pala como de fornero, y anda á maravilla; y si se le trastorna luego se echan todos á nadar, y la enderezan y vacian con calabazas que traen ellos. Traian ovillos de algodon filado y papagayos, y azagayas, y otras cosas que seria tedio de escribir, y todo daban por cualquiera cosa que se les diese.»

«Esta isla es bien grande y muy llana y de árboles muy verdes, y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, ques placer de mirarla; y esta gente farto mansa, y por la gana de haber de nuestras cosas, y temiendo que no se les ha de dar sin que den algo y no lo tienen, toman lo que pueden y se echan luego á nadar; mas todo lo que tienen lo dan por cualquiera cosa que se les de; que fasta los pedazos de las escudillas y de las tazas de vidrio rotas rescataban, fasta que vi dar diez y seis ovillos de algodon por tres ceotis de Portugal, ques una blanca de Castilla, y en ellos habria mas de una arroba de algodon hilado.»

También son palabras del Almirante las contenidas en la siguiente relación que hemos visto estampada en el famoso *Diario* con fecha del Domingo 14 de Octubre: «Yo—dice—fuí al NE. de la isla para conocer la otra parte y además para

ver las poblaciones,» y añade: «vide luego dos ó tres y la gente, que venian todos á la playa llamándonos y dando gracias á Dios; los unos nos traian agua, otros otras cosas, de comer; otros, cuando veian que yo no curaba de ir á tierra, se echaban á la mar nadando y venian, y entendíamos que nos preguntaban si éramos venidos del cielo; y vino uno viejo en el batel dentro, y otros á voces grandes llamaban todos hombres y mujeres: venid á ver los hombres que vinieron del cielo: traedles de comer y de beber. Vinieron muchos y muchas mujeres, cada uno con algo, dando gracias á Dios, echándose al suelo, y levantaban las manos al cielo, y despues á voces nos llamaban que fuésemos á tierra: mas yo temia de ver una grande restinga de piedras que cerca toda aquella isla al rededor, y entre medias queda hondo y puerto para toda la cristiandad, y la entrada dello muy angosta.»

Hemos insertado íntegras y sin comentarios estas descripciones, en las que se refleja la gracia y sencillez del Almirante, porque en ellas están contenidas las principales noticias que han llegado hasta nosotros, acerca de la naturaleza de aquellas islas y del físico, carácter, aptitudes, usos y costumbres de la salvaje gente que las habitaba.

Sección III

SUMARIO.—Cuál de las actuales Lucayas es la que Colón bautizó con el nombre de *San Salvador*. — Dirígense los descubridores á Cuba y recorren las costas del N. de esta Antilla. — Van en busca de la isla *Baneque*. — Separación de la carabela *Pinta*, y discrepancia con que los historiadores juzgan este hecho.

La antigua isla *Guanahaní* de los *lucayos*, bautizada por el Almirante con el nombre de *San Salvador*, nombre que hoy se da á la isleta del Gato *(Cat-Island* de los ingleses), no es otra que la actualmente conocida con el nombre inglés de

Watling, según logró demostrar claramente el notable historiador D. Juan Bautista Muñoz en su *Historia del Nuevo Mundo*, lib. III, pág. 12.

D. Agustín Navarrete, al insertar en su obra *(Colección de viajes, etc...)* el *Diario del Almirante*, transmitido por el Padre Las Casas, lo comenta y lo ilustra con infinidad de notas, entre las cuales figura, como una de las más importantes, la siguiente: «Examinado detenidamente este diario, sus derrotas, recaladas, señales de las tierras, islas, costas y puertos, parece que esta primera isla que Colón descubrió y pisó, poniéndole por nombre *San Salvador*, debe ser la que está situada más al Norte de las Turcas, llamada *del Gran Turco*. Sus circunstancias conforman con la descripción que Colón hace de ella. Su situación es por el paralelo de 21º 30′, al Norte de la medianía de la isla de Santo Domingo.»

Sin embargo, D. Miguel Rodríguez, en su conocida obra *(Naturaleza y civilización de la grandiosa isla de Cuba*. Madrid, 1876), nos transmite la siguiente nota que Navarrete dejó manuscrita para una nueva edición de su obra:

«Con bastante fundamento D. Juan Bautista Muñoz en su *Historia del Nuevo Mundo*, lib. III, pág. 12, opina que la isla Guanahaní, primera que descubrió el Almirante, era, en su concepto, la isla Watling.»

También la actual San Salvador ó isla del Gato ha sido considerada, por Washington Irving (1) *(Historia de la vida y de los viajes de Cristóbal Colón)* y algún otro historiador notable, como la tierra elegida por la casualidad para que en ella diese principio Colón á sus descubrimientos; pero no concuerda bien con la forma de dicha isla, ni con la del Gran Turco, ni con ninguna otra de las muchas en cuestión, la descripción que poseemos, hecha por el Almirante, de esta primera tierra por él visitada.

Los recientes trabajos publicados por los Sres. Leiva, Mon-

---

(1) Washington Irving. — *The life and voyages of Christopher Columbus*.—New-York, 1869.

tojo, Coll y otros eruditos en esta materia, confirman las opiniones de D. Juan Bautista Muñoz y la rectificación posterior de D. Agustín Navarrete.

Después de tres días de permanencia en la isla que llamó *San Salvador*, partió el Almirante y recorrió otras muchas del grupo de las Lucayas, siendo la última *la Larga*, bautizada por él con el nombre de *Isabela*. Con la proa puesta hacia el SO. se apartaron las naves de esta isla, inclinaron luego su rumbo hacia el S., descubrieron las llamadas *Andrajosas*, situadas en el veril oriental del banco de Bahama, y gobernadas por último en dirección SSO., pudieron, el domingo 28 de Octubre, anclar en el puerto de *Gibara*, á cuyos lados están las dos puntas salientes *del Mangle* y de *Lucrecia*.

Este puerto de Gibara hállase situado en la costa N. de Cuba.

El 29 de Octubre abandonó Colón el citado puerto, emprendió de nuevo su antigua ruta hacia Occidente, sin separarse mucho de las costas de Cuba, y continuó esta marcha hasta divisar la *loma* del *Cayo Romano*, de cuyo sitio retrocedió, y asentóse por fin en la bahía de Nuevitas, donde estuvo unos cuantos días.

El 12 de Noviembre zarparon las naves del puerto de Nuevitas, con rumbo E. $1/4$ SE., pues en aquella dirección se encontraba, según decían los indios, una isla muy abundante en oro, á la cual daban aquéllos diferentes nombres, ya porque realmente los tuviese, ó porque, como es lo más seguro, se tratase de diferentes islas. Las palabras *Bohío*, *Haití*, *Baneque*, denominadoras de distintas regiones, eran las que más alternaban en los relatos de los indígenas. La isla de *Baneque*, la más nombrada por éstos, se hallaría de paso, según pudo entender Colón, navegando las carabelas con la proa hacia el E. $1/4$ SE. En busca de dicha isla, y más aun en pos de sus ponderadas riquezas, iba el Almirante cuando, al abandonar el puerto de Nuevitas, gobernó las naves en la susodicha dirección, procurando no separarse de ella mientras no lo obligasen las sinuosidades de la costa.

El 21 de Noviembre la armada, que aun mantenía el rumbo oriental hacia la isla de *Baneque* iniciado el 12 del mismo mes, marchaba del siguiente modo: La *Pinta*, mandada por Pinzón, avanzaba en primer lugar; seguía después la *Niña*, gobernada por Vicente Yáñez; y en último término iba la *Santa María*, dirigida por Cristóbal Colón.

Pero los vientos soplaban tan contrarios, y era tan dificultosa la marcha en aquellas condiciones, que el Almirante, no queriendo luchar con tales obstáculos, varió de repente el rumbo de su nao, puso á sotavento la proa, emprendió de nuevo su antigua ruta occidental, y, para que en las otras naves le imitasen, colocó en la suya faroles y otras señas que hiciesen suponer este nuevo cambio de dirección.

Los de la *Niña*, siguiendo las indicaciones del Almirante, volvieron también la proa hacia el Oeste; pero la *Pinta* continuó sin alteración el rumbo oriental con que á despecho de las opuestas brisas avanzaba.

Con sobradísima razón dice el Almirante, en su *Diario* del jueves 22 de Noviembre: «Esta noche Martin Alonso siguió el camino del Leste para ir á la isla de *Babeque* (1), donde dicen los indios que hay mucho oro».

Esta separación de la *Pinta* debemos comentarla con el mayor detenimiento que nos sea posible, no sólo por la dificultad de analizar las causas determinadoras de la misma, sino además porque la consideramos como el hecho más trascendental del descubrimiento, por las múltiples consecuencias que produjo, y porque comprendemos que el mal conocimiento de aquéllas y el desconocimiento absoluto de éstas, constituyen el principal origen del criterio diverso con que Martín Alonso Pinzón ha sido juzgado por cada uno de los historiadores.

Mas, antes de pasar nosotros á exponer nuestras humildes opiniones sobre si fué casual ó voluntaria la separación;

(1) Consultando el *Diario* del Almirante, unas veces se ve escrito *Babeque*, otras *Baneque*, y otras de otro modo.

antes de examinar el hecho y de señalar sus consecuencias, que las tuvo importantísimas, aunque casi todas se desconocen, nada más lógico que ilustremos al lector, transcribiendo aquí los principales párrafos de los autores que, más ó menos bien, pero casi siempre con poca extensión, han tratado este difícil punto del descubrimiento.

Cristóbal Colón, en su *Diario* del 21, día en que efectuóse la separación de la *Pinta*, se expresa así:

«Este dia se apartó Martin Alonso Pinzon con la carabela *Pinta*, sin obediencia y voluntad (del Almirante) por codicia diz que pensando que un indio que (el Almirante) habia mandado poner en aquella carabela le habia de dar mucho oro, y así se fué sin esperar, sin causa de mal tiempo, sino porque quiso.» Y concluye el Almirante: *otras muchas me tiene hecho y dicho.*

D. Fernando Colón narra el suceso de este modo:

«Siendo avisado en este viaje Martin Alonso Pinzon por algunos indios que llevaba en su carabela de que en la isla de *Bochio* ?, que como hemos dicho así llamaban á la Española, habia mucho oro, se alejó codiciosamente del Almirante á 21 de Noviembre, sin fuerza de viento ni otra causa, antes viento en popa podia llegarse á él, mas no quiso, procurando adelantar su camino cuanto podia, y era su navío muy velero.

Todo el jueves siguiente fué adelante, habiendo antes navegado uno á vista de otro, y llegada la noche desapareció, con que el Almirante se quedó con dos navíos, y no hallando tiempo á propósito para atravesar á la Española, le fué conveniente volverse á Cuba, á otro puerto que llamó Santa Catalina, no lejos de el del Príncipe, etc.» (1).

El conocido cronista D. Antonio Herrera afirma también que Pinzón «se apartó del Almirante sin fuerza de tiempo ni otra legítima causa;» y en términos más ó menos parecidos se expresan los demás autores de aquella época.

---

(1) Fernando Colón. — *Historia del Almirante de las Indias;* cap. XXIX.

El anglo-americano Guillermo Prescott (1) no hace más que citar el hecho; pero su compatriota Washington Irving (2) trata de él con algún detenimiento, como puede verse en los siguientes trozos que hemos copiado de su obra:

«Viendo que continuaba el viento obstinadamente adverso, y que había mucha mar, se determinó al fin Colón á volver á Cuba, haciendo señales á los otros buques para que le siguieran. La *Pinta*, mandada por Martín Alonso Pinzón, había ya adelantado mucho hacia el Oriente. Y como podía con facilidad unirse á los otros buques, teniendo para ello viento en popa, repitió Colón sus señales; pero sin conseguir resultado alguno. Como venía la noche, acortó vela, y puso luces en los mástiles, pensando que Pinzón se le juntaría; mas al romper el alba, se vió que la *Pinta* había desaparecido.

»Efectivamente, Pinzón prestó oído á los ridículos proyectos forjados por un indio que llevaba á bordo de su carabela y que le prometía conducirlo á una región abundantísima en toda clase de riquezas. Su avaricia se despertó repentinamente: su buque, siendo el más velero, podía con facilidad virar al barlovento, á donde en vano le seguirían los otros. Se lisonjeaba con la idea de ser el primero en abordar á la soñada tierra, enriqueciéndose con las primicias de los despojos que pensaba hacer. Ya hacía mucho tiempo que no podía sufrir el dominio del Almirante, con quien creía deber estar en términos iguales, por haber contribuído con muchos fondos al armamento de la expedición. Era navegante veterano, oráculo de la comunidad marítima de Palos, y acostumbrado por su riqueza y su influjo á dar la ley entre sus asociados náuticos. Llevó á mal por consiguiente, verse obligado á navegar como segundo, á bordo de su *propio* buque, y ya se habían ocasionado muchas disputas entre él y el Almirante. La súbita tentación que se presentó á su avaricia,

(1) Prescott (G. H.).—*Historia del reinado de los R. C. D. Fernando y D.ª Isabel.* Parte primera, cap. XVIII.
(2) Irving (Washington).—*Vida y viajes de Cristóbal Colón.* Lib. IV, cap. V.

unida á los previos resentimientos, fué bastante fuerte para vencer su deber. Olvidando lo que debía al Almirante, como á su jefe, había desatendido las señales, siguiendo al oriente y separándose á fuerza de vela de la escuadra.

»Indignóse Colón en extremo con esta deserción. Además de ser un ejemplo pernicioso de inobediencia, sospechaba en ella algún designio siniestro: ó bien Pinzón pretendía apoderarse del supremo mando y gozar de las ventajas consiguientes á tamaña usurpación separándose del Almirante, ó apresurarse á volver á España, para arrebatar el laurel del descubrimiento, etc.»

Roselly de Lorgues (1) también narra el suceso á su manera: «En medio de las fatigas consiguientes á estas pesquisas no faltaban á Cristóbal Colón motivos de descontento y de inquietud. En la *Pinta* y en la *Niña* jamás se obedecían sus órdenes con puntualidad, y sus dos capitanes se permitían ciertas observaciones, todavía más inconvenientes por el tono que por las palabras. Los tres hermanos Pinzón, el mayor principalmente, no podían tolerar el que un extranjero, que sin su ayuda no hubiera podido hacer la expedición, se viese tan de súbito condecorado, etc.» «...la envidia aguijoneaba la ambición del Sr. Martín Alonso.»

«Un indio embarcado en la *Pinta* en calidad de intérprete, hubo de ponderar á su capitán las magnificencias de Babeque, del camino de la cual se pretendía práctico, y Martín Alonso, alucinado con tan risueñas esperanzas, se apartó de los otros buques en su demanda en la noche del 21 al 22 de Noviembre. Como la atmósfera estaba despejada y el viento fresco, pudo ver el Almirante la maniobra, é hizo encender un farol, que se dejó ardiendo hasta el alba; pero Pinzón, sin tener en cuenta la señal, continuó con rumbo al E., desapareciendo en el horizonte: grande sentimiento causó al virrey su deserción».

(1) Roselly de Lorgues. — *Historia de Cristóbal Colón y de sus viajes*. Lib. I, cap. VIII.

El célebre Campe, tan nombrado por su *Historia del descubrimiento y conquista de América*, expresóse en los siguientes términos: «A poco tiempo de hacerse á la vela, fué contrariado (Colón) por los vientos, que le obligaron por tres días á costear. Alonso Pinzón, comandante de la *Pinta*, observando el contratiempo de Colón y aprovechándose de que su nave era la más velera de la escuadrilla, trató de sustraerse á la vigilancia del Almirante y adelantarse para llegar antes que las otras carabelas á Haití, el país del oro, y llenar de él su nave. Colón, que adivinó las intenciones de su teniente, le hizo señales de que esperase, mientras que Pinzón, llevado de su avaricia, desobedeció al Almirante y pronto se le perdió de vista. Colón, indignado de la deslealtad y pérfida conducta de Pinzón, cuya huída trastornaba todos sus planes, se decidió á volver á Cuba con las dos carabelas que le quedaban.» Como puede verse en la Primera parte, III, de la citada obra.

Trasladadas aquí las opiniones de los antiguos escritores hispanos, copiados los más salientes párrafos de los principales historiadores extranjeros, veremos ahora cómo explican el suceso algunos autores contemporáneos.

D. Juan Bautista Muñoz entiende que la separación fué voluntaria por parte de Martín Alonso, que «estimulado de su altivez, confiado en su pericia náutica y en el buen andar de la carabela, guió adelante con intención de hacer por sí este rico descubrimiento».

«A pesar de la errónea suposición del Fiscal (1),—opina el Sr. Fernández Duro,— ninguna insinúa que la separación de la carabela *Pinta* fuera intencionada. Arias Pérez dijo que se verificó de noche por causa de temporal, conviniendo otros testigos en que dió por resultado que Martín Alonso descubriera la isla de Haití ó Española antes que el Almirante.»

El mismo Fernández Duro, en una de sus celebradas con-

(1) El autor citado se refiere al Fiscal que promovía en el pleito contra D. Diego Colón, del cual pleito tuvimos ocasión de hablar en el anterior capítulo.

ferencias en el Ateneo de Madrid, justificó, con exquisita erudición, sus conocidas tendencias anticolombianas, del modo que van á ver los lectores: «Causante de la dispersión fué el Almirante, por aquella decisión repentina adoptada sin aviso previo, sin disparar cañonazos, sin ninguna de las precauciones que la prudencia recomienda á los jefes de escuadra y las reglas les prescriben; no obstante, como sea más sencillo y acomodado á la naturaleza humana achacar á otros lo que nos empequeñece, que confesarnos autores responsables, disgustado Colón del incidente, culpó de mala voluntad á su asociado, dándose á cavilar sobre las consecuencias de la separación, que podrían, á su juicio, acelerar el regreso de la *Pinta* á España y sustraerle las albricias de tan gran nueva. Consignada la sospecha en el *Diario* de ocurrencias, ha sido bastante para que sobre ella levantara la fantasía novelesca otro capítulo de tribulaciones del grande hombre, á cargo del armador de la expedición, declarado sin más ni más desertor, cobarde, ingrato y envidioso, abreviando la lista de epítetos indignos.»

Finalmente, el Sr. Asensio es el que mejor se coloca en el verdadero terreno, cuando, huyendo de las opuestas exageraciones, dice: «Pinzón dió oídos á las noticias de grandes riquezas que le comunicaron los indios que llevaba á bordo, y aprovechó la primera ocasión para separarse é intentar por sí solo algún descubrimiento que pudiera colmar sus deseos y satisfacer su ambición.»

Eu el capítulo siguiente expondremos todas las que á nuestro parecer fueron causas que influyeron en el ánimo de Pinzón para que éste realizara el importante hecho que venimos reseñando.

Sección IV

SUMARIO.—Continúa la descripción de este viaje.—Permanece Colón en Cuba.—Pasa á la isla de Santo Domingo.—Pertinacia en encontrar la aurifera *Baneque*. — Naufragio de la nao *Santa María*. — Encuentro de la *Pinta*: cómo lo explica el Almirante; cómo lo comenta su hijo; cómo lo juzgan otros historiadores.—Regreso de las naves á España, etc., etc.

Prosigamos en esta *sección* dando cuenta de los restantes acontecimientos ocurridos en este primero y famoso viaje.

El 24 de Noviembre ancló la reducida armada en el puerto que Cristóbal Colón llamó de *Santa Catalina*.

Y mientras la *Pinta*, internada ya en los mares que circundan las islas situadas al E. de la Gran Antilla, recalaba en puertos de *Haití* y de *Baneque*, la *Niña* y la *Santa María* coninuaron verileando las costas septentrionales dé *la más hermosa tierra del mundo, la que jamás vieron ojos humanos*, como solía decir el Almirante.

La isla de Cuba retuvo varios dias á Colón, después de la desaparición de la *Pinta*. Dicho acontecimiento realizóse en la noche del 21 al 22 de Noviembre, y hasta el 5 de Diciembre no abandonó el Almirante los últimos extremos orientales de dicha Antilla. Comenzó la flota á navegar por el canal de Barlovento, con dirección á la isla de Santo Domingo; acercóse á ella por la parte occidental, y fondeó en un espacioso puerto que desde entonces conócese con el nombre de *San Nicolás*.

Al ver los marinos esta hermosa isla, bautizáronla en seguida con el nombre de *Española*, según parece, porque su flora, asi como su fauna ornitológica, guardaban mucha similitud con las de las provincias meridionales de España.

Las dos carabelas, que zarparon el día 7 del puerto de *San Nicolás*, continuaron, en los sucesivos días, costeando la isla

por la parte N., siempre con la dirección E., hacia donde, al decir de los indios, se encontraba la aurífera *Baneque*.

Las últimas noticias que recibió el Almirante, acerca de esta ponderada tierra, se las dieron, conforme manifiesta en su *Diario*, los indígenas con quienes habló el día 16 en el puerto de la *Paz*. Aseguraban éstos que el oro abundaba mucho en una isla, llamada *Baneque*, que estaba situada al E. y que, según pudieron entender los españoles, distaba muy poco de Santo Domingo.

El día 20 de Noviembre, por la tarde, Colón hizo recalar las naves en la bahía de Acul, donde permaneció el día 21 y sucesivos hasta el 24 del mismo mes, en que emprendió nuevamente su marcha hacia el E., con ánimo de llegar á la afamada isla, y deseando al mismo tiempo dar con el punto en que le fuese fácil establecer relaciones y tratos con el *señor* principal de Santo Domingo. Logró por fin arribar á un puerto, junto al cual estaba el poblado de un *cacique*.

Cerca de este puerto tuvo efecto el naufragio de la nao *Santa María;* los marinos recogieron cuidadosamente todo cuanto había en la carabela, desbaratándola, y con sus materiales construyeron el fuerte que llamaron de la *Navidad*, nombre que también se dió al puerto y al poblado adyacentes.

La construcción del citado fuerte era hija del acuerdo que había tomado Cristóbal Colón, de dejar allí una gran parte de la gente, con la idea de echar los cimientos de una colonia, y además, por la imposibilidad física de que en una sola carabela pudiesen volver todos á la patria.

El día 4 de Enero, Colón, viendo que el fuerte ya estaba terminado, y considerando lo mucho que el viaje se prolongaba, abandonó el puerto de *Navidad*, con el propósito de regresar á España cuanto antes. Pero todavía tuvo que detenerse en una bahía que encontró cerca del promontorio de Monte Christi.

El día 6 emprendió de nuevo la marcha, y no había recorrido muchas leguas, cuando divisó á la carabela *Pinta*, que navegaba en dirección contraria, esto es, de Oriente á Occi-

dente. Hemos seguido la marcha del Almirante, sabemos de dónde venía, á dónde iba, etc.; pero Martín Alonso Pinzón ¿de dónde venía? Este es uno de los puntos obscuros que intentaremos aclarar en el capítulo siguiente.

Entretanto, veamos cómo el Almirante nos relata esta nueva unión de las carabelas, en el citado *Diario* que transcriben los Sres. Las Casas y Navarrete: «Después de medio dia ventó Leste recio, y mandó sobir á un marinero al topo del mastel para mirar los bajos, y vido venir la carabela *Pinta* con Leste á popa, y llegó al Almirante, y porque no habia donde surgir por ser bajo, volviose el Almirante al Monte Cristi á desandar diez leguas atrás que habia andado, y la *Pinta* con él. Vino Martin Alonso Pinzon á la carabela *Niña* donde iba el Almirante, á se escusar diciendo que se habia partido dél contra su voluntad, dando razones para ello; pero el Almirante dice que eran falsas todas, y que con mucha soberbia y cudicia se habia apartado aquella noche que se apartó dél, y que no sabia (dice el Almirante) de donde le hobiesen venido las soberbias y deshonestidad que habia usado con él aquel viage, las cuales quiso el Almirante disimular por no dar lugar á las malas obras de Satanás que deseaba impedir aquel viage como hasta entonces habia hecho, sino que por dicho de un indio de los quel Almirante le habia encomendado con otros que lleva en su carabela, el cual le habia dicho que en una isla que se llamaba *Baneque* habia mucho oro y como tenia el navío sotil y ligero se quiso apartar y ir por sí dejando al Almirante. Pero el Almirante quisose detener y costear la isla Juana y la Española, pues todo era un camino del Leste. Despues que Martin Alonso fué á la isla Baneque diz que no halló nada de oro, y se vino á la costa de la Española por información de otros indios que le digeron haber en aquella Ysla Española, que los indios llamaban Bohio, mucha cantidad de oro y muchas minas, y por esta causa llegó cerca de la Villa de la Navidad, obra de quince leguas, y habia entonces mas de viente dias, por lo cual parece que fueron verdad las nuevas que los indios daban, por

las cuales envio el Rey Guacanagari la canoa, y el Almirante el marinero y debia de ser ida cuando la canoa llegó. Y dice aquí el Almirante que resgató la carabela mucho oro, que por un cabo de agujeta le daban buenos pedazos de oro del tamaño de dos dedos y á veces como la mano, y llevaba el Martin Alonso la mitad, y la otra mitad se repartia por la gente.»

D. Fernando Colón, en el cap. XXXIV de su ya citada obra *(Historia del Almirante de las Indias)*, comenta el hecho del siguiente modo: «Después que con tiempos contrarios navegó mas á Levante de Monte-Cristo, vió un calafate el domingo por la mañana, 6 de Enero, desde la gavia del árbol, la carabela *Pinta*, que con viento en popa venia navegando hacia O., y al instante que llegó á donde estaba el Almirante, Martin Alonso Pinzon, su capitan, entró en la carabela del Almirante y se puso á fingir ciertos motivos y á disculparse de haberse apartado de él, diciéndole que esto habia sido contra su voluntad, sin haber podido hacer otra cosa. El Almirante, aunque sabia bastantemente lo contrario y la mala intencion de este hombre, acordándose de la mucha licencia que se habia tomado en otras cosas, en el viaje, disimuló con él y toleró sus mentiras por no romper el designio de su empresa, lo que fácilmente hubiera sucedido, porque la mayor parte de la gente que venia con él era de la misma patria de Pinzon y aun parientes suyos, lo cierto es que cuando se apartó del Almirante, en Cuba, fué con propósito de ir á la isla de *Baveche*, porque los indios de su carabela le decian que habia en ella mucho oro; pero cuando llegó y vió lo contrario de lo que le habian dicho, volvió á la Española, donde los indios le afirmaban haber mucho oro.»

También D. Juan Manini (1), influído quizás por la narración de D. Fernando, á quien cita en varias ocasiones, formuló juicios tan severos como algunos de los contenidos en las líneas que insertamos á continuación: «Otro acontecimiento regocijó los ánimos de la tripulación, anunciado por

(1) Juan Manini. *Historia de la Marina Real Española.* Tomo I, libro I, cap. XIII, pág. 176, segunda edición. Madrid, 1856.

el marinero que vigilaba los escollos, el cual gritó entusiasmado que por la proa se acercaba á todo trapo una carabela, que no podía ser otra que la *Pinta*. Cuánta expansión recibió con semejante nueva el comprimido espíritu del Almirante, no hay para qué decirlo: baste saber que reprimió cuanto cabe en humano disimulo su bien fundado enojo, y que recibió á Martín Alonso con las muestras más simpáticas de verdadero afecto, sin desechar ni siquiera en la apariencia las estudiadas palabras con que el marino español trató de disculpar sus bastardos procederes. Es verdad que no de otro modo pudiera obrar el Almirante, cuando por más que su autoridad se respetase no hubiera sido fácil borrar las naturales afecciones que tan apartados lugares ligaban á los hijos de una misma patria, la cual no era la suya; y por lo tanto, el inmediato castigo, tras de importuno hubiera sido peligroso y al comprenderlo así el Almirante y al aparentar en su semblante muy distintos afectos de los que en su alma devoraba, dió una prueba más del tino especial que le caracterizaba en todas las circunstancias difíciles de su larga y azarosa vida.

Porque el viento continuaba soplando del E. con bastante fuerza, siguiendo la propia condición de los constantes que por allí reinan con más frecuencia en las estaciones de otoño é invierno, ordenó el Almirante la vuelta á la bahía Monte-Cristi, donde reproducidas y aceptadas de una parte á otra las disculpas necesarias sobre el apartamiento de la *Pinta*, sólo trató de oir Colón cuáles habían sido los resultados de sus exploraciones. Estos no adelantaron nada á los del Almirante, puesto que la carabela de Pinzón, al separarse no había hecho otra cosa que vagar por aquellos mares en busca de la supuesta Babeque, hasta que los indios que llevaba consigo le condujeron á la costa más oriental de la isla Española: allí hubo de adquirir ciertas cantidades de oro, que repartió el capitán por mitad, adjudicándose á sí una parte, y la otra divisible entre todos sus súbditos, y tomando además en otro puerto cercano, sobre quince leguas de Trinidad, á varios indígenas y dos muchachas á que el Almirante tuvo por conve-

niente dar libre suelta, bien vestidas y agasajadas para que á su morada se volviesen.»

Con palabras más ó menos parecidas se expresan los demás autores que hemos podido consultar.

Después del encuentro con Martín Alonso, según se desprende de la *relación* del Almirante, hizo éste arribar las naves al puerto de Monte-Cristi, de donde salieron juntas y continuaron el costeo N. de Santo Domingo, llegando casi á su extremidad más oriental y permaneciendo allí hasta el día 16 de Enero, en que partieron definitivamente de esta isla. Sin embargo hasta principios de Febrero no pudieron tomar el rumbo de España.

Este viaje de regreso no fué tan feliz como el primero. Violentas tempestades hicieron separar las dos carabelas, que, al verse tan fuertemente acosadas por los vientos, no tuvieron más remedio que correr el temporal y navegar en la dirección que éste les permitía.

La *Niña*, en que iba el Almirante, ancló en la boca del Tajo, cerca del pueblo de Rastello, de donde pasó á Lisboa, y de esta ciudad á la villa de Palos. A Pinzón los vientos le llevaron á un puerto del NO. de España, y de allí marchó también á Palos. Y ¡singular coincidencia! las dos naves llegaron el mismo día (15 de Marzo del 1493) al puerto de donde habían salido juntas el 3 de Agosto del año anterior.

CAPITULO IV

Martín Alonso Pinzón y el descubrimiento de Puerto Rico

Sección I

SUMARIO. — Causas que pudieron motivar la deserción de la *Pinta*.— Objeto que nos proponemos en este capítulo. — Error general, consignado por todos los autores, acerca del descubrimiento de la isla de Puerto Rico.—Cordialidad entre Pinzón y el Almirante.— Causas que debieron romperla. — Justificación de la conducta observada después por Martín Alonso, etc.

La desaparición de la carabela *Pinta* con Martín Alonso Pinzón y la tercera parte de la gente, dió lugar á posteriores acontecimientos fatales y desastrosos para la pequeña armada, y fué el germen principal de las discordias y rivalidades que, robustecidas por enconos sucesivos, encendieron el odio en el corazón del Almirante, y prepararon la temprana muerte del célebre marino andaluz. En este sentido es que todos los historiadores han estudiado y juzgado la deserción de Martín Alonso.

Nosotros, por nuestra parte, opinando que no fueron estas solas las consecuencias que produjo tan importante suceso, nos proponemos hacer la exposición de uno de sus varios efectos, tal vez el más trascendental, no estudiado todavía por los críticos, y que distaba mucho de ser desastroso ó fu

nesto para la armada, ni para el Almirante, ni mucho menos para Martín Alonso Pinzón. Cuestiones son éstas que serán examinadas, detenidamente, en este mismo capítulo, en su debido lugar; pues queriendo proceder con orden, y pareciéndonos ilógico, antes de analizar las consecuencias de un acontecimiento histórico, el no señalar las causas determinadoras del mismo, aprovecharemos esta primera *sección* para exponer en ella los móviles que, á nuestro juicio, impulsaron al experto marino á llevar á cabo la audaz separación.

Sin dejar de comprender que estos puntos son de los que menos se prestan á una investigación histórica, emprenderemos, no obstante, nuestro pesado trabajo, procurando primeramente hacer resaltar los intencionados propósitos de Martín Alonso, y escudriñando después los pensamientos que se agitaban en su mente y las esperanzas que acariciaba su alma, cuando se decidió á abandonar al Almirante y á lanzarse solo en busca de las ponderadas regiones.

Expuestas quedan las opiniones de los autores más notables que han intentado dilucidar esta cuestión; hemos recopilado las palabras que estampó el Almirante en distintos puntos de su *Diario*, y además hemos insertado, antes que ninguna otra y á la cabeza de todas, la opinión del hijo D. Fernando: con términos más ó menos parecidos juzgan todos el hecho y acriminan á Martín Alonso, como el lector habrá podido ver en el anterior capítulo. Sólo el Sr. Fernández Duro hace la defensa del maltratado marino; pero empieza negando la separación voluntaria ó intencionada de las carabelas, inadmisible opinión que, de ser cierta, borraría la leve mancha y única que se ha podido ver en la brillante historia del descubridor de Puerto Rico.

Preparado de tal modo el terreno con el gran número de noticias acumuladas en las anteriores páginas; ilustrado el lector con los datos que hemos hacinado referentes todos á este primer viaje y principalmente al extraordinario suceso que venimos estudiando, podemos ya abordar el principal

punto de esta primera parte de nuestro trabajo, en la seguridad de que el lector indocto, lo mismo que el erudito, desde luego se hallarán en las mejores condiciones para reconocer, en vista de los razonamientos sucesivos, la certeza ó falsedad del hecho que nos proponemos demostrar, y que no es otro que el descubrimiento de la isla de Puerto Rico efectuado en este primer viaje por Martín Alonso Pinzón.

Es opinión de todos los historiadores, es creencia universal, es además convencimiento de todos los portorriqueños el error de que la citada Antilla fué descubierta por Cristóbal Colón en su segundo viaje á América. Cuantas historias hemos consultado, cuantas geografías de dicha isla nos ha sido posible hojear y cuantos trabajos acerca de ella han venido á nuestras manos, todos dicen poco más ó menos lo siguiente: *La isla de Puerto Rico fué descubierta el 19 de Noviembre del año 1493*, ó *La Pequeña Antilla fué descubierta por el Almirante*, ó *Cristóbal Colón descubrió á la isla de Borinquen en su segundo viaje.* De modo que el error es universal.

Porque, como verán los lectores, ni Colón fué el descubridor de Puerto Rico, ni fué esta isla descubierta por primera vez en el segundo viaje, ni pudo en su consecuencia el descubrimiento haberse efectuado el 19 de Noviembre del año 1493.

Mas es tan general la creencia, y está tan divulgado el error, que hasta se celebraron festejos, exposiciones y certámenes para solemnizar, á contar desde dicha fecha, el cuarto centenario del descubrimiento de Puerto Rico; así, pues, bien justificable es el temor con que, á pesar de nuestras convicciones, nos decidimos á abordar una cuestión tan ardua como la presente.

Durante la travesía, mientras el descubrimiento era todavía una esperanza, las relaciones que existieron entre Colón y Martín Alonso fueron las más fraternales que podía haber entre dos hombres que acordaron sobrellevar juntos los peligros. Ni Colón ejercía influencia sobre Pinzón, ni éste la ejercía sobre aquél.

Los Reyes habían concedido títulos, honores y mandos al genovés; pero estas concesiones no eran efectivas mientras el descubrimiento no se efectuase; entretanto Colón no era más que jefe de la nao *Mari-Galante*, como Alonso Pinzón lo fué de la carabela *Pinta*. De este modo ambos marinos se hallaban en situaciones iguales, no había superioridad de mando por parte de ninguno de los dos, sin referirnos, como es de suponer, á la dirección de la flota, que estaba á cargo del Almirante por ser el autor del proyecto.

Pero estas situaciones mudaron de aspecto tan pronto como se descubrió la primera tierra. Entonces Cristóbal Colón era el Almirante del Mar Océano, y podía ya ejercer su autoridad y gozar de los demás otorgamientos y mandos que le confiriera la Corona. Para él, pues, las circunstancias variaron; tocaba ya la gloria que debía coronar sus continuos esfuerzos, y el antes menospreciado extranjero era ahora descubridor de un nuevo mundo más grande y más hermoso que el forjado por su fantasía, y más espléndido y más magnificente que el soñado en sus eternas noches de desesperación.

Martín Alonso, por el contrario, continuó siendo el mismo, y aun vió rebajado su poder, pues ya no era el jefe independiente de la carabela *Pinta;* ahora caía de lleno bajo la autoridad del Almirante, viniendo á ser su auxiliar ó lugarteniente, pero sin independencia, sin poder por sí solo desarrollar su actividad.

Muy difícil debió de ser esta situación para un hombre que —como Washington Irving asegura—«era navegante veterano, oráculo de la comunidad marítima de Palos, y acostumbrado por su riqueza y su influjo á dar la ley entre sus asociados náuticos.»

No podía Martín Alonso conformarse con semejante puesto; pues él estaba allí por su soberana voluntad, y había ido con el desinteresado anhelo de aumentar los dominios de la Corona.

Y su conducta no es reprochable,—ó por lo menos no lo es tanto como quieren los defensores de Colón,—ya que, probablemente, sus planes eran hijos de algún pensamiento noble

y encaminados á un fin cuya elevación de miras nos es posible suponer. ¿Quién podrá negarnos que Martín Alonso, al separarse del Almirante, llevaba el principal propósito de descubrir por sí algunas islas, ensanchando con esto los límites del descubrimiento? ¿Quién, al considerar que, mes y medio después, navegaba por el N. de Santo Domingo, con rumbo occidental, hacia donde había dejado á Cristóbal Colón?

Recuérdese el entusiasmo con que las tres carabelas marchaban el 21 de Noviembre en busca de la isla de *Baneque;* recuérdese la decisión repentina tomada por el Almirante en la noche del mismo día, y fácilmente podrá vislumbrarse el propósito del capitán de la *Pinta*.

Este vió con disgusto que Cristóbal Colón, evitando la lucha con las contrarias brisas, tornara hacia Occidente. No quiso Martín Alonso someterse á esta determinación; para él era triste tener que desandar de nuevo por las costas septentrionales de Cuba; estaba además entusiasmado con el viaje á la isla de *Baneque*, tan ponderada por los indios; y, bajo la influencia de tales entusiasmos, se separó del Almirante.

Entendemos, con algunos historiadores, que la fuga de la *Pinta*, con la tercera parte de la gente, produjo algunos resultados funestos para la armada,—pues sin aquélla no hubiese ocurrido el naufragio de la nao *Mari-Galante*,—y sólo en este sentido hallamos culpabilidad por parte de Martín Alonso. Pero no es posible manchar su gloria desde otro punto de vista — como algunos lo han intentado, — incluso el propio Cristóbal Colón, al estampar en su *Diario* la sospecha de que la *Pinta* regresaría á España á arrebatarle los laureles del triunfo. No eran éstos los planes que maquinaba Pinzón cuando ideó apartarse de sus compañeros, ni lo fueron nunca, como comprenderse podrá con sólo recordar que algún tiempo después navegaba en dirección O. por las costas septentrionales de Santo Domingo.

Por consiguiente, opinamos (conformando nuestra opinión con la del Sr. Asensio) que la suposición más acertada es la siguiente: Martín Alonso Pinzón se separó por su propia volun-

tad, deseando hacer por su cuenta el rico descubrimiento de *Baneque*, y con el propósito de volver luego á unirse con el Almirante. Su conducta, por lo tanto, «fué hija de una emulación noble, que juzgamos en parte natural y justificada; y su deserción no ha de juzgarse como la del soldado que abandona su bandera, pues él no estaba en la expedición más que por su voluntad, y al separarse llevó por objeto ampliar y completar el descubrimiento, por más que aspiraba, al hacerlo, á aumentar su propia importancia dando muestra de su valor y colocándose en posición más independiente.»—*Asensio.*

Sección II

SUMARIO.—Tiempo que duró la separación.—Situación de Puerto Rico y Santo Domingo con respecto á la Gran Antilla.—Lugares visitados por Martín Alonso Pinzón.—Arribada de la *Pinta* á uno de los puertos occidentales de Puerto Rico.—Probabilidad de anteriores desembarcos.—Palabras del Almirante.—Medios de que nos valemos para deducir de ellas la llegada de Pinzón á Puerto Rico.—Escasez de fuentes históricas relativas á los puntos que dilucidamos.—Causas de semejante escasez, etc.

Desde la noche del 21 al 22 de Noviembre, en que se llevó á cabo la fuga de la *Pinta*, hasta la mañana del 6 de Enero, en que volvió nuevamente á ponerse bajo las órdenes del Almirante, transcurrieron, aproximadamente, unos cuarenta y cinco días. Así, pues, podemos decir que la separación de las naves duró exactamente mes y medio.

Este mes y medio lo pasó Martín Alonso navegando por los mares que bañan las islas situadas al Este de la Gran Antilla.

La grande isla de Santo Domingo es la que se encuentra más próxima á Cuba en la citada dirección, pues el paso del Viento ó canal que separa estas dos islas, no mide mucho más allá de un grado de anchura. Luego sigue la Pequeña Antilla ó isla de Puerto Rico, distante dos grados (40 leguas) de la

de Santo Domingo. Además, existe el gran número de isletas, más ó menos extensas, que se hallan esparcidas en contorno de las dos sobredichas, y de las cuales hacemos poco caso en esta relación.

Sin exponer más razones, bien puede creerse que Martín Alonso Pinzón descubrió la isla de Puerto Rico; pues, en primer lugar, es sumamente difícil el que un marino de su destreza y aptitudes, que estuvo tantos días navegando por aquellos mares y que marchaba con el noble y principal propósito de aumentar la esfera de los descubrimientos, haya dejado de avistar esta Antilla, y además, es completamente ridículo el suponer que habiéndola visto no hubiese atracado la nave en uno de sus puertos. En tan visibles errores no puede incurrir quien tienga noticias de ciertos lugares visitados por Alonso Pinzón. Existen numerosos datos que nos manifiestan, de un modo fehaciente, cómo la *Pinta* permaneció varios días en uno de los puertos orientales de Santo Domingo. Para llegar hasta allí necesitó haber estado antes en el canal que se interpone entre esta isla y la de Puerto Rico. Navegando por dicho canal, pudieron muy bien los marinos haber divisado las dos Antillas: la de Santo Domingo á un costado, y la de Puerto Rico al otro. A partir de este momento, todo parece indicarnos que la marcha seguida por Pinzón fué la siguiente:

Acercóse á la isla de Santo Domingo, al puerto oriental de que hemos hablado, en donde permaneció varios días; zarpó de dicho puerto con dirección á Puerto Rico, á cuya Antilla arribó por una de las radas occidentales; cercioróse lo mejor que pudo de las condiciones de esta isla, cuyas riquezas tal vez no correspondieron á las esperanzas que él se había forjado; celebró, no obstante, algunos tratos con los indígenas que la habitaban; y, abandonándola definitivamente, cruzó de nuevo el canal que la separa de Santo Domingo, con la proa puesta hacia el O., y empezó á navegar por la costa N. de esta Antilla, hasta que topó, por fin, con la carabela *Niña*, que venía en dirección oriental.

Esta narración, aunque parezca ingeniosa á primera vista, es un relato histórico, cuya veracidad no tardará el lector en ver aquilatada y corroborada con documentos fidedignos que no dejan lugar á ningún género de dudas. Sin embargo, no cabe negar que á los hechos referidos debieron preceder otros, cuyo estudio y averiguación se presta á conjeturas muy diversas, teniendo en cuenta que la separación de las naves duró exactamente mes y medio, y que, por lo tanto, pudo muy bien la carabela *Pinta* haber hecho otras recaladas en Puerto Rico.

Afirmábamos antes, que Martín Alonso, dejando las costas orientales de Santo Domingo, se acercó á Puerto Rico por la banda del Oeste. Y ahora se nos ocurre preguntar: ¿Fué ésta la primera arribada de Pinzón á nuestra Antilla?

No nos es posible contestar de un modo categórico; pero advertiremos que esta arribada efectuóse en los últimos días del mes de Diciembre. Y como Pinzón aprovechó todo el citado mes y parte del de Noviembre, navegando por aquellos mares, recorriendo islas y reconociendo puertos, en busca de la famosa *Baneque*, es muy probable que desembarcase varias veces en Puerto Rico, y, seguramente, la última fué ésta, en que se acercó por el Oeste, después de haber atravesado el canal de Santo Domingo.

Véanse, si no, los siguientes documentos que aducimos en pro de nuestras aserciones, extractados del *Diario de navegación* del Almirante:

Jueves 27 de Diciembre.—«En saliendo el sol vino á la carabela el Rey de aquella tierra, y dijo al Almirante que habia enviado por oro, y que le quería cubrir todo de oro antes que se fuese; pero antes le rogaba que no se fuese; y comieron con el Almirante el Rey y un hermano suyo, y otro su pariente muy privado, los cuales dos le dijeron que querian ir á Castilla con él. *Estando en esto vinieron noticias de que la carabela «Pinta» estaba en un rio al cabo de aquella isla: luego envió el Cacique allá una canoa, y en ella el Almirante un marinero.*»

Domingo 30 de Diciembre.— «... *vino un indio diciendo que habia dos dias que dejara la carabela «Pinta» al Este en un puerto.*»

MARTES 1.° DE ENERO DE 1493. — «... *vino la canoa que fué á saber de la «Pinta,» y el marinero, y no la hallaron.»*
No la hallaron, no porque fuesen falsas las nuevas de los indios, sino porque «debió de ser ida cuando la canoa llegó.» *El Almirante.*

Algunos días después verificóse el encuentro de las carabelas, y Cristóbal Colón, cerciorado sin duda por el propio Martín Alonso, dice: «... fueron verdad las nuevas que los indios daban, por las cuales envió el Rey la canoa, y el Almirante el marinero, etc...»

El lugar en que estaba la *Pinta*—añade el Almirante—«era un puerto del Este, situado á tres leguas del Sudeste.»

De todos estos relatos deducimos:

1.° Que durante los últimos días del mes de Diciembre, se hallaba la *Pinta* en puertos orientales de *La Española;*

2.° Que el día 27 y el 28 se encontraba todavía en uno de estos puertos;

Y 3.° Que en dicho día 28, debió de haber zarpado; pues el marinero y los indios enviados en la canoa, que llegaron allí probablemente el día 29, no la pudieron ver. Así es que, no cabiendo dudar de que *fueron verdad las nuevas que los indios daban*, hemos de suponer que *debió de ser ida cuando la canoa llegó.*

¿Qué marcha fué la seguida en adelante por Martín Alonso Pinzón?

Este, después del encuentro con Cristóbal Colón, se entretuvo más en disculpar su retirada que en hacer relación de sus hechos durante la ausencia. No es otra la causa de que sus descubrimientos dejen de estar consignados en el *Diario del Almirante*. Nadie ignora, además, que Martín Alonso murió á los pocos días de haber efectuado su regreso á la madre patria: por esto no pudo dejar escritas sus hazañas, y por lo mismo es que los cronistas antiguos y los historiadores modernos no han podido referirnos los sitios y lugares visitados por la *Pinta* en su exploradora deserción.

Comprendemos perfectamente lo difícil que es seguir ahora

los pasos del intrépido y bravo marino. Nada nos dice el citado *Diario de navegación;* nada hemos podido hallar en ninguno de los muchos libros que hemos consultado. Sin embargo, no nos asusta esta carencia de fuentes históricas á que acudir, y pensamos que, á pesar de todo, lograremos fijar cuál fué la isla descubierta por Pinzón cuando éste abandonó las playas orientales de Santo Domingo.

Para conseguir tal objeto, nos basta recordar que el día 6 de Enero efectuóse el encuentro de las naos, en el mismo medio de la banda N. de esta Antilla; lo cual nos lleva á suponer que la *Pinta,* el día 3 ó quizás el 4 del citado mes, se hallaba nuevamente en las costas *dominicanas.* Antes había permanecido hasta el 28 de Diciembre, según dijimos, en un puerto de Levante. También dejamos expuesto que la citada carabela debió de haber zarpado de dicho puerto y abandonado la isla al anochecer de este mismo día ó en la mañana del siguiente; de otro modo hubiera sido vista por el marinero y los indios de la canoa que envió el Almirante en su persecución.

Importantes consecuencias se desprenden de estas últimas consideraciones. En efecto: ¿á qué país, á qué región, á qué ínsula tuvo necesariamente que arribar Martín Alonso, para poder efectuar en tan poco tiempo su regreso, para conseguir al cabo de seis días verse de nuevo en las hermosas playas de Santo Domingo?

No pudiendo ser la Jamaica ni ninguna de las muchas islas situadas al Sur de la Gran Antilla, por la distancia enorme á que se encuentran; ni la Inagua Grande y demás isletas esparcidas al NO. de Santo Domingo, por la misma razón; y prescindiendo de unas cuantas islillas insignificantes, ¿cuál otra puede ser, si no la de Puerto Rico, situada al E. de Santo Domingo, y distantes tan sólo dos grados la una de la otra?

Por otra parte, Pinzón, cuando abandonó las costas orientales de esta isla y se decidió á cruzar el Paso de la Mona; no caminaba al azar, como alguien pudiera suponer, y sin ruta y dirección marcadas de antemano. Ya dijimos, al principio

8

de esta misma *Sección*, que para hacer las escaladas que efectuó la *Pinta* en ciertos lugares del E. de la expresada Antilla, necesitó haber atravesado antes el canal que la separa de Puerto Rico. Y á renglón seguido añadiamos que Pinzón pudo muy bien haber divisado las dos islas, por las muchas vueltas y revueltas que daría en el susodicho trozo de mar, como gente que navegaba sin rumbo predeterminado. Debió, por lo tanto, acercarse á alguna de las isletas intermedias, á la Mona, por ejemplo, desde cuyo punto es imposible que no distinguiese las frondosas montañas de *Borinquen*, de la misma manera que avistó también las doradas playas de Santo Domingo.

Podemos, pues, suponer, que mientras el osado marino recorría los golfos y ensenadas de esta Antilla, celebrando contratos y estableciendo relaciones con las tribus aborígenes que la poblaban, ya tenía concebido el proyecto de ir á ensayar los mismos medios de explotación con los indígenas de la otra, conforme lo llevó á cabo algún tiempo después. Así nos parece haberlo demostrado, á pesar de la escasa luz que suministran los pocos documentos, que nos ha sido posible registrar, referentes á materia tan ardua como la que nos ocupará todavía en todo lo que falta de este capítulo.

Sección III

SUMARIO.—La isla llamada *Baneque*.— De qué modo la nombra el Almirante. — Error de los que transcribieron luego este vocablo. — Cuál de las actuales Antillas puede ser la que los cubanos y lucayos conocian con dicho nombre. — Refutación de varias opiniones desacertadas. —Opinión de Washington Irving. — Demostración de la nuestra. — Argumentos históricos. — Argumentos filológicos. — Consideraciones finales: consecuencias.

En anteriores páginas nos hemos visto obligados á mencionar varias veces una isla que los indios ponderaban mu-

cho, llamada *Baneque*. Y, para no dejar incompleto y obscuro nuestro trabajo, haremos en esta *Sección* un estudio detenido de dicha isla, seguido de ciertas deducciones que corroborarán de manera irrefutable la verdad histórica del punto que venimos aclarando.

Apenas la humilde armada de Cristóbal Colón había anclado en puertos septentrionales de la grandiosa Cuba, cuando los indios lucayos que iban á bordo de las naves comenzaron á elogiar y exagerar la hermosura y riquezas de otro país que, según se desprendía de sus indicaciones, se hallaba situado al E. $^1/_4$ SE. de la Gran Antilla.

Después de algunos días de permanencia en esta isla, Colón se decidió á ir en busca de las mencionadas riquezas. Para llegar á ellas podía disponer de indios conocedores del camino; y, seguramente, á no haberse efectuado los acontecimientos del 21 de Noviembre, él hubiese sido el descubridor de Puerto Rico, la *Baneque* de los lucayos, la supuesta depositaria de los codiciados tesoros.

Aquel vocablo indio figura repetidas veces en el *Diario de navegación* del Almirante. Conviene, sin embargo, advertir que, la primera vez que se encuentra, se lee *Babeque*, y lo mismo la segunda, y también la tercera; pero luego empieza á verse *Baneque*, y de este último modo lo hemos hallado escrito en más de diez ocasiones.

El 12 de Noviembre recibió Colón las primeras noticias que le dieron los indios acerca de esta isla, y lo consigna en su Diario del siguiente modo:

LUNES 12 DE NOVIEMBRE. — «Partió del puerto y rio de Mares al rendir del cuarto del alba para ir á una isla que mucho afirmaban los indios que traia, que se llamaba *Babeque*, adonde, segun dicen por señas, que la gente de ella coge el oro con candelas, de noche, en la playa, y despues con martillo diz que hacian vergas dello, y para ir á ella era menester poner la proa al Leste cuarta del Sueste.» Y más adelante, habiendo visto un hermoso rio y otro más pequeño, añade: «No se quiso detener ni entrar en alguno dellos por dos respectos, el uno y principal, porque el tiempo y viento era bueno para ir en demanda de la dicha isla de Babeque, etc...»

El 22 de Noviembre: «Esta noche Martin Alonso siguió el camino del Este para ir á la isla de Babeque, donde dicen los indios que hay mucho oro, etc...»

La última vez que el Almirante escribe la palabra *Babeque:* «dice que quería ver aquel entremedio de estas dos por ver la *Isla* Española, ques la mas hermosa cosa del mundo, y porque, según le decían los indios que traía, por alli se había de ir á la isla de *Babeque*, los cuales le decían que era isla muy grande y de muy grandes montañas, y con ríos, y con valles.»

En adelante, cuantas veces habla Colón de esta isla la llama *Baneque.*

Viernes 14 de Diciembre. — «... Visto que el tiempo le era contrario y no podia ir á la isla *Baneque*, acordó tornar, etcétera...»

Domingo 16 de Diciembre. — «... y queria ir á la isla de *Baneque.*»

Lunes 17 de Diciembre. — «... Tenia nuevas que de allí á *Baneque* habia cuatro jornadas...»

Domingo 6 de Enero. — «... el cual le habia dicho que en una isla que se llamaba *Baneque* habia mucho oro, etc...»

Y de este modo escribe el vocablo una infinidad de veces.

El verdadero nombre de la isla en cuestión era *Baneque*, como lo transcribió Colón últimamente, y no *Babeque*, como lo transcribiera al principio. El error nace, á nuestro entender, de que el descubridor, en medio de sus muchas ocupaciones, no se fijó bien al escuchar la palabra, y escribió *Babeque* en el *Diario;* pero luego, tanto se le repetía el vocablo, que al fin pudo advertir que no era *Babeque* como decían, sino *Baneque*, y en lo sucesivo ya no lo estampó de otro modo.

No obstante, la mayor parte de los historiadores no ha tenido inconveniente en transcribir el nombre tal como lo vieron escrito la primera vez, sin hacer caso de la rectificación posterior del Almirante, en virtud de la cual nosotros creemos que era *Baneque* como los indios decían.

No nos será difícil determinar cuál era la isla nombrada de este modo, aunque tropezamos con la misma escasez de

fuentes históricas y con el obstáculo de que los pocos autores que han intentado señalarla, discrepan completamente.

El Padre Las Casas, en una llamada que intercala en el *Diario de navegación del Almirante*, dice: «Nunca este Baveque pareció: por ventura ¿era la isla de Jamaica?»

Navarrete, en otra nota al mismo *Diario*, escribe: «Isla de *Babeque* ó *Bohío* llamaban los indios á la costa de tierra firme, conocida también de ellos por Caritaba.»

D. Fernando Colón entiende que la *Baveche*, como él la menciona, era la isla Española ó actual Santo Domingo; y esta afirmación, sustentada por la mayor parte de los cronistas antiguos, es hoy admitida por casi todos los historiadores modernos.

Rebatiremos estas opiniones.

La isla de *Baneque*, según se desprende de los relatos que de ella hicieron los indios al Almirante, se hallaba situada al E. $^1/_4$ SE. de la Gran Antilla. No pudo ser, por tanto, la Jamaica, porque esta isla se halla al S. de la de Cuba, ni la Inagua Grande, que, como sabemos, se encuentra al NE. de la misma Antilla.

No es admisible la hipótesis de Navarrete, referente á la tierra firme: en primer término porque se trataba de una isla, y de ello pudo convencerse Pinzón; y, en segundo lugar, porque hallándose el Almirante en un puerto de la costa N. de Santo Domingo, supo allí que la isla de *Baneque* distaba de dicho puerto unas 40 leguas próximamente, esto es, cuatro jornadas de á diez leguas, distancia que no puede compararse con la enorme á que se halla la tierra firme.

Queda únicamente por examinar la isla de Santo Domingo. Opinan casi todos los historiadores, empezando por D. Fernando Colón, que la *Baneque* no era otra que la Española. Y nada más fácil que desvanecer este error.

Navegando Colón por la costa N. de Santo Domingo, hubo de anclar en muchos puertos, y en casi todos le hablaban de la aurífera *Baneque*. Desde el momento en que esta isla era mentada por los indígenas de la Española, los cuales marca-

ban su dirección é indicaban la distancia á que se hallaba, es falsa de toda falsedad la suposición de D. Fernando.

«Uno de los principales móviles que impulsaron á Colón á visitar la Española, fué que los indios le afirmaban *que por alli se había de ir á la isla de Baneque.*» Por esto el Almirante se acercó á Santo Domingo, apartándose de la Gran Antilla, y empezó á navegar, en dirección E., por la costa N. de aquella isla. Siguiendo esa marcha hubiera llegado á Puerto Rico; y ésta era la isla á que se referían los indios, al decir que *por allí*, por donde marchaba la armada, *se había de ir á Baneque*.

El día 16 de Diciembre Cristóbal Colón, hallándose en un puerto de la costa N. de Santo Domingo estableciendo relaciones con un cacique de aquella tierra, dijo que deseaba ir á la isla de *Baneque*, y el cacique le respondió que dicha isla estaba al E. y que en dos días podía llegar á ella. ¿Puede ser otra que la de Puerto Rico?

Oigamos á Washington Irving: «De este caudillo (Guacanagaric) y de sus consejeros recibió Colón otras noticias acerca de la isla de *Baneque*, la cual decían no estaba á gran distancia.» Sólo se hallaba á 40 leguas E. de Santo Domingo, según manifiesta el Almirante en su *Diario*. Y añade el referido Irving: «Jamás se vuelve á hablar de esta isla, ni aparece que Colón la buscase de nuevo. Tampoco existe en los mapas antiguos, y de creer es que fuese una de las numerosas tergiversaciones de palabras indianas.»

Si con los argumentos expuestos el lector no queda convencido de que la isla de *Banèque* era la de Puerto Rico, ¿cuál en su concepto pudo ser? No hay otra que reuna mejor las condiciones de situación, distançia, etc , marcadas en el *Diario;* no hay ninguna que se adapte, mejor que Puerto Rico, á las noticias que el Almirante nos transmite acerca de *Baneque*.

Desde el encuentro de las dos carabelas, la expresada isla no vuelve á ser nombrada en todo el *Diario de navegación* del Almirante. Y lo más notable es que tampoco se habla de ella

en los sucesivos viajes; ni, como dice Irving, se encuentra su nombre en ninguno de los mapas antiguos, ni figura en las relaciones de los marinos que después de Colón adquirieron gloria y prestigio en la conquista de las Indias.

Y es que la palabra *Baneque* no era el verdadero nombre de la isla á que se refería; lo cual no obsta para que juzguemos también desacertados los párrafos donde el historiador angloamericano nos manifiesta «que dicho nombre debió ser una de las numerosas tergiversaciones de palabras indianas». IRVING.

La primera vez que Colón visitó el Nuevo Mundo, entró por el archipiélago Lucayo, desde donde pasó á Cuba, continuando luego la ruta que dejamos descrita en otro capítulo. En el segundo viaje la entrada se efectuó por el grupo de las islas Caribes. La llegada de las carabelas, en las sucesivas expediciones, ya no se verificó de modo diferente. Pronto, pues, las islas Lucayas se vieron olvidadas, quedando, por consiguiente, separadas del teatro de los descubrimientos y conquistas.

Considerando, ahora, que había variaciones de lengua ó dialectos en cada una de las Antillas, nos será fácil encontrar la clave de muchas cuestiones obscuras.

Cuando el Almirante llegó á las islas Caribes, en su segundo viaje, y á las Vírgenes y á Puerto Rico, supo el verdadero nombre de todas estas tierras, porque se informó por indios que hablaban el dialecto propio de las mismas; y en los mapas y en las relaciones antiguas, estos nombres están consignados tal como eran en el dialecto propiamente dicho *Caribe*, tal como los españoles se los oyeron pronunciar á los indígenas habitadores de las islas descubiertas en el referido viaje.

El archipiélago Antillano, á semejanza del antiguo archipiélago Helénico, se hallaba todo poblado por tribus que constituían una sola raza y cuyos individuos hablaban una misma lengua.

Pero esta lengua, aunque general, aunque una é igual en

todas las Antillas, desde el punto de vista de sus raíces y formas de construcción de las palabras, se diversificaba en cada una de las islas, formando lo que se llama dialectos de una misma matriz.

Estos dialectos diferían unos de otros, por ciertos detalles morfológicos y aun sintáxicos; pero conservaban la morfología fundamental de la lengua, el valor lexicológico de las raíces y la estructura fonética de las palabras, salvas las alteraciones de vocales y atenuación de consonantes que sufren siempre los vocablos, al pasar de unos idiomas á otros, por grandes analogías que existan entre éstos.

Según se desprende de las afirmaciones hechas por Cristóbal Colón, el dialecto de los lucayos difería muy poco del que se hablaba en los pueblos cercanos á las costas del N. de Cuba y NO. de Santo Domingo; pero sí había diferencias bastante notables entre el dialecto cubano (también lucayo), y el de Puerto Rico ó *caribe* propiamente dicho, que también era hablado en las islas Vírgenes y Pequeñas Antillas (de caribes) con variaciones casi imperceptibles.

Mas, como las raíces eran las mismas, con pequeñas alteraciones fonéticas, en todo el archipiélago, debemos analizar las raíces de la palabra *Baneque*, y, buscando la correspondiente, en lengua caribe, que las tenga iguales, nos será fácil averiguar á qué isla se refería dicho nombre.

El vocablo lucayo *Baneque* puede descomponerse en las tres raíces monosilábicas: *Ba-ne* y *que*.

¿Qué isla hay en el archipiélago Antillano, cuyo nombre indio pueda descomponerse en las tres raíces indicadas?

Inútil es que las busquemos en las palabras: *Cuba*, *Haití*, *Bohío*, *Yamaye*, *Jamaica*, *Cibuqueira*, *Cibao*, *Curuqueira*, etcétera, etc.

En estas dicciones se encuentran algunas de las tres raíces (*Ba-ne-que*) mencionadas, pero el lector no verá dos reunidas en un mismo vocablo.

Recordemos ahora el nombre indiano de la isla de Puerto Rico. Dice el doctor Chanca: *llegamos á la vista de una isla*

llamada Burenque, refiriéndose á la de Puerto Rico. Otros autores dicen *Borinquen,* otros *Boriquen,* otros *Boreque,* etc. (En la segunda parte determinaremos cuál de estos nombres es el que no ha sufrido adulteración).

Este vocablo (caribe) «Borinquen» ó Bo-ri-n-que-n—prescindiendo de las *n* finales de sílabas, que son simplemente afijos conjuntivos y formativos — se descompone en las tres raíces también monosilábicas:

Bo-ri y *que*

Comparemos estas tres raíces con las tres de la palabra *Baneque* ó *Ba-ne-que,* que decían los lucayos.

Raíces	1.ª	2.ª	3.ª	
	Ba . . .	*ne* . . .	*que*	(vocablo lucayo).
	Bo . . .	*ri* . . .	*que*	(vocablo caribe).

Dadas las diferencias que median siempre entre dos dialectos hermanos, diferencias que las más de las veces se traducen en alteraciones de vocales, hemos de suponer que la raiz *Bo* (caribe) tenía el mismo valor lexicológico que la raíz *Ba* (lucaya). Puede decirse que del mismo modo que la palabra castellana *por* equivale á la francesa *par*, y como la francesa *pour* equivale á la castellana *para*; así también las dos raíces que examinamos eran equivalentes, con mayor razón cuanto que los dialectos antillanos guardaban entre sí mayor número de analogías que las que puedan haber entre los distintos idiomas neolatinos.

No hablemos de la tercera sílaba *(que),* que aparece idéntica en ambos vocablos.

Queda solamente por analizar la raíz intermedia, que es *ri* (en el vocablo caribe) y *ne* (en el lucayo). En cuanto á la variación que se nota en las vocales, ya hemos dicho que estas diferencias se presentan muy comúnmente entre dialectos hermanos. Aquí encontramos ocasión para dar á co-

nocer los siguientes párrafos de un filólogo americano (1), que ha estudiado estas lenguas con extraordinaria aplicación: «Tal es la influencia eufónica en estas lenguas, que cambian con la mayor frecuencia las vocales, por simple eufonía, hasta tal punto, que á veces se puede dudar si son radicales. Hasta se permiten la inversión de letras por la misma razón».

El único punto obscuro, que podrían encontrar los lectores, nace de la distinción que media entre la consonante *n* de la raíz intermedia de la palabra *Baneque* y la *r* de la raíz también intermedia del vocablo caribe-borinqueño.

Pero el mismo filólogo citado se encarga de aclarar esta cuestión, cuando, señalando los cambios de letras que sufren las palabras al pasar de unos dialectos á otros, dice: «y muchas veces la *r* se convierte en *n*».

Esto es lo que ha sucedido con el nombre propio «Borinquen», qué al pasar á la lengua de las islas occidentales del archipiélago, convirtió la *r* en *n* y sufrió los consiguientes cambios de vocales.

No es menester recurrir á los autores de obras filológicas para comprobar esta sustitución de la consonante *r* por la *n* en las palabras del dialecto lucayo. El mismo Almirante lo consigna en su *Diario*.

Continuamente nos dice que los indios de Cuba y los de las Lucayas le hablaban de unas islas situadas al E., llamadas de *Caniba*, cuyos habitantes gustaban de comer carne humana.

Eran éstas las islas de *Cariba* ó *caribes*.

Colón, al abandonar las costas de Cuba, dijo y escribió en su *Diario*: «todas estas islas viven con gran miedo de los de *Ca*N*iba*».

Nombra numerosas veces la palabra, y siempre escribe

(1) D. E. Uricoechea: doctor en medicina y en filosofía, presidente fundador de la Sociedad de Naturalistas Neo-Granadinos, miembro de varias sociedades científicas y autor de muchas obras filológicas.

Caniba, pero finalmente en el *Diario* del 13 de Enero, día en que Colón ya se encontraba al NE. de Santo Domingo, leemos:

«Dice mas el Almirante, que en las islas pasadas (Cuba y las Lucayas) estaban con gran temor de *Cariba*, y en algunas le llamaban *Caniba*, pero en la Española *Cariba*, y que deben ser gente arriscada, pues andan por todas estas islas, y comen la gente que pueden haber». Y añade: «Esta diferencia de lengua es debida á la gran distancia de las tierras.»

Conforme acabamos de ver, el Almirante notó las diferencias que mediaban entre el dialecto caribe y el de los lucayos. Entre ellas cuéntase la falta de la *r* en éste, sustituyéndola por *n*. Así las islas que en Santo Domingo y Puerto Rico eran llamadas de *Cariba*, los lucayos las llamaban de *Caniba*, cambiando la *r* en *n*.

Por ser estos caribes antropófagos, y porque en Cuba y las Lucayas eran nombrados *Caniba*, se ha formado el vocablo castellano «Caníbal» (antropófago, comedor de carne humana), con su derivado «canibalismo» (calidad del hombre caníbal ó antropófago).

Por consiguiente, podemos ya afirmar que las tres raíces *Bo-ri* y *que* equivalen á las otras tres *Ba-ne* y *que*, teniendo en cuenta la alteración de vocales que, como dice Uricoechea, sufren las palabras al pasar de unos dialectos á otros, y considerando, además, la conversión de *n* en *r* y la sustitución que experimentan estas dos letras recíprocamente en los dialectos lucayo y caribe propiamente dicho.

De todo lo expuesto resulta que, como quiera que se examine, la isla *Baneque* no era otra que la de Puerto Rico. Históricamente lo demostramos valiéndonos de los relatos que hacían los indios de Cuba y la Española, referentes á la dirección y distancia á que dicha isla se encontraba; y filológicamente también, pues creemos que nadie podrá dar con otro vocablo ó nombre de isla, que se preste mejor que «Borinquen», á una comparación de raíces con la palabra «Baneque».

Probamos, en la *Sección* anterior, que la isla de Puerto Rico fué descubierta por Martín Alonso; y el estudio que hemos hecho en ésta se dirige también al mismo fin. Porque dicho marino navegaba con el propósito de ir á Baneque (Borinquen) cuando, separándose del Almirante, se internó en los mares orientales de Cuba.

Que Martín Alonso Pinzón estuvo en aquella isla, es un hecho probable, en primer lugar, porque hacia ella se dirigía, anduvo buscándola durante mes y medio, y Puerto Rico no se halla en ningún sitio oculto para que no pudiese llegar allí un hombre que tanto lo deseaba; y, en segundo lugar, porque llevaba en su nao indios que, como dice el Almirante, sabían el camino de la susodicha isla.

Pero, además, es un hecho seguro; pues Cristóbal Colón lo consigna en su *Diario* de este modo:

«Despues que Martin Alonso fué á la isla *Baneque*, diz que no halló nada de oro, y se vino á la Española».

Y D. Fernando Colón también nos da razón de ello, diciendo:

«Se apartó (Pinzon) del Almirante, en Cuba, con propósito de ir á la isla *Baveche*, porque los indios de su carabela le decian que habia en ella mucho oro; pero cuando llegó y vió lo contrario de lo que le habian dicho, volvió á la Española.»

En conclusión: Martín Alonso Pinzon estuvo en la isla de *Baneque;* la isla de *Baneque* era la de Puerto Rico, según logramos demostrar; luego el descubrimiento de Puerto Rico fué efectuado en el primer viaje por Martín Alonso Pinzón. En la *Sección* siguiente expondremos nuevos razonamientos.

Sección IV

SUMARIO. — Ignorancia de los indios lucayos y poco aprecio en que tenian los metales.—Comercio entre españoles y lucayos.—Dificultad de continuarlo con los indígenas de Cuba y Santo Domingo.—Las tribus aborígenes de Puerto Rico.—Diferencia entre éstas y las habitadoras de las Once mil Vírgenes y Pequeñas Antillas *(Caribes)*.—Costumbres de los caribes.—Noticia acerca del segundo viaje.—Descubrimiento de la Guadalupe —Hallazgo.—Conjeturas.—Consideraciones finales: consecuencias.

Cuando los descubridores recorrían los puertos de las islas Lucayas, al ver la sencillez é ignorancia de las tribus indianas y el poco aprecio en que tenían el oro, establecieron con ellas una especie de comercio, consistente en cederles, á cambio del precioso metal, objetos de vidrio y bagatelas de muy poco valor. Los indios gustaban mucho de estas bujerías; y las cuentecillas, sortijas, botones y demás baratijas insignificantes de Europa, eran contempladas por ellos con loca admiración.

Como apreciaban tanto estos objetos, y, por otra parte, el rico metal no era muy estimado, pudo fácilmente Cristóbal Colón explotar la inocencia de los naturales, estableciendo el injusto comercio que recordaba á los antiguos mercaderes de la Fenicia negociando con los primitivos pobladores de la Iberia.

Mas al salir de España la armada, el Almirante, que había leído en la obra de Marco Poló la descripción de las espléndidas Cortes del Oriente y las magnificencias de aquellos reinos, llevaba la idea de descubrir países muy civilizados; nunca, jamás pensó que llegaría á topar con islas y pueblos en un estado tan primitivo de desarrollo; así es que al preparar la expedición, sólo se proveyó de víveres, agua, leña,

trajes y de cuantas cosas le hubieran sido sumamente necesarias durante la travesía.

Si por la mente de los marinos hubiese pasado la idea de que iban á descubrir tan *bárbaras* regiones, claro es que, cuales más, cuales menos, todos hubieran cargado con cuantas bagatelas y objetos de escaso valor se menospreciaban en el antiguo continente. Tales medidas se tomaron en el *segundo* viaje.

Pero en el *primero* no hubo semejantes precauciones; así fué que aquel comercio ó cambio de bujerías por oro americano no pudo sostenerse mucho tiempo.

Los marineros, indudablemente, al principio echaron mano de las prendas que llevaban por casualidad, consistentes en anillos, botones, alfileres, etc., etc. Mas al llegar á las costas de Cuba y de la *Española,* el Almirante ya vióse obligado á regalar trajes, y los marineros, es de suponer, darían otras cosas de las cuales les fuese posible prescindir.

Cuando Martín Alonso Pinzón volvió á reunirse con el Almirante, después de su larga ausencia, llevaba la nave llena de oro y objetos indianos que debían ser de mucha estimación en Europa. Por consiguiente, Martin Alonso continuó, con los indígenas de las islas que pudo visitar durante su deserción, el comercio emprendido en las Lucayas por el Almirante; pues de otro modo no le hubiera sido fácil conseguir las enormes cantidades de oro que logró acumular en su carabela.

Y si nosotros lográramos demostrar que durante este viaje se efectuaron en Puerto Rico los cambios y negociaciones de que venimos hablando, quedaría nuevamente probado que Pinzón fué el descubridor de dicha isla, ya que otro no pudo celebrar los expresados trueques; porque por sabido se calla que Colón sólo llegó hasta la isla de Santo Domingo, desde donde emprendió la marcha hacia España. Mal debió el Almirante, por lo tanto, haber estado en la isla de Puerto Rico, acontecimiento que hubiera sido consignado en el *Diario* como lo fueron otros muchos de menor importancia.

Para probar que Pinzón estuvo comerciando con los indígenas de Puerto Rico—dirá el lector— hay que aducir documentos fehacientes que nos manifiesten el hallazgo de objetos y utensilios europeos en aquella isla; ó, por lo menos, que la *Carta* del Dr. Chanca — única relación que ha llegado á nuestros días, acerca del segundo viaje — nos dijera que los marinos que desembarcaron en Borinquen, vieron allí artículos de procedencia española.

Pero no nos dice tal cosa la *Carta* del médico famoso: tal vez porque, en el poco tiempo que la armada permaneció en Puerto Rico, no fué posible que los marinos hicieran hallazgos de objetos de aquella naturaleza, aunque los hubiese habido; ó, mejor, porque el arribo de las naves en Borinquen se efectuó por un puerto no visitado quizás por Martín Alonso, y en el cual, por lo tanto, no pudieron llevarse á cabo los trueques y contratos de que hablábamos anteriormente.

Ni los autores hispanos, ni los extranjeros, ni los regionales, han consignado en sus escritos cosa alguna que tenga relación con los puntos que queremos aclarar.

También carecemos aquí de fuentes históricas, y también ahora nuestras investigaciones se dirigen á través de oscuridades, buscando en vano un punto luminoso.

Pero, quizás, relacionando unos acontecimientos con otros, nos será posible demostrar cómo en Puerto Rico celebró Pinzón el susodicho comercio, y cómo este diestro nauta fué por consiguiente el descubridor de la mencionada isla.

Las tribus que habitaban en las islas de Puerto Rico, Once mil Vírgenes y Pequeñas Antillas *(Islas Cariles)*, eran todas de una misma raza y hablaban el mismo idioma, con variaciones casi imperceptibles.

Las diferencias, que pudieron observar los descubridores, entre los indígenas de Borinquen y los de las Antillas orientales, no eran diferencias de raza ni de lengua; sólo había distinción en el modo de vivir, nacida del diferente medio físico en que unas y otras tribus se desenvolvían.

Los caribes de las islas de Barlovento tuvieron que resen-

tirse de la falta de comestibles y más aún de la escasez de elementos para desarrollar su audacia, su actividad y sus instintos belicosos. Por eso eran tan dados á las excursiones, por eso fueron los nautas más intrépidos de América, y los guerreros más feroces; porque se veían obligados á proporcionarse en las otras islas lo que les faltaba en las suyas. De este modo se acostumbraron á la vida guerrera, á los arrojos, á las aventuras, y aun incurrieron en el vicio más degradante de la humanidad: se entregaron á los inhumanos goces de la antropofagia ó *canibalismo*, enfermedad que desgraciadamente han padecido muchos pueblos en sus primeras etapas de desarrollo moral é intelectual.

No sucedió otro tanto con los caribes que habitaban en la *Pequeña Antilla*. Conservaron con muy pocas variaciones el mismo idioma que sus vecinos de las islas Vírgenes y de Barlovento; pero no se dedicaron como éstos á la vida nómada y aventurera. Al revés de sus hermanos, los borinqueños residían en un país fértil, cubierto de bosques y montañas, y regado por numerosos ríos; no necesitaban, por lo tanto, ir á buscar en otra parte los medios de sustento y bienestar que hallaban en su propio territorio; las condiciones físicas en que desarrollaban su existencia les hicieron ser pacíficos, apegados al terruño y enemigos de las correrías. Conservaban, no obstante, el valor ingénito á todos los individuos de su raza, defendían el territorio contra toda clase de agresiones, y eran los que más fuerte resistencia oponían á los asaltos y algaradas de sus vecinos y hermanos de las otras islas (1). Sin embargo, sabemos, por las *relaciones* de

---

(1) Véase la *Sección II* del cap. I. — El historiador Brau, en su obra *Puerto Rico y su Historia*, pág. 77, escribe: «La raza caribe, esparcida por el vasto territorio que se extiende desde el Ecuador hasta las Antillas, distinguíase por su espíritu belicoso y emprendedor. Eran estas cualidades generales, que en *Boriquén* y Sibuqueira (nombre indio de la Guadalupe) se transformaron en opuesto sentido, distinguiéndose los naturales de la primera por sus condiciones hospitalarias y generosas, por sus instintos sedentarios, su docilidad, el apego al terruño y las aficiones agrícolas, y acentuándose en los pobladores de la segunda los arranques

algunos descubridores y por el dicho unánime de los cronistas de aquella época, que no por eso los indios de la Guadalupe y demás *Pequeñas Antillas* dejaban de hacer sus desembarcos en Borinquen. A pesar de la tenaz resistencia de los borinqueños, los *Caribes* desembarcaban en sus puertos, destruían las talas, incendiaban los *bohíos*, y aun se llevaban familias en calidad de prisioneras, á las cuales esclavizaban y guardaban en lugares que tenían preparados para este objeto.

La isla de Sibuqueira, actual Guadalupe, era la más fre-

---

guerreros—que les llevaban á mantener en sobresalto á las islas comarcanas, víctimas de sus piráticas depredaciones—y los apetitos sanguinarios que les impulsaran á devorar á sus propios enemigos.. » El poeta continúa: «Del mismo modo que se modificara la raza caribe al establecerse en *Boriquén*, se han modificado los caracteres peculiares de las demás razas que han concurrido posteriormente á colonizar nuestra isla. La rudeza salvaje del etiope se suaviza gradualmente en el suelo puerto-riqueño, hasta el punto de que casi puede decirse que sólo el color de la epidermis constituye en los individuos de esa raza signo de distinción externa, que en nada afecta á sus sentimientos humanitarios y á sus facultades intelectuales, claras y comprensivas y dúctiles como las de sus hermanos caucásicos. La bravura indomable del español, esa bravura única, capaz de arrostrar el empeño de encontrar y conquistar un mundo apenas imaginado por la calculadora fantasía de un cosmógrafo desconocido; esa energía avasalladora é imperturbable que produce á un Hernán Cortés y á un Pizarro, y que, arraigada on el continente americano, se reproduce, fatalmente para la extensión del territorio nacional, en un Simón Bolívar; esos ímpetus briosos que tienen por tipo legendario á Rodrigo Díaz de Vivar, el que ganaba batallas después de muerto, y que cuenta como episodio inmortal la lucha titánica de ocho siglos contra el agareno, reivindicando la libertad del suelo y la independencia del derecho patrio; esos alientos batalladores, que han dado páginas de gloria á nuestra historia y conquistado imperecederos laureles á nuestra bandera, pero que tal vez han entorpecido en el terruño central la acción benéfica del progreso, que necesita del concierto pacífico de todos los ciudadanos para prosperar, al trasplantarse á nuestro suelo, obedecen lentamente á una transformadora evolución. La espada se convierte en arado; el ardor bélico se aplica á los provechosos combates de la industria; al desprendimiento irreflexivo reemplaza el ahorro regenerador, y á la vidriosidad del temperamento nativo sucede la circunspección cautelosa, caldeada en el hogar doméstico por el tibio calor de las conyugales caricias y perfumada por el beso filial, promesa dulce de consoladoras alegrías á la vez que exigencia solícita de paz y bienestar.»

cuentada por los esclavos de los belicosos *Caribes*, y el sitio en donde estos últimos depositaban el convoy conquistado en sus numerosos asaltos y depredaciones.

En dicha isla estuvo la flota de Cristóbal Colón en el segundo viaje emprendido á América por este ilustre navegante. Esta vez las naves entraron por el grupo de las *Pequeñas Antillas*, y la citada Guadalupe fué la tercera tierra que visitaron.

Los indios *Caribes*, habitadores de la misma, habían salido en una de sus continuas excursiones; pero la isla no estaba sola. Se hallaban en ella, á la sazón, unos cuantos hombres y mujeres de Borinquen, hechos prisioneros por los *Caribes* en uno de sus ataques á esta Antilla. También estaban allí algunos *Caribes*, que sin duda eran los centinelas encargados de custodiar á los esclavos; pero estos centinelas huyeron, á la vista de los españoles, y se internaron en el bosque.

Que los indios é indias hallados prisioneros en la Guadalupe eran de Borinquen, no hay que dudarlo; el Dr. Chanca nos lo dice en su *relación*, y así también lo aseguran los cronistas de aquella época.

Dice el citado Chanca, que las indias encontradas en Guadalupe mostraron mucho placer al enterarse de que los españoles odiaban á los *Caribes*, y que, al saberlo, por su propio gusto se fueron á las naves. Después de algunos días de permanencia en la referida Antilla, la flota continuó su marcha hacia Occidente, tocando en diferentes islas; y al llegar á la de Puerto Rico, las indias que iban á bordo de las naos, esto es, las prisioneras halladas en la *Guadalupe*, experimentaron mucha alegría y dijeron que aquella tierra era su patria (1).

Falta en la *Carta* del Dr. Chanca la consignación de un suceso ocurrido en la Guadalupe, suceso que no podemos poner en duda, aunque no conste en la citada *relación*, porque

(1) Dr. Chanca.—Su *Carta-relación* acerca del segundo viaje.

de él nos dan cuenta los historiadores contemporáneos de D. Cristóbal, y también lo mencionan autores modernos de reconocidos méritos y nombradía.

El hecho á que nos referimos es á la sorpresa y estupefacción de los españoles, al entrar en el *bohío* donde estaban presas las indias portorriqueñas, cuando vieron allí una sartén de hierro que á primera vista revelaba su procedencia europea.

No dudamos de que esta sartén fué llevada de España, por las dos razones siguientes: la primera, porque aquellos indios desconocían la fabricación del hierro, y las flechas que usaban eran hechas de madera y terminadas en punta de hueso; y la segunda, porque aquel objeto, por su construcción, su forma, etc., revelaba claramente su origen hispano. «Siendo caribes los indios de la Guadalupe,—dice D. Fernando Colón —y corriendo robando hasta la Española, pudieron tener aquella Tartera de los cristianos ó de otros indios.»

«Tuvieron allí (en la Guadalupe)—dice Washington Irving —el feliz hallazgo de la anana ó piña que tanto placer causa por su fragancia y sabor. Al examinar estas casas (refiriéndose á los *bohíos* en donde estaban presas las indias de Borinquen), *vieron una sartén de hierro*, lo cual les pareció extraño por no haber encontrado antes aquel metal en el Nuevo Mundo.»

Opinamos que ésa sartén fué *negociada* en Puerto Rico. La circunstancia de haber sido hallada en el mismo *bohío* en que estaban las indias de dicha isla, es un dato que no deja lugar á dudas.

Por otra parte, teniendo en cuenta la costumbre tan frecuentemente practicada por los *Caribes* de la Guadalupe, de hacer desembarcos en las costas de Borinquen, y recordando que estos insulares, cuando atacaban á una población, no sólo cargaban con las mujeres, sino que además robaban todo lo que podían, hemos de creer que los sanguinarios piratas de Barlovento tomaron dicha sartén en el mismo sitio en que se apoderaron de las indias.

Indudablemente los *Caribes* que efectuaron el referido asalto en que fueron sojuzgadas las indianas borinqueñas, escalaron también los *bohíos* ó casas de las mismas, siguiendo sus instintos devastadores; y nada más natural que, al ver la sartén aquélla, se apoderaran de un objeto que tanta admiración les pudo producir y que, por consiguiente, debía tener para ellos un valor incalculable.

El haber estado dicha sartén en Puerto Rico es el mayor argumento ó la principal prueba que corrobora la llegada de Martín Alonso Pinzón á la mencionada Antilla; porque no habiendo sido el Almirante el que efectuara en Borinquen el comercio de que hablábamos, no pudo éste ser llevado á cabo por otro que por Alonso Pinzón.

Que este arrojado nauta comerciase con jarros y sartenes, se hace fácil de creer con sólo considerar el afán con que buscaba el oro, las grandes cantidades que logró acumular en su carabela, y la circunstancia de que antes de la separación ya se había desprendido, en Cuba y las Lucayas, de cuantos artículos insignificantes llevaba. Así fué que para poder comerciar con los indios de los lugares que visitó durante su deserción, tuvo que echar mano á otras cosas de más utilidad, como fueron jarros, sartenes, ollas, etc. Además, no debemos olvidar que en trances análogos se halló el Almirante cuando, queriendo contentar á un indio, vióse obligado á cederle un hermoso traje.

Ahora bien, si alguien supusiese que la expresada sartén fué llevada á la Guadalupe por Pinzón mismo, le recordaríamos la circunstancia de haber sido encontrada junta con las esclavas borinqueñas. Además, si Alonso Pinzón hubiese llegado en su fuga hasta las islas de Barlovento, la ausencia hubiera sido mucho más larga; dado el tiempo que ésta duró, puede creerse que las excursiones de Martín Alonso no pasaron más allá de la isla de Puerto Rico.

Y si pasaron, si por un momento creyésemos que la *Pinta* se aventuró á navegar por entre las Antillas de Barlovento, si aceptásemos que Pinzón estuvo en la Guada-

lupe, sería para mantenernos más firmes en nuestra principal opinión; porque ¿es posible que, habiéndose internado en tales islas, el audaz marino pasase por alto á la hermosa Antilla que los indígenas llamaban Borinquen?

La isla de la Guadalupe se halla situada unas cien leguas más al Este que la de Puerto Rico. Martín Alonso Pinzón, por consiguiente, no pudo hacer recaladas en aquella Antilla sin efectuarlas también en ésta, tanto en el viaje de la ida como en el del regreso.

Pero, no pareciéndonos admisible la suposición de que la *Pinta* llegara hasta las Antillas orientales, creemos que la antes mencionada sartén fué vendida en Puerto Rico por algún marinero español, y transportada luego á la Guadalupe por los isleños *Caribes*, del modo que hemos indicado.

Para concluir, y en vista de las razones diferentes que hemos venido exponiendo en todo el curso de este capítulo, repetimos que Martín Alonso Pinzón fué el descubridor de Puerto Rico, y que dicho descubrimiento efectuóse en el primer viaje de la flota. En cuanto á la fecha en que llevóse á cabo, los datos aducidos en la segunda *Sección* nos indican que Martín Alonso estuvo en un puerto del O. el 30 de Diciembre del año 1492; pero no podemos asegurar de un modo categórico que el descubrimiento se haya efectuado en la expresada fecha, porque existe la posibilidad de que la *Pinta* hubiese visitado antes algún puerto de la costa norte ó de la meridional.

De todos modos, el 30 de Diciembre del año 1492, estuvo Pinzón en una rada occidental de la isla que los indios llamaban Borinquen, y que es la actual posesión española conocida con el nombre de «Puerto Rico» y llamada por algunos «la Pequeña Antilla».

CAPÍTULO V

Nombre indiano de Puerto Rico (1)

Con notable discrepancia señalan los historiadores el nombre que daban á su territorio las tribus aborígenes portorriqueñas. Y al decidirnos nosotros á escribir este capítulo, no llevamos el propósito de sumergirnos en investigaciones filológicas de la índole que el asunto las reclama. Haremos, sí, algunas disquisiciones lingüísticas, porque de otro modo no es posible esclarecer un punto de la naturaleza del presente, pero procurando mantenernos en la superficie, evitando profundizar en la materia científica; y así el estudio que ahora hacemos, viene á ser una especie de introducción ó proemio á la segunda parte de esta obra.

Dicha *Segunda Parte* tendrá por objeto determinar el verdadero nombre indiano de Puerto Rico. Allí examinaremos los carácteres morfológicos fundamentales de los idiomas matrices del continente americano; allí investigaremos la influencia que estos idiomas pudieron ejercer sobre la lengua general de las Antillas, y la manera cómo se formaron dialectos en cada una de aquéllas; y allí, finalmente, nos ocu-

(1) Porque este capítulo no guarda relación con los demás de esta *Primera Parte,* y porque sus dimensiones no lo exigen, omitimos el *sumario* inicial que hemos venido poniendo en los otros.

paremos en el estudio del hablado por los indios de la hermosa y espléndida *Borinquen.*

Y entre tanto, y aquí, haremos desfilar unos tras otros á los principales autores que han transmitido adulterado el vocablo, y señalaremos las causas por que cometieron la adulteración.

Borinquen, como actualmente pronuncian y escriben este nombre todos los portorriqueños, así también lo pronunciaban, ya que no escribían, las tribus colombianas y precolombianas habitadoras de la referida Antilla.

Sin embargo, han llegado á nuestro poder dos trabajos recientes, uno titulado *Puerto Rico y su Historia* y el otro *Colón en Puerto Rico,* firmados respectivamente por D. Salvador Brau y D. Cayetano Coll.

Quieren demostrar estos autores que el nombre indiano de Puerto Rico era *Boriquén* y no *Borinquen,* y que este último vocablo *es una cristalización de aquél* trabajada por el uso.

Ambos han empleado el mismo método para demostrar su común opinión. Sacan, en efecto, á relucir los nombres de unos cuantos historiadores americanistas; nos revelan que cinco autores diferentes escribieron *Boriquén* en el siglo XVI, tres en el XVII, que Fray Iñigo Abbad fué quien primeramente usó la palabra *Borinquen,* que únicamente dicho autor ha empleado así el término, y concluyen deduciendo (por mayoría de votos) que fué *Boriquén* el nombre primitivo. (Hay que tener en cuenta que la obra de Iñigo Abbad trata exclusivamente de Puerto Rico, mientras que las demás citadas son historias generales de América.)

El testigo histórico ha sido y será siempre una de las principales fuentes de la historia; pero nunca conviene dejar de acudir á otros manantiales de suma importancia también, tales como la Filología, la Epigrafía, la Etnografía, etc., etc. Conforme con la naturaleza del punto que se ventila y guardando relaciones con ella, ha de estar la fuente á donde vamos á buscar lo verdadero de los hechos. Y así, cuando tratemos de descubrir la falsedad de una leyenda, debemos

buscar auxilios en la Epigrafía; si pretendemos determinar los caracteres de una raza, nos serán muy útiles los estudios etnográficos; y cuando lo que queremos dilucidar es un punto referente al idioma, como lo es el averiguar si fué *Borínquen* ó *Boriquén* el nombre indiano de Puerto Rico, hemos de guiarnos siempre por las luces de la Filología, sin lo cual, y sin los conocimientos lingüísticos imprescindibles, no es fácil que pueda el historiador adelantar un solo paso por entre las obscuras sendas que necesita recorrer para llegar por fin al que llamaremos templo del peregrino de la ciencia, el resplandeciente alcázar de la verdad.

Por esto, nosotros, empeñados también en transcribir el vocablo en toda su pureza, hemos hecho el trabajo que constituirá la segunda parte del presente libro.

Pero antes de introducir en aquélla á los lectores, hemos querido tratar la cuestión desde otro punto de vista; y, pues con argumentos históricos pretenden los dos autores citados demostrarnos su común opinión, con argumentos históricos también la rebatiremos nosotros.

Así es que en este capítulo no haremos más que refutar las inadvertencias de Coll y las precipitaciones de Brau, señalando al propio tiempo las causas del error cometido por los historiadores bajo cuya influencia y autoridad incurrieron aquéllos en las mismas lamentables equivocaciones.

He aquí cómo el historiador Brau resume los testimonios que aduce en defensa de sus afirmaciones:

ESCRITORES	Épocas	
Doctor Chanca	1493	Buriquén.
Gonzalo Fernández de Oviedo . . .	1535	Boriquén.
Fray Bartolomé de Las Casas . . .	1550	
Fernando Colón	1571	
Melgarejo	1582	
Juan de Castellanos.	1589	
Antonio de Herrera.	1601	
Juan de Laët	1640	
Diego de Torres Vargas	1647	

ESCRITORES	Épocas	
Fray Iñigo Abbad	1788	Bori N quen.
Juan Bautista Muñoz	1793	Boriquén.
Washington Irving	1828	Boriquén.
Alejandro Tapia	1854	Boriquén.

El doctor Coll y Toste añade á esta serie algunos nombres más.

Sin embargo, tanto los expresados testimonios como las demás opiniones que aduce el citado doctor pueden simplificarse del modo que van á ver los lectores.

Pues de la misma manera que Tapia escribió *Boriquén* copiándolo de Irving ó de Oviedo ó de otro cualquiera de los muchos que así han transcrito esta palabra, Irving lo debió tomar de Oviedo, y lo mismo harían Juan de Laët, Torres Vargas, Antonio de Herrera, Castellanos, Melgarejo, etc., etc.; lo copiaron de Oviedo que escribió su obra en 1535 y fué, por lo tanto, el primer historiador de América. Los demás tuvieron que consultar esta obra, y tal como encontraron el vocablo lo transcribieron.

Cuanto á Gonzalo Fernández de Oviedo, no nos cabe duda de que lo extrajo de la carta del doctor Chanca.

Mas es el caso que en esta carta no está bien precisado el nombre; pues primeramente dice: «llegamos á vista de una isla llamada *Burenquen*, cuya costa corrimos todo un día», y en otro lugar escribe: «entre esta isla (La Española) y la otra de *Buriquen* parecía lejos otra (La Mona) que no era grande.»

Se ve, pues, que la hermosa serie ha quedado reducida á dos testimonios de un mismo autor. Por consiguiente, se nos ocurre preguntar: ¿Cuál de estos dos testimonios es el verdadero? ó mejor, como dice el Sr. Brau: ¿Cuál de las dos veces estuvo en lo cierto el Dr. Chanca?

Para contestar á esta pregunta, y dar al mismo tiempo una respuesta clara, no es posible prescindir del estudio filológico que haremos en la *Segunda Parte*, y que desde luego sometemos al juicio de las personas eruditas.

A nuestro entender, los autores que han seguido otro ca-

mino han perdido el tiempo lastimosamente; porque no es á la sola luz del testimonio histórico que deben ni pueden aclararse puntos obscuros de la naturaleza del presente.

Oigamos cómo el erudito autor de *Puerto Rico y su Historia* pretende demostrar sus afirmaciones.

Oigámosle:

«Gonzalo Fernández de Oviedo, en el capítulo I, libro XVI de su *Historia general y natural de los Indias*, se expresa así:

»*Llaman los indios* BORIQUEN *á la isla que agora los chripstianos llaman Sanct Johan.*»

Gonzalo Fernández de Oviedo, que no era filólogo ni sabía el dialecto de Borinquen, eligió una de las dos denominaciones estampadas en la carta del Dr. Chanca; por lo tanto su opinión se funde con la del citado doctor.

Continúa:

«Y así, *Boriquen*, sigue escribiendo el nombre en toda su *Historia*, debiendo cargarse la acentuación en la sílaba final, como se carga en los nombres indios *Bayamón*, *Cayarabón*, *Aymamón*, *Manatuabón*, etc.»

Aquí hemos de suponer que el Sr. Brau no tuvo la intención de explicarnos de qué modo es que el acento se carga en la sílaba final de una palabra. Para darnos tan sencilla lección de ortografía no le era preciso recurrir á los vocabularios de las lenguas indianas; pues en nuestro rico idioma se encuentran á millares las palabras oxítonas: *cajón*, *café*, etc. Lo que parece indicar el Sr. Brau es que del mismo modo que los nombres *Bayamón*, *Cayarabón*, *Aymamón*, etc., demandan el acento agudo en la sílaba final, así también lo exigen todos los demás vocablos indianos. No ignoramos que esta ley rige en ciertos y muy contados idiomas, como el francés; pero no en las lenguas antillanas, que constaban de innumerables palabras paroxítonas (*Anacaona*, *Guajana*, etc.), y aun proparoxítonas (*Guanábana*, y otras muchas). No es, por lo tanto, ninguna razón lo que alega el Sr. Brau para demostrarnos que debió decirse *Boriquén* con el acento agudo en la sílaba final.

Prosigue:

«Como se deja ver, entre el nombre indiano escrito por Oviedo y el que erróneamente hemos venido escribiendo, media una *n* de diferencia, debiéndose esta novedad al Padre Iñigo Abbad, que en la introducción á su *Historia civil y geográfica* ya indicada, dice:

«*La isla de San Juan Bautista de Puerto Rico, llamada por los indios Bori*N*quen, es una de las grandes Antillas, etc.*»

»Cuantas veces se emplea esa palabra en el texto, se lee lo mismo: *Bori*N*quen.*»

Como se deja ver, el Padre Iñigo Abbad cumplió perfectamente su misión, y al escribir su *Historia de Puerto Rico*, no se dejó arrastrar por los errores en que incurrieron los cronistas que trataban de la América en general.

«Ya D. Alejandro Tapia hubo de observar antes que yo este accidente, y al efecto estampó en el proemio de su *Biblioteca histórica* esta nota:

«*El nombre primitivo de esta isla era el de Boriquen, pero el Padre Abbad de la Mota, que, sin razón manifiesta, adulteró muchos vocablos indígenas, añadió una* n *á la segunda sílaba, variación que ha confirmado el uso moderno.*»

El Sr. Tapia fué, á no dudarlo, un buen literato; lo cual no obsta para que, en las cuestiones de que tratamos, no reconozcamos su autoridad.

«Queda demostrada la exactitud de mi observación» —dice precipitadamente D. Salvador Brau, y añade: «con todo, he de manifestarme inconforme con el último extremo de la nota de Tapia. El uso moderno podrá mantener un error, transmitido de unos á otros tal vez por inadvertencia, pero no confirmarlo, porque los errores no se confirman, siendo como son susceptibles de correción, mediante el oportuno esclarecimiento.

Además, en materia de usos, los hay buenos y malos, *y entre estos últimos cabe colocar la costumbre de adulterar las palabras*, ocultando su etimología y destruyendo su genuina significación.»

Supongamos por un momento que el nombre primitivo de nuestra isla era el de *Boriquen*, y aceptemos en consecuencia que la primera *n* del vocablo *Bori*N*quen* haya sido añadida por el uso. Pues bien, á pesar de tales hipótesis, y aunque realmente fuésemos partidarios de ellas, nosotros continuaríamos diciendo *Bori*N*quen.*

La *n* es una letra muy eufónica, principalmente cuando precede á una gutural. Tal vez por esto los griegos, cuando se encontraban con una *gamma* seguida de *gutural*, no daban á aquélla el sonido de *g* que le era propio, sino que la pronunciaban como *n;* así escribían ἐγκέφαλον *(egquéfalon)* y pronunciaban *enquéfalon*, la palabra *agguelos* la pronunciaban *anguelos*, y lo mismo sucedía cuando la *g* se hallaba antes de la gutural aspirada.

La palabra castellana *ángel* procede remotamente de la griega *agguelos*. Vemos, pues, que la *g* ha pasado convertida en *n*.

Sucede también con frecuencia que las palabras, al trasladarse de unos idiomas á otros, admitan una *n*, epentéticamente, sin que sea por transformación de otra consonante. En la lengua *galibe*, por ejemplo, el vocablo *amoucon* (alguno) pasó al idioma *caribe* transformado en *amou*N*coun*, es decir, intercalando una *n* en medio de la palabra. Estas adiciones, tan frecuentes en las antiguas lenguas de América, se dejan también notar en las modernas de Europa. En el mismo idioma castellano vemos la palabra *tre*N*za*, que procede de la latina *tricis*, la cual á su vez deriva del griego, y en esta última lengua tampoco existe la *n* que vemos en el vocablo castellano.

Porque es atributo de los idiomas, cuando recogen palabras de otros, acomodarlas á su naturaleza, alterándolas sea por adición ó supresión de algunas letras.

Así lo entendemos nosotros, conformando nuestra opinión con la del docto filólogo D. Gregorio Mayáns, que en la página 377 de su conocida obra (1), nos dice:

«108. La sola distancia del lugar tampoco impide que las naciones de varias lenguas, aunque muy alejadas unas de otras, se comuniquen muchas veces, y aun los idiomas, como se traten mucho, como suele suceder siendo la comunicación

(1) *Orígenes de la lengua española,* por D. Gregorio Mayáns y Siscar, Bibliotecario del Rey.

por el mar, el cual por medio de la navegación facilita el comercio. Así, por el que tienen los castellanos con las Indias occidentales y los portugueses con las orientales, unos y otros han introducido sus lenguas en todos los países que han dominado en las Indias. Y también unos y otros hemos recibido de ellas muchas voces, con que significar las cosas que nos han venido de allí, como *algodón, bejuco, curamaguei, escuerzonera, guayacán, ibana, leucoma, manatí, pini-pinichi, quina, sasafrás, tabaco, vicuña*, y otras muchísimas de que se puede formar un útil y curioso diccionario. Pero estas mismas voces están muy desfiguradas de su primitiva conformación, como se puede observar en la palabra *chocolate*, que viene de *cacahu-quahuitl*. Y no es mucho que las desfiguremos tanto, porque fuera de que tenemos ocho letras de que carecían los indios, *es genio de todas las naciones caracterizar las voces recibidas según la costumbre de pronunciar, para suavizarlas más, cada cual á su manera.*»

Continúa el Sr. Brau:

«Por poco que se conozca acerca del origen y antecedentes de las tribus salvajes que poblaban las Antillas, es lo cierto que muchos y muy sesudos escritores *antiguos* y modernos, se hallan acordes en afirmar que esas tribus constituían una sola raza y hablaban una misma lengua, en la cual predominaba *el polisintetismo.*»

Es cierto; muchos y muy sesudos escritores lo afirman. Estamos perfectamente de acuerdo con D. Salvador Brau.

Prosigue este autor:

«Dada esta circunstancia (del polisintetismo), en la composición de las palabras antillanas, así como en las comunes á otras razas del continente vecino, han de concurrir raíces distintas que deben tomarse en cuenta por razón de las ideas que tienden á acumular en un solo vocablo.»

Indudablemente D. Salvador Brau habrá estudiado esto en los manuscritos de los autores antiguos que tratan del polisintetismo. Confesamos ingenuamente que desconocemos tales obras ó tales manuscritos, y que sólo hemos logrado consultar los trabajos de los filólogos modernos. De ahí el que ten-

gamos un concepto tan distinto del polisintetismo. Porque si el Sr. Brau atribuye este carácter á una lengua, por el solo hecho de que en un vocablo cualquiera concurran raíces diferentes, no opinamos así nosotros, que vemos efectuarse este fenómeno en casi todos los idiomas, en el mismo castellano, que dista mucho de ser polisintético siempre que no se tome esta palabra en el obscuro sentido en que el Sr. Brau la emplea.

No es que nosotros pretendamos negar la afirmación hecha por concienzudos escritores, *antiguos* y modernos; lo que aquí queremos demostrar es que si el referido autor de *Puerto Rico y su Historia* tuviera una idea bien clara de lo que es el polisintetismo, no aduciría el razonamiento de que la lengua general de las Antillas era polisintética, para demostrarnos que debió decirse *Boriquén*. Precisamente porque nosotros sabemos que dicha lengua era polisintética, es por lo que opinamos que no pudo ser *Boriquén*, sino *Borinquen*, el nombre primitivo de nuestra Antilla.

No todas las lenguas americanas eran polisintéticas. Las había también incorporantes y aun analíticas y sintéticas. Se entiende por polisintetismo aquel carácter de las lenguas aglutinantes en virtud del cual varias raíces se unen y forman una sola palabra; pero esta unión no se verifica, como en las incorporantes, por simple yuxtaposición, sino que los elementos radicales se adhieren por medio de partículas conjuntivas que expresen las relaciones de posesión, lugar, tiempo, etc., que existan entre unos y otros.

Las tres raíces *bo*, *ri* y *que* no pueden unirse sin la ayuda de afijos que las pongan en la relación que deben guardar entre sí. Y que abundan los afijos en estas lenguas no lo negará el Sr. Brau, después de haber convenido en que en ellas predomina el polisintetismo, que no consiste en otra cosa. Es tanta, en estas lenguas, la abundancia de prefijos y sufijos, que Duponceau las compara con el hebreo, copto y demás idiomas camíticos y semíticos.

El idioma *nahuatl*, *azteca* ó mejicano no era polisintético,

por más que algunos autores lo hayan afirmado así; era lo que se llama una lengua *incorporante*. Mas, á pesar de ser incorporante, no siempre forma las palabras por la sola incorporación de raíces. Abunda la composición; pero usando mucho de síncopas y elipsis y también de ligaduras. De *calli* (casa) y *tlan* (adverbio de lugar, que expresa la idea de proximidad) se forma la dicción compuesta *caltitlan* ó *cal-ti-tlan* (jardín, *batey*, patio de la casa), en la que se ven eliminadas las dos letras finales de la palabra *calli* y sustituídas por la partícula conjuntiva *ti*. De *Teotle* (Dios) y *calli* (casa) se forma el vocablo *teocalli* ó *teo-calli* (casa de Dios ó templo mejicano) suprimiendo las letras finales de la palabra *Teotle*. Así, del mismo modo, constrúyese la dicción *teocaltitlan* ó *teo-cal-ti-tlan*, de *Teotle-calli-ti-tlan*, que significa «junto á la casa de Dios», y así llamaban los mejicanos al atrio de la iglesia.

Pero no es menester recurrir á los idiomas matrices del antiguo mundo americano para probar que las raíces no se unen por sola yuxtaposición. Prescindamos de las lenguas *quiché*, *maya*, *quechúa*, *chibcha*, *guarani*, *chiquita*, *araucana* y otras tantas y tan conocidas, en las cuales es notoria la abundancia de partículas (prefijos y sufijos) con que los elementos radicales se adornan en la construcción de la palabra. En idiomas de la Tierra del Fuego, en el de los *onas*, en el de los *aleculofs*, en el *yaghán*, hablado en la parte más meridional de dicha isla, obsérvase el mismo modo de formación de vocablos. Un catecismo de doctrina cristiana, que poseemos en este último idioma, autoriza, entre otras, la siguiente frase: *Gadnkimakum* ó *Gad-n-ki-makum* (el hijo de Dios), de *Gad* (Dios) y *makum* (hijo), en la que se ve que estos dos términos no se unen ellos solos para formar la frase «el hijo de Dios», sino que requieren el auxilio de partículas que los enlacen y los pongan en la relación en que se hallan.

En esto consiste el polisintetismo de los lenguajes indo-antillanos. No es por lo tanto ninguna razón lo que alega el

Sr. Brau para demostrarnos que debió decirse *Bo-ri-quén*, sin la *n* final de la segunda sílaba.

Continúa el expresado autor:

«Entiendo, pues, que lo que corresponde dilucidar es si la razón ha estado de parte de Gonzalo Fernández de Oviedo, al dar á nuestra isla el nombre de *Boriquén*, de parte de Fray Iñigo Abbad al llamarla *Borinquén* ó de parte de la Comisión provincial, que en la *Reseña de nuestra provincia*, redactada en 1883 para la Exposición Colonial de Amsterdam, dijo que los indios la llamaban *Borinquen*.

»Para obtener este esclarecimiento apelaré al testimonio de varios y bien autorizados narradores, empezando por el doctor Chanca, médico sevillano que acompañaba á Colón en su segundo viaje, y hubo por consiguiente de conocer, entre los primeros descubridores, á la futura provincia de Puerto Rico.

»Trae el Sr. Acosta en sus notas un fragmento de la carta que dicho médico dirigiera al cabildo de Sevilla; documento que figura en la página 198 del tomo primero de la *Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles*, libro debido á la ilustradísima laboriosidad del excelentísimo señor D. Martín Fernández de Navarrete.

»Y dice así la carta:

«Anduvimos por esta costa lo mas de este dia, hasta otro dia »en la tarde que llegamos á vista de otra isla llamada Bu-»renquen».

»Aquí aparece la *n* usada por el Padre Iñigo; pero el mismo doctor Chanca se encarga de hacerla desaparecer, pues lineas más abajo escribe:

«De esta isla sobredicha partimos una madrugada, e aquel »dia, antes que fuese noche, hobimos vista de tierra, la cual »tampoco era conocida de ninguno de los que habian venido »el otro viaje; pero por las nuevas de las indias que traíamos, »sospechábamos que era la Española, en la cual agora esta-»mos. Entre esta isla é la otra de Buriquen parecía de lejos »otra, aunque no era grande».

»Prescindiendo de la *u*, que en las dos citas aparece sustituyendo á la *o* común de la primera sílaba, — ya que el sonido de ambas vocales tiene afinidades filológicas y puede confundirse, cuando se trata de un idioma extraño que sólo se conoce *eufónicamente* y en tan cortos momentos como los que el relatante permaneciera en Puerto Rico—y atendiendo solamente al uso y omisión simultáneos de la *n*, en una misma palabra empleada dos veces en un escrito de no gran extensión, puede que á álguien se le ocurra preguntar: ¿Cuál de las dos veces estuvo en lo cierto el doctor Chanca?»

Como nuestra tarea no consiste en criticar el estilo del escritor, nada podemos añadir á estos últimos párrafos de D. Salvador Brau.

Pero veamos cómo dicho historiador nos contesta la pregunta que él mismo ha formulado.

Oigámosle:

«Para responder á esta objeción apelaré á D. Fernando Colón, hijo y biógrafo del gran ligur, quien para describir el segundo viaje á las Indias, debió apoyarse en la documentación conservada por su ilustre padre.

Dice así el narrador:

«..... *aportó á la isla que llamó San Juan Bautista, que los indios llaman Boriquén.....*»

Innumerables circunstancias nos obligan á no conceder gran importancia á la obra que hoy circula bajo el epígrafe *Historia del Almirante de las Indias Don Cristóbal Colon*, escrita por su hijo Don Fernando Colon».

Ha corrido tantos azares esta obra, y está tan cuajada de imperfecciones, que son de necesidad mucha discrecion y gran cuidado, al consultarla, si no quiere el historiador incurrir en errores y en equivocaciones como las que ahora lamentamos.

Según los indicios más seguros, la referida *Historia* fué escrita en lengua castellana por D. Fernando, hijo del Almirante. Sin embargo, ni el manuscrito de ella, ni ningún ejemplar de la misma tal como vió la luz por primera vez, han podido llegar hasta nuestros días. La obra que hoy poseemos, esto es, la que el Sr. Brau habrá podido consultar, es una traducción de la que apareció en Italia con el rubro «*Vita di Cristoforo Colombo*, descritta da Ferdinando, suo figlio, e tradotta da Alfonso Ulloa».

De manera que la obra en cuestión primeramente fué traducida del español al italiano, y luego retrovertida á lengua castellana. Esta última versión es la que actualmente poseemos.

Con estos antecedentes no podrán ocultarse al lector las causas de los muchos errores que contiene el referido libro;

errores que se dejan notar más en la escritura de los nombres indianos, pues casi todos aparecen malamente transcritos, bien por inversión ó por sustitución de algunas letras, bien por supresión ó por añadidura de otras.

Esta es la primera razón por la que no concedemos gran valor á la mencionada obra.

La segunda razón es lo mucho que se ha discutido en congresos y por medio de libros meritorios, la autenticidad del que nos ocupa.

Henry Harrisse, ilustre jurisconsulto neoyorquino, historiador de reconocida imparcialidad y autor de la consultada *Biblioteca americana vetustíssima*, escribió después de una larga permanencia en los archivos de Sevilla, el libro titulado *Don Fernando Colón, historiador de su padre*, en el cual demuestra:

«1.° Que la Historia impresa en Venecia en 1571, no fué escrita por D. Fernando Colón.

2.° Que Alfonso de Ulloa, usando de una superchería literaria, debio él mismo forjar la historia que dió á luz como traducida del español, manifestando que era original de don Fernando.

3.° Que, pasando por un tamiz muy espeso la versión de Ulloa, segregando del libro las exageraciones, las adiciones torpes, las interpolaciones, descripciones retóricas, y toda la parte polémica, es cierto se podría llegar á un residuo de algún valor, cuyo origen provenga de documentos originales, perdidos hoy».

El Sr. Harrisse funda estas afirmaciones en:

1.° «Que D. Fernando Colón no cita en ninguno de los extensos catálogos que de los libros de la Colombina formó la historia de su padre.

2.° »Que la única explicación que dan los críticos de nuestros días respecto al modo como llegó el original á poder de Alfonso de Ulloa, está tomada de la Introducción redactada por Gio Battista Sporno, para el *Codex*, publicado por orden del Consejo Municípal de Génova en 1823, y que dicha

explicación es á todas luces falsa, porque los datos en ella contenidos son inexactos por muchos conceptos; y además,

3.° »Que ninguno de los primeros historiadores de Indias cita la *Historia del Almirante*, escrita por su hijo, y que pues las noticias que se hallan en la *Historia*, no responden á la idea que había hecho concebir, no queda la más remota duda de que no está escrita por el preclaro hijo de Colón».

Aunque nosotros no concedamos gran valor á esas afirmaciones del crítico norteamericano, no por ello se lo concedemos á la obra del erudito D. Fernando, tal como la conocemos en la actualidad.

En caso de controversia citaríamos varios errores geográficos, otros tantos cronológicos, y más de diez palabras indianas transmitidas de un modo detestable; advirtiendo que entre éstas las hay escritas tan mal como no hemos podido verlas en ninguna de las obras de los cronistas antiguos ni de los historiadores modernos.

Por otra parte, aun haciendo caso omiso de las consideraciones expuestas, y aunque D. Fernando, — como dice el señor Brau—*para describir el segundo viaje á las Indias, debió apoyarse en la documentación conservada por su ilustre padre*, es lo cierto que el preclaro hijo se introduce en muchas cuestiones con pleno desconocimiento de ellas, otras las trata con confusión, y otras no las trata. Escribió la historia de la vida del Almirante, y no supo decirnos claramente en qué pueblo ó ciudad nació este renombrado marino; y lo que es más notable aún, comienza á describirnos los viajes de su ilustre padre, y dice: *de los cuales (y de otras muchas cosas...) no tengo bastante noticia, porque murió cuando yo no tenía atrevimiento ó práctica para preguntárselo, por el respeto de hijo, ó para hablar con más verdad, porque entonces, como muchacho, me hallaba yo muy lejos del pensamiento de escribirlo.*

Mas, á pesar de que en el Congreso geográfico de Viena de 1881 se discutió, sin llegar á resultado alguno, la autenticidad de la obra atribuída á D. Fernando, y aun cuando ese

fué también uno de los temas que se debatieron en el Congreso de americanistas celebrado en Madrid en el mismo año 1881; no obstante, supongamos fuera de duda la autenticidad del libro sobredicho, convengamos en que en él no se ha operado ninguna alteración, y aceptemos, en su consecuencia, que ha llegado hasta nosotros tal como salió de manos de D. Fernando; además, demos por cierto que éste, *para describir el segundo viaje á las Indias, debió apoyarse en la documentación conservada por su ilustre padre.*

En este último caso, el que D. Fernando escribiera *Boriquen* (en vez de BoriNquen) ¿quiere decir que el Almirante lo escribió del mismo modo? No, ciertamente: D. Fernando pudo equivocarse al copiar esta palabra, lo mismo que se equivocó al transcribir otras muchas.

Nuestra hipótesis lejos de ser arbitraria, está lógicamente justificada, si se tiene en cuenta la mala letra del Almirante y el sistema de ortografía usado por él.

Cuanto á lo primero, nos conformamos con manifestar que hemos tenido en nuestras manos una carta que D. Cristóbal dirigió

(en el sobre escrito)

A los muy nobles Feñores de muy magnífico oficio de S. George a

Genua.

La indicada epístola sólo consta de quince renglones (autógrafos), de los cuales pudimos leer el primero, que dice: *Bien que el cuerpo ande acá, el corazon está alli de continuo. Nuestro Feñor me ha hecho la merced.....* Para leer ese fragmento necesitamos más de una hora: el resto de la carta no lo pudimos entender.

Pero la verdadera causa del error de D. Fernando se halla en el sistema de ortografía usado por el Almirante, que nunca escribía las *n* finales de sílaba, y no siempre las sustituía del mismo modo.

Ejemplos:

No decía: «yo estoy de partido eN noMbre de la Trinidad», sino *yo estoy de partido ẽ nõbre de la Trinidad;*

«para que os lo eMbíe coN otro», sino *para que os lo ẽbie cõ otro;*

«á lo que maNdares», sino *a lo que mãdares;*

«la soledad eN que nos habeis dejado», sino *la soledad ė que nos habeis etc.*

A semejanza de este último modo pudo haber dicho «*aporté á la isla Boriquen*», en lugar de «aporté á la isla BoriN-quen.

Consecuencia de todo esto es el error de D. Fernando; y su inculpabilidad se manifiesta claramente, pues le hubiera sido muy difícil prever que el *punto* sobre la palabra *Boriquen* significaba *n*, cuando lo más natural era que dicho *punto* se refiriese al que en aquel tiempo ya se acostumbraba escribir sobre la *i* latina.

Continúa D. Salvador Brau:

«Quédanme aún otros testimonios por aducir, entre ellos el de Juan de Castellanos, que habiendo tomado parte como militar en algunas de las expediciones á América, abrazó luego el estado eclesiástico y obtuvo un beneficio en Tunja, ciudad de Nueva Granada».....

Menciona luego la obra de este autor, escrita en octavas reales, copia los dos versos siguientes:

«Los caribes con sus ferocidades
. . . .
tiemblan del *Boriquen* y de su nombre».

y dice que «*ni aun cediendo á los exigencias de la rima, hace el autor uso de la n empleada siglo más tarde por el Padre Iñigo*».

Es todo lo contrario. El último verso se hace pesado al oído por la abundancia que en él se nota de *m* y *n*. Añadiendo, pues, la *n* de BoriNquen, la abundancia sería mayor y el verso resultaría insoportable.

De modo que, cediendo á las exigencias de la rima, fué por

lo que Castellanos suprimió la *n* del vocablo *BoriNquen*. Lo contrario de lo que opina el Sr. Brau.

Después trae en corroboración las opiniones de Melgarejo, Pastrana y otros tantos que sólo pudieron copiar las palabras de los autores mencionados.

Asimismo nosotros podríamos presentar aquí una lista de autores que han escrito *Borinquen* copiándolo de Iñigo Abbad, tan extensa aquélla como las que D. Cayetano Coll y D. Salvador Brau insertan en sus respectivas obras.

Conque *¿cuál de las dos veces estuvo en lo cierto el doctor Chanca?*

Remitimos al lector á la *Segunda Parte* de esta obra.



SEGUNDA PARTE

(PARTE FILOLÓGICA)

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO. — Objeto que nos proponemos. — Método que vamos á seguir. — Las lenguas americanas. — Su grado de desarrollo. — Sus puntos de contacto. — Razón de nuestro método.

> La lengua es la primera manifestación de la actividad intelectual del hombre, el fundamento de todas sus demás actividades, y el más seguro indicio de que podemos servirnos para investigar el origen de las naciones y su mutuo parentesco. El estudio comparativo de los idiomas puede, pues, auxiliarnos en la tarea de inquirir las relaciones más ó menos íntimas de los pueblos en períodos remotos, á los cuales no alcanzan ni el recuerdo, ni la tradición, ni el mito..... Carlos Otfrido Müller. — *Historia de la Literatura Griega.* Tomo I, pág. 15.

El fin primordial que nos proponemos perseguir, al dar á luz esta segunda parte de nuestro trabajo, consiste en determinar el verdadero nombre indiano de la isla de Puerto Rico.

Cuando Cristóbal Colón, en su segundo viaje, llegó á la mencionada Antilla, la encontró poblada por indios que tenían su constitución social y un idioma más ó menos parecido á los demás que se hablaban en las diferentes regiones del continente americano.

El nombre que aquellos indios daban á su fértil país, ha sido causa de empeñadas controversias y de gran diversidad de opiniones. Mientras unos afirman que era *Borinquen*, aseguran otros que se dijo *Boriquén.* Hace más de dos siglos

que viene usándose la palabra *Borinquen* por todos los historiadores; pero recientemente han aparecido varias obras, cuyos autores suponen adulterado dicho vocablo y sostienen que era *Boriquén* el nombre indio de la *Pequeña Antilla.*

El objeto principal de esta segunda parte consiste, como dejamos expuesto, en hacer constar la equivocación en que incurren los partidarios de la palabra *Boriquén*, y en demostrar, al mismo tiempo, la pureza del vocablo *Borinquen*, que muchos suponen adulterado por el uso. Para ello aprovecharemos el auxilio que puedan prestarnos ciencias tan importantes como la Lingüística y la Filología comparada.

Estudiaremos las lenguas matrices del continente, particularmente aquellas que pudieron influir de un modo más directo en la formación de los idiomas antillanos, esto es, las habladas por los pueblos que con inmigraciones repetidas dieron origen á la raza indiana que poblaba todo el archipiélago; nos fijaremos después en el dialecto caribe, hablado en las Pequeñas Antillas (Islas Vírgenes y de Barlovento); y en el estudio de estos idiomas hallaremos las razones en que fundamos la opinión que sustentábamos en el cap. V de la *Primera Parte.*

Opinamos que el hombre, en sus primitivas evoluciones; en las obscuras edades, hasta las que apenas alcanza el estudio de la Paleontología; en los lejanos tiempos, que nos marca con indecisión la Protohistoria; en la remota época en que vivía en pleno salvajismo y en continua lucha corporal con las fieras; en aquellos tiempos, repetimos, el hombre no se diferenciaba de los animales superiores. Vivía á la intemperie, como aquéllos; carecía de facultades nobles, como aquéllos; y como los mismos, se hallaba desprovisto del lenguaje, de esa magnífica cualidad que lo eleva, lo engrandece, y le da la superioridad moral é intelectual que lo hace aparecer divino en el tumultuoso concurso de los seres, poderoso en la

lucha tenaz por la existencia, y acabado y perfecto en el sorprendente cuadro de la creación.

Mas los hombres, aunque salvajes, no podían ser inferiores á ninguna otra especie de animales. Tenemos que suponerlos iguales, por lo menos, á los animales más perfectos de la escala zoológica; debemos admitir en ellos, como en éstos, la facultad de comunicarse por medio de movimientos corporales. Los monos se comunican entre sí; Coudereau asegura que las aves también tienen su lenguaje; y nosotros vemos que muchos animales manifiestan exteriormente las diversas sensaciones de placer ó de dolor que experimentan. Del mismo modo el hombre, no inferior á ninguno de aquellos seres, debió poseer medios para expresar, si no sus pensamientos, al menos sus deseos, sus antojos y sus inclinaciones. Los movimientos corporales de manos, pies y cabeza, las miradas, las contracciones del rostro, los cambios de color, etc., fueron sin duda los primeros medios de que se pudo valer el hombre para ponerse en relación con sus semejantes. El lenguaje mímico, practicado hoy por muchos animales, usado todavía necesariamente por los sordomudos, como simple auxiliar por las personas pobres de locuacidad, y no despreciado por las más locuaces, dicho medio de expresión, elevado entonces á su grado más alto de agudeza, era el único de que podía disponer la especie humana en aquellos lejanos tiempos que permanecen envueltos en las tenebrosas obscuridades de la Prehistoria.

Pero el hombre no pudo menos que contemplar la naturaleza: tuvo que percibir el choque de las piedras, la caída de los árboles; tuvo que escuchar el murmullo de las fuentes, el roce de las hojas azotadas por el vendaval; debió deleitarse con el canto de las aves. Se sintió entonces emocionado, atraído por lo bello, enamorado de cuanto le rodeaba; y de esta emoción, de esta atracción y de este amor á la naturaleza nació el deseo de imitarla; y la imitó, profiriendo gritos, entonados cantos, y modulando los sonidos y notas que por doquier escuchaba.

Por consiguiente, las primeras palabras que articuló, los primeros sonidos que produjo, fueron puras onomatopeyas; no eran más que una imitación de los variados ruidos con que se acompañan los múltiples fenómenos de la naturaleza.

Estos sonidos onomatopéyicos, estas voces primitivas, debieron constar de una sola sílaba, de una sola emisión de aire pulmonar. De aquí que el monosilabismo haya sido la primera manifestación del lenguaje, y sea hoy la forma más imperfecta del mismo; de aqu íel que todos los idiomas, ora los aglutinantes del Nuevo y del Antiguo Mundo, ora los flexibles de los semitas y camitas, ora los más perfectos de Europa, tengan por precedente, siquiera sea en sus orígenes más remotos, una lengua monosilábica. Aunque los antiguos pobladores del archipiélago helénico no hayan pasado paulatinamente, como advierte algún filólogo alemán, desde los rudos acentos, desde los toscos monosílabos con que expresaban sus necesidades, hasta el lenguaje culto y sonoro que admiramos en las canciones de Alceo y en los magistrales *diálogos* de Platón, es decir, aunque la lengua griega haya sido rica desde su primer desenvolvimiento, esto no afirma nada en detrimento de la teoría que defendemos; porque si se examina el dialecto de los sedentarios pelasgos ó el de los nómadas lélegos — que fueron los dos pueblos que más intervinieron en la formación del griego—y se asciende en busca de la génesis más remota, se llegará indudablemente hasta un idioma desprovisto de las ricas flexiones áticas y exento de prefijos, sufijos y desinencias gramaticales, idioma francamente monosilábico, que habría de ser considerado como la lejana fuente de donde dimanó, en su primer período, la melodiosa lengua del fecundo Homero, del mordaz Demóstenes, y de la «coronada de violetas, pura, dulce y sonriente Safo.»

El monosilabismo, la aglutinación y la flexión constituyen los tres principales grados de desarrollo morfológico en que puede encontrarse un idioma cualquiera.

Entiéndese comúnmente por lenguas monosilábicas aque-

llas en las que una misma sílaba ó radical desempeña partes distintas de la oración, haciendo las veces de nombre, de verbo ó de partícula, según el significado que se le dé al pronunciarla, y según que se la coloque al principio, en medio ó al fin de la oración. Estas lenguas, por lo tanto, carecen de declinación y conjugación, y han sido calificadas como «la expresión más tosca del lenguaje articulado.»

Todos los idiomas han tenido que pasar por este primer estado de desenvolvimiento, en que careciendo de leyes morfológicas y sintáxicas, sólo eran colecciones, más ó menos ricas, más ó menos extensas, de sonidos onomatopéyicos.

«Se ha observado, dice un autor, que los monosílabos raíces están formados casi todos por las onomatopeyas, y que tanto en las lenguas indo-europeas como en las semíticas son iguales y tienen las mismas ó parecidas significaciones.»

«Es sorprendente, escribe un filólogo francés, que para expresar la acción material, el hombre primitivo, todavía tan simpático á la naturaleza, apenas separado de ella, haya tratado de imitarla y que la unidad del objeto haya por todas partes arrastrado la unidad de la imitación.»

En las lenguas aglutinantes nótase ya un grado más alto de desarrollo y perfeccionamiento. Las palabras no son monosilábicas; pero son conjuntos de raíces monosílabas que se incorporan por medio de accidentes gramaticales, desempeñando cada raíz un papel morfológico bien determinado. La unión de unos vocablos á otros se efectúa, en la declinación y conjugación, por medio de afijos conjuntivos ó puramente formativos. Existe, por lo tanto, en estos idiomas verdadera morfología, y la sintaxis aparece en ellos de una manera más complicada y con carácter completamente definido.

Cabe señalar distintos grupos en las lenguas aglutinantes, según que en las mismas predomine el polisintetismo ó las palabras se formen por simple incorporación de elementos radicales.

Por último, llámanse flexibles aquellos idiomas en los que

las raíces se valen de afijos temáticos y elementos que se les juntan para expresar toda clase de relaciones; en esta unión la raíz se modifica y los elementos de relación también se alteran profundamente. «Son estas lenguas el grado más alto que ha podido alcanzarse en el desarrollo de su organismo y la expresión más completa del pensamiento humano...»

Tan poco se han ocupado los filólogos en el estudio de las lenguas americanas antiguas, que todavía no están bien determinados los caracteres generales de aquellos idiomas.

La mayoría de los lingüistas los colocan en el grupo de los aglutinantes; pero no faltan quienes hayan calificado de flexibles á muchos dialectos de la América del Sur. Nosotros, por nuestra parte, sin decir que sean flexibles, sabemos, de ciertas lenguas de América, que tienden menos á la aglutinación que á la flexión; también hemos visto algunas que pueden muy bien incluirse en la serie de las monosilábicas. D. Francisco Pi y Margall dice que el idioma *quiché*, hablado en Centro-América, era monosilábico.

El Dr. Viscasillas, catedrático de lengua hebrea en la Universidad de Madrid, nombra las *lenguas americanas ó polisintéticas*, como si el polisintetismo fuese un carácter único y peculiar de los idiomas americanos y como si todos éstos poseyesen aquel carácter, siendo así que algunos del *Antiguo Mundo* también lo poseen y ocurriendo además que muchos del *Nuevo* carecen de él.

Las lenguas de América, desde la que hablaban los esquimales hasta la hablada todavía en la nación de los yapoos, todas necesariamente proceden del idioma primitivo llevado por los primeros pobladores, el cual se diversificaba continuamente conforme los pueblos iban invadiendo nuevos territorios. La América disfruta de todos los climas, éstos ejercen influencia sobre los idiomas, alterando los órganos orales de los individuos, y de ahí proviene la larga serie de lenguajes que se hablaban en dicho continente, cuyo número no ha sido precisado todavía, no habiendo faltado lingüistas que lo hayan fijado en más de ochocientos cincuenta.

El proceder de un mismo origen todos estos idiomas hace que sean numerosísimas las analogías que guardan entre sí. En cualquiera de ellos encontramos caracteres comunes á todos los demás.

De esta verdad nos podemos fácilmente convencer con sólo fijarnos en uno de los muchos pueblos que residieron en el antiguo mundo americano. Vemos, por ejemplo, buscando las causas de la formación de la lengua y del pueblo *caribe*, que los *galibes*, habitantes de la tierra firme, abandonaron el continente y fueron á fijar su asiento en muchas islas del archipiélago pobladas ya por los *arruacas* que, menos guerreros, no pudieron rechazar la invasión, mezclándose por fin ambas tribus y dando origen de este modo á la lengua y población de los *caribes*. En estas tres lenguas (*galibe*, *arruaca* y *caribe*) encontramos pronombres y otras muchas palabras idénticas ó por lo menos muy parecidas á vocablos de igual significación en los idiomas de los *chaymas* y de los *cumanagotos*.

Hemos obervado que esto acontece en casi todas las lenguas antiguas de América; por lo tanto, nos aventuramos á afirmar que el idioma de las Antillas procedió de la fusión de otras lenguas del continente, distintas entre sí porque distintos probablemente deben de haber sido los pueblos que con invasiones sucesivas dieron origen á la población indígena de aquellas islas. La isla de Puerto Rico, la de Cuba y las demás del archipiélago, dotadas de un suelo sumamente fértil, y situadas en el gran mediterráneo que baña las costas septentrionales de Colombia y Venezuela, tenían que ser el foco principal á donde acudían emigrantes de la América del Sur. De otro modo no es fácil explicar las analogías que las lenguas de Cuba, Puerto Rico, etc., guardaban con otras muchas del continente meridional. Un estudio comparativo de sus múltiples dialectos, nos hará ver enseguida las grandísimas analogías que se dan entre los mismos, por proceder todos de una misma matriz.

Los primeros habitantes de América, ya fuesen autóctonos,

ya se hubiesen transportado del Asia, como muchos creen, debieron tener su idioma, el idioma primitivo, monosilábico, onomatopéyico, imitación de los ruidos de la naturaleza. Pero estos primeros pobladores se multiplicaron, se dividieron y fueron á ocupar distintos territorios. Cada tribu vióse entonces precisada á nombrar los nuevos objetos que descubría en los países invadidos, y á olvidar los nombres de las cosas que luego dejaba de contemplar. Esto, por una parte, la diversidad de climas, por otra, y el contacto de unos pueblos con otros, además, fueron causas que contribuyeron eficacísimamente á la formación de los muchos dialectos y lenguas de todas clases que en inapeable número nos ofrece la América precolombiana. No de otro modo se explica la gran semejanza de voces que á cada paso encontramos entre unos idiomas y otros, sujetos á leyes fonéticas generales y casi las mismas para todos.

El dialecto *borinqueño*, lo mismo que el *taino* de los indios de Santo Domingo, era sumamente parecido á los hablados por los pueblos que habitaban en la Tierra firme. También se usaban en Borinquen muchas palabras del idioma *caribe* de las islas de Barlovento. Mayores son aún las analogías que se daban entre el *taino* de Santo Domingo y la lengua *borinqueña*.

Quien quiera convencerse de la verdad que sustentamos, no tiene más que fijarse en las pocas palabras que se conservan del antiguo dialecto *borinqueño*. Todas ellas se encuentran casi iguales y con idénticas significaciones en otros idiomas de América. Así la palabra *cabuya*, que todavía se usa en Puerto Rico con la significación de cuerda, se decía *caboya* en lengua *caribe*, y *cabúa* en la de los galibes; para expresar la idea de casa, los arruacos decían *buhú*, y los borinqueños *bohío;* para designar la idea de una piragua (embarcación pequeña), los borinqueños se valían del término *canoa*, los cumanagotos (NE. de Venezuela) decían *canagua*, y los caribes tenían dos palabras: *canaoa* y *ucunní*, según que hablasen hombres ó mujeres. Los vocablos borinqueños *caya*, isla,

acaera en lengua *caribe; hamaca*, lecho colgado, *hamaqua* en lengua *arruaca; guaní*, marido, *guaner* en lengua *chayma*, y otros muchos que pudiéramos mencionar, todos vienen en corroboración de nuestras opiniones. Y esta semejanza de voces se observa en la mayor parte de los idiomas de América. Así, la palabra *caona*, que en *taino* significaba oro, se decía *caonanán* en lengua *caribe*, y *cauanague* en la de los galibes; *hiorocán* decían los galibes, y *huracane* los indios de Cuba y Haití, cuando querían expresar el concepto de tempestad.

Grandes semejanzas existían también entre la lengua *azteca* y la *maya* ó *yucateca*, entre ésta y la *quiché*, y entre esta última y las demás de la América Central.

Los dialectos de la familia *caribe* tenían muchos puntos de contacto con el *guarani* y la infinidad de lenguas de la gran familia *tupí*.

Gran número de voces *quechúas* encuéntranse, con idénticas significaciones, en el idioma *chilidigú*, hablado por los indígenas de la actual República de Chile.

Tratando de inquirir las relaciones y similitudes que existían entre idiomas completamente desconocidos por la mayoría de los lingüistas, y fijándonos en la formación del plural, hemos observado que el vocablo cumanagota *huerich* (mujer) lo formaba añadiendo el sufijo *an* del siguiente modo: *huerich-an* ó *huerichán* (mujeres); en el idioma chayma, de *guarich* (mujer) se derivaba la voz *guarich-an* ó *guarichán* (mujeres); y el vocablo *piri* (esclavo) se transformaba en *pirián* (los esclavos); en galibe, de *ukli* (hombre) formóse el plural *ukli-an* ó *uklián* (hombres), y de *uli* (mujer) *uli-an* ó *ulián* (mujeres); en la lengua crichama, el vocablo *pichi* (pierna) cambiábase en *pichi-an* ó *pichián* (piernas); en el dialecto macusi, el término *eme* (brazo) se pluralizaba en *eme-an* ó *emeán* (brazos); y finalmente, en el caribe de las islas, la palabra *Wekeli* (hombre) se pluralizaba en *Wekeli-em* ó *Wekeliém* (hombres); *uli* (mujer) en *uliém* (mujeres); y *calinago* (caribe) en *calinagoium* ó *callinago-i-um* (caribes).

El verbo auxiliar *haber* ó *tener* aparece con forma parecida en unos cuantos idiomas y dialectos de la América del Sur. Compárense y examínense, si no, las siguientes frases:

Lengua guarani: *A* — rekó, *hetá mbaé*, yo *tengo* muchos bienes.

Dialecto albañeme: *Mbaé pa nde re* — rekó, ¿qué *tienes* tú?

Idioma austral: *O ge* rekó, él posee, *tiene*.

Dialecto Magalhaes: *X* — *a* — rekó *ne miape*, yo *tengo* tu pan.

Lengua barbosa: *U*—rikó *t'aira*, él *tiene* hijos; también solía decirse: *O* — rikú *t'aira*. En todos estos ejemplos se observa el verbo *ikó*, tener, con la particula *ro* prefijada con pérdida de la vocal.

La lengua de los indios *misskitos*, comúnmente llamados *mosquitos*, dice Lucien Adam, «n'est apparentée de près ou de loin à aucune des langues américaines connues.» Sin embargo, algunas analogías se dan entre ella y las habladas por los pueblos de las comarcas convecinas.

Hemos visto las poquísimas diferencias que median, entre los idiomas de América, acerca de la formación del plural; hemos observado el verbo auxiliar *haber* ó *tener* expresado de modo semejante en unas cuantas lenguas; y ahora, continuando nuestras investigaciones, nos fijaremos en el pronombre personal de primera persona, el cual hállase expresado casi de la misma manera en los siguientes idiomas:

Idioma	mepure.	— Nu	*nava*,	Yo veo.
»	moxo.	— Nu	*hapanu*,	Yo compadezco.
»	baniva.	— Nu	*puriuta*,	Yo pienso.
»	baure.	— Ni	*ishemo*,	Yo me levanto.
»	manao.	— Na	*teka*,	Yo orino.
»	maroha.	— Na	*taka*,	Yo orino.
»	uenuma.	— Nu	*ahmapa*,	Yo escucho.
»	»	— No	*iraka*,	Yo bebo.

Idioma cariay. — Nu *rukua*, Yo bebo.
» arecú. — Ne *yeka*, Yo escucho.

Otros muchos idiomas podríamos mencionar, y en todos se encuentra igualmente expresado el pronombre personal de la primera persona, salvas pequeñísimas alteraciones de vocal.

No hay más que comparar los vocabularios de las lenguas piapoca, cauira, baré, baniva, piaroa, guahiba, yaroura, otomaca, guarouna, cariniaca, y los de los dialectos puinavi, yativera y barré, para quedar uno sorprendido por las continuas analogías de palabras que se ven á cada paso.

D. Arístides Rojas dice que los cumanagotos llaman la *exhálación* ó *estrella cadente,* Luz que corre; y los guaraníes la llaman *tata-bebé*, que quiere decir Fuego que vuela.

La raíz *gua*, según el mismo autor, se encuentra en muchos idiomas de América, y en casi todos se presenta con significación parecida.

El filólogo Uricoechea, en su prólogo á la *Gramática Goajira* escrita por D. R. Celedón, establece una comparación entre el goajiro y otros idiomas de la América Meridional, y, tanto en la formación de los grados de comparación como en las terminaciones del plural y en las formas pronominales y verbales, observa muchísimos puntos de contacto.

D. Francisco Fernández y González, catedrático de la Universidad de Madrid, no sólo señala las grandes semejanzas que guardaban entre sí los idiomas de la América del Norte, del Centro y del Sur, sino que también los compara con las lenguas aryas y semitas, descubriendo, entre aquéllos y éstas, sorprendentes relaciones.

Las partículas *in*, *ini*, *ni* las encontramos en muchos idiomas del Nuevo Mundo, significando siempre la idea de descanso, reposo, ociosidad.

D. Antonio Magio, en su *Arte de la lengua de los indios Mojos*, escribe: «*Ini*, esta partícula se pospone á nombres de gente ó animales, y significa «que ya murieron», v. g.: *Pe-*

droini, Pedro difunto; *Mariaini*, María difunta; *vacaini*, vaca muerta, etc.». D. Francisco de Asís, refiriéndose al mismo sufijo, dice: «Esta partícula pospuesta á nombres de racionales denota que están muertos, v. g.: *niaini*, mi padre difunto; *nequicaini*, mi tío difunto; *nocaini*, mi tía difunta; *netaini*, mi hermana difunta; *nipirini*, mi hermano difunto; *niayaini*, mi hermano difunto, dice la mujer, etc.». Finalmente, en el *Vocabulario Castellano-Páez* por D. E. Uricoechea, leemos: «*In*, cercado, corral; estar ocioso, v. g. *in cha opt*, estoi ocioso...» Y así en otras muchas lenguas.

El misionero Cristóbal de Acuña, refiriendo su viaje de descubrimientos á lo largo del gran río de las Amazonas, hace la siguiente relación: «Todo este nuevo mundo, llamémosle así, está habitado de bárbaros de distintas provincias y Naciones, de las que puedo dar fé, nombrándolas con sus nombres, y señalándolas sus sitios, unas de vista, y otras por informaciones de los indios que en ellas auian estado, pasan de ciento y cincuenta, todas de lenguas diferentes....» Y sin embargo, el citado Acuña dice también que los indios que llevaba á bordo se entendían con todos los que encontraba de paso por las mencionadas poblaciones.

Con cuanto llevamos expuesto queda plenamente justificado el método que vamos á seguir para demostrar que el vocablo *Borinquen* es el verdaderamente indiano; porque la semejanza de unos y otros idiomas prueba que todos proceden de una misma matriz, como decíamos, y esta consideración es la que nos lleva á creer que el estudio de las lenguas matrices del Continente ha de sernos muy útil para esclarecer el punto de que vamos á tratar en esta *Segunda Parte*.

CAPÍTULO II

SUMARIO.—La palabra *Borinquen.*— Sus raíces. — Las investigaciones del Dr. Coll y Toste.—Crítica de las mismas. — Verdaderos principios de que parte dicho autor. — Imperfección que se nota en las indicadas investigaciones. — El polisintetismo de los idiomas. — Opinión de Mr. Duponceau.—Conclusión.

El vocablo *Borinquen* se descompone ó puede descomponerse en los siguientes elementos:

Bo-ri-n-que-n.

La primera raíz, *bo*, expresa la idea general de *hombre, señor*, como puede verse en las palabras *bohío* (casa del señor), *Boroioan* ó *Bo-ro-io-an* (el señor que destruye las casas), etc.; la segunda raíz, *ri*, designa el concepto absoluto de *valor, fuerza*, con cuyo significado entra en la formación de muchos vocablos; la tercera sílaba, *que*, equivale á *tierra, región, país*, etc. El afijo *n*, colocado entre la dicción compuesta *Bori* (valiente señor) y la simple *que* (tierra), establece entre las mismas una relación de posesión, y la *n* final (corrupción de *an)* pluraliza la significación del vocablo. Así, pues, resulta que la palabra *Borinquen* significa: «tierras de los valientes señores» ó «tierras de los fuertes hombres», «calificativo justificado; pues, aunque los boriqueños (borinqueños) no constituían un pueblo belicoso, ni tenían necesidad para subsistir de hacer la guerra á sus conveci-

nos, es fama que se mostraron siempre muy valerosos en la defensa de su país contra las invasionas y depredaciones de los isleños de Barlovento, sus encarnizados enemigos.»

Al Dr. Coll y Toste pertenece la gloria de haber encontrado el primero las tres raíces mencionadas en que se descompone la palabra *Borinquen*. Lamentable es que sus investigaciones no hayan sido mejor terminadas, esto es, con el acierto y cuidado que hacía presuponer la envidiable erudición con que fueron comenzadas. El doctor parte de principios ciertos, analizando con sumo esmero las raíces; pero luego, al componerlas, no las enlaza y armoniza con sujeción á las leyes morfológicas que presidían en la formación de casi todas las palabras indo-americanas y de la mayor parte de las indo-antillanas. Sin embargo, la obra de Coll y Toste es digna del mayor aplauso; nosotros no hacemos más que trabajar con los materiales reunidos por él. Es ley humana que unos comiencen una obra y otros la terminen, porque el trabajo de los primeros siempre es imperfecto, siempre deja algo que desear. Constantemente se ve á un hombre sabio hacer hoy un invento, y aparecer luego otro que sin ser sabio lo perfecciona. Pero el verdadero dueño de la gloria es el primero; el segundo no es más que un estudioso que trabaja sobre bases ya sentadas. La lábor del Dr. Coll es la del filólogo; nosotros somos los obreros que vamos á trabajar con materiales ya dispuestos; nosotros, en fin, vamos á terminar la obra del doctor.

¿Qué significa Boriquen?—se pregunta el filólogo citado (1), y escribe:

«No existe nada en la naturaleza que tenga más vida que las palabras, y para llegar á poseer tal vitalidad ha debido el lenguaje estar en un estado de fluctuación ó indecisión hasta llegar á constituir un verdadero organismo. Hoy podemos admirar la diversidad que hay, en el modo de expresarse por medio de las palabras, entre unos y otros pueblos;

---

(1) Coll y Toste (D. Cayetano). — *Colón en Puerto Rico*, página 128; edición hecha en Puerto Rico, 1894.

pero con un detenido examen se pueden señalar los jalones de una marcha evolutiva, llegando hasta encontrar las tres grandes divisiones del lenguaje: monosilabismo, aglutinación y flexión.

»Los sabios están unánimes en admitir que la construcción del lenguaje ha principiado por la génesis de las raíces. Dice Max Muller (1): «Si el sánscrito, el hebreo ó el griego no »hubiesen atravesado la aglutinación ó capa aglutinativa, si »no hubieran atravesado un período como el chino, aislado »ó monosilábico, su forma actual sería un milagro.» El monosilabismo, pues, ha sido el primer medio que los hombres han tenido para comunicarse sus afectos, sus necesidades y sus ideas, prescindiendo de la mímica y de la onomatopeya; de aquí han pasado por una evolución secular de grados diferentes á la aglutinación; y por fin, han alcanzado algunos pueblos por medio de la compenetración y las tendencias flexivas, la forma más perfecta del lenguaje.

»Es, por lo tanto, una cosa reconocida en el progreso de la lingüística, que la raíz ha tenido que existir por sí misma antes de llegar á la aglutinación y á la flexión.

»En el estudio de las raíces de las lenguas indo-jaféticas es un auxiliar poderosísimo el zend y el sánscrito, manantiales fecundos donde el investigador filólogo sacia la sed que le devora; pues no conforme la Filología con darnos á conocer el hebreo, el griego y el latín, asciende en busca de progenie más antigua. Las investigaciones interesantísimas de Grimm sobre las lenguas germánicas, y los trabajos de Bott y otros filólogos sobre las lenguas indo-europeas constituyen la escala de Jacob para la Filología comparada, pudiendo considerar esos estudios como fuente regeneradora de la Historia antigua (2). Pero en las investigaciones del lenguaje

---

(1) Max Muller.—*La Stratification du langage.* Nota del doctor Coll; *N. de C.* pondremos en adelante.

(2) «Mr. Julien Vinson, profesor de la escuela de lenguas orientales vivas de París, ha sostenido con brillantes datos que «el oeste »y el norte de Europa fueron poblados en los tiempos prehistóri»cos por razas que hablaban lenguas que se refieren al tipo éus»karo.» Y el filólogo E. Sánchez Calvo explica todo el origen etimológico de los nombres de los dioses de la Mitología por medio de estas dos palabras claves: *han* y *ber*. Aquélla onomatopeya de la espiración, y ésta del hervor del agua, cuyo fenómeno al observarlo por vez primera la familia salvaje y contemplar atónita, que del fondo de la vasija llena de agua y aproximada al fuego salía, al poco rato, un rumor, y luego un ruido creciente, se aproximarían todos á admirar la nube de vapor y la multitud de burbujas, agitándose y estallando. En el agua hirviente, que murmuraba *ber*, *ber*, *ber*, *ber*, creerían, los primeros que la observaron, que había un ser animado, un espíritu en movimiento.» *(N. de C.)*

indo-antillano, todo es tinieblas; no nos queda un dialecto siquiera que pueda servir de apoyo para verificar nuestros estudios; únicamente, palabras sueltas, ya designando un árbol, una comarca ó un río, ya el nombre de un cacique, ya alguna que otra palabra recogida por los cronistas de la época de la colonización.

»Estas palabras, que quedan al azar en la roca, en el arbusto y en el cronicón, son aún verdaderas margaritas. Las hemos recogido con asiduidad, no para reconstruir un lenguaje, lo cual es imposible, sino para propia satisfacción en nuestros estudios filológicos; tratando de averiguar sus raíces, sus temas y desinencias para fijar sus etimologías, porque el estudio de los elementos de una voz es el estudio de la formación de la palabra. Y como dice muy bien el docto catedrático del Instituto D. Enrique Alvarez y Pérez en la Gramática española que está editando (1): «El filólogo, como »el naturalista, analiza los distintos elementos que constitu- »yen el organismo de la palabra, estudia las diversas fases »que presenta en su desenvolvimiento, y compara las ana- »logías y diferencias que tiene con otras del mismo idioma ó »de los congéneres.»

»En la carta de Cristóbal Colón, escrita en el mar cuando regresaba del primer viaje, y enviada desde Lisboa, en Marzo de 1493, á Barcelona, donde se encontraban los Reyes Católicos (2), se lee:

«En todas estas islas non vide mucha diversidad en la fe- »chura de la gente, nin en las costumbres, nin en la lengua, »salvo que todos se entienden que es cosa muy singular.»

»Dice el Almirante en su Diario de navegación:

«*Lunes 12 de Noviembre.*—... y también estas mujeres mu- »cho enseñarían á los nuestros su lengua, la cual es toda una »en todas estas islas de India y todos se entienden y todos las »andan en sus almadías.»

La onomatopeya *ber* ó *bor*, *bor*, *bor*, tan abundante en los idiomas asiáticos y europeos, se encuentra también en muchas lenguas de América. En la «Tabla alfabética de raíces (ó temas primarios) de la lengua Chiquita», escrita por un misionero, leemos: «*Bor, bori,* bullir, estar en movimiento: se compone con cualquiera parte del cuerpo, principalmente en sentido de ser golpeado.» En el idioma Páez encontramos la palabra *bere* significando *arder*, y con análogo sentido se encuentra, más ó menos desfigurada, en otras muchas lenguas.

(1) E. Alvarez Pérez. — *Gramática filosófica é histórica-comparativa de la lengua castellana, 1893. (N. de C.)*

(2) Tomada de la edición que se hizo en Viena en la *Tipografía Imperial de la Corte,* 1868. *(N. de C.)*

»Además de un lenguaje indo-antillano, conocido en todo el archipiélago (1), ocupado por indios procedentes de la Florida (*), había sus dialectos en algunas islas (2), nacidos de la peregrinación de las palabras y de la evolución en el continuo fermento en que se hallaban, principalmente en un idioma como el indo-antillano, que no había llegado á la cristalización fonetica (3).

---

(1) «Había una lengua general en todas las islas, excepción hecha de las islas ocupadas por los Caribes, que constituían otra raza con otros usos y costumbres. Colón tomó en San Salvador varios aborígenes y los retuvo para que le sirvieran de intérpretes. Estos se entendieron perfectamente con los naturales de la 2.ª, 3.ª y 4.ª isla. En Cuba el polígiota Luis de Torres, en unión de Rodrigo de Jerez, llevaron una embajada al Cacique, y creyéndose que habían llegado ál reino del gran Kan, le hablaron primero en hebreo, después en caldeo y por último en árabe, teniendo que apelar al intérprete de Guanahaní para que los asombrados siboneyes les entendieran. Por fin, pasan á Haití, donde entran en fácil y amistosa correspondencia con los aborígenes, anotando el Almirante en Diciembre 22. —:« .. tienen alguna diversidad de »vocablos en nombres de cosas.» *(N. de C.)*

(*) Los estudios filológicos actuales tienden á confirmar la opinión de que los pueblos antillanos no procedían de la Florida, sino de la América del Sur. «A l'appui de cette assertion—dice Lucien Adam—j'ajouterai que, sur 41 mots du taino ou ancienne langue de Cuba qu'il m'a été possible d'identifier, 18 appartiennent au parler des femmes caraïbes, 8 à l'arrouague, 13 soit au galibi, soit au parler des hommes, 3 au cumanagota et au chayma.» Todas estas lenguas eran de la América del Sur.

(2) «Las Casas reconoció en Haití, además de la lengua general, tres dialectos. En Jamayca se hablaba la lengua general de Cuba y Haití. Refiere Bernal Díaz del Castillo, que al desembarcar con Juan de Grijalva en la isla de Cozumel «vino una india moza, »de buen parecer, e comenzó á hablar la lengua de la isla de Ja- »maica... y como muchos de nuestros soldados é yo entendimos »muy bien aquella lengua, que es la de Cuba, nos admiramos y le »preguntamos como estaba allí;» y resultó que el naufragio de una canoa de pescadores de Jamayca la llevó á la isla de Cozumel.» *(N. de C.)*

(3) «El P. Nazario opina que los indios de Puerto Rico, á quienes él llama Carib, tenían una escritura más perfecta que la de México y el Perú.—No es posible comparar el lenguaje indo-antillano, correspondiente á tribus, que estaban en la edad de la piedra pulimentada, y cuyo mayor desarrollo de cultura tuvieran en la Española en la corte del régulo *Bohechio*, á unas lenguas como la azteca é inca, que tenían ya su escritura entre ideográfica y jeroglífica, y correspondientes á imperios con una civilización análoga á la asiria y caldea. — Fr. Román Pane, eremita de la Orden de San Gerónimo, escribiendo sobre los *haitianos*, dice: «... pero »como los indios no tienen escritura, ni letras, no pueden dar »buena razon del modo que han sabido esto (su origen) de sus an-

»Algunos hay que opinan que la lengua *Maya*, ó primitiva del Yucatán, tuviese sus afinidades con la que se hablara en Cuba, especialmente en la parte occidental de la isla, tan cercana á la península yucateca. Indudablemente había diferencia de dialecto en la región del Oeste de Cuba; pues el intérprete Diego, que acompañaba á Colón, cuando viajaba cerca de *Batabanó* ó *Mayabeque*, no fué comprendido de los indígenas, y sí por los indios de Vueltarriba. Pero el lenguaje *Siboney*, ó de los indios de Cuba, era un dialecto con ligeras diferencias de la lengua general indo-antillana.

»Ahora bien, ciñéndonos á la palabra *Boriquén*, cuya etimología queremos estudiar, tenemos, que existen en ese vocablo tres raíces aglutinadas: *bo-ri-quen*.

»La inicial *Bo* (1) equivale á *Grande*, Señor (2). Y la encontramos con este valor en las palabras indianas:

»tepasados, y así no conforman en lo que cuentan, ni aun se puede »escribir con orden lo que refieren.»— En cambio, los mexicanos, fabricaban papel con los filamentos de las hojas del maguey, el cual machacaban en agua, y extraída la fibra, la unían por capas, como las hojas del *xiperus* de Egipto. Y el arte de transmitir los hechos, por medio de las pinturas jeroglíficas en este papel, y en pergamino ó lienzo, existía en el Anáhuac antes de la llegada de los Aztecas. El mismo Cortés tuvo ocasión de apreciar estos trabajos: habiendo dicho á Moctezuma le indicase sobre la costa oriental un buen fondeadero para sus buques, mandó Moctezuma al momento se le trajese el mapa de toda la costa, desde el punto en donde hoy se eleva Veracruz hasta el río Guazacalco. Los incas usaron los *quipos* ó cordones gruesos como nudos, de los cuales pendían cordoncillos de diversos tamaños y colores, y de ellos se valieron para contar el tiempo y las cosas. El blanco significaba la guerra; el amarillo, el oro, etc.» *(N. de C.)*

(1) «La radical *bo, grande, señor*, está en contraposición, en el lenguaje indo-antillano, con la radical *bi, pequeño;* por ejemplo, *bibijagua*, especie de hormiga; *bija*, la semilla del achiote, de la cual hacía el indio una pasta para untarse la piel y defenderla de la picada de los mosquitos; *bijirita*, pajarito de Cuba; *bieque*, tierra pequeña; *biminí*, pequeño lugar de agua, etc.— No debe confundirse la radical *bo* con el sufijo *abón*, que lo encontramos en la terminación de muchos nombres de ríos, como Cayrabón, Manatuabón, Mucarabón, Taynabón y Usabón en Puerto Rico, y Daynabón, Ynabón, Macabón, Quiabón y otros en Santo Domingo. Algunos nombres de ríos han perdido la final *n*, como Gurabo y Guaorabo por Guarabón; Guanajibo por Guanajiabón, y otros han sufrido mayor evolución, como Bayamón por Guayabón, etc.» *(N. de C.)*

(2) En asirio, señor es *belu*, en hebreo *ba'al*, en árabe *ba'l*. En persa, jefe es *bari;* en celta, *bren;* en galo, *brenno;* en bretón, *brenin;* en irlandés, *barn;* y en anglo-sajón, *bearn*. Derivados de la raíz *ber*, cuya forma arcaica se conserva mejor en el éuskaro *bero*, que significa calor. «Dos palabras iguales al principio, via-

«*Caona-bo.* — Señor del oro. Llamado así este régulo por hallarse en su cacicazgo las minas auríferas del Cibao.
Bo-hechio. — Señor del gran territorio. Nombre asignado al anciano cacique de Jaragua.
Bo-jío. — Territorio del señor. Denominación adjudicada á la parte septentrional de Santo Domingo. También tenía este nombre el rancho donde se guarecía el indio con su familia. Por antonomasia, la propiedad de un hombre jefe. (?)
Bo-yá. — Gran lugar en el cacicazgo de Higüey.
Bo-cú. — Gran río de Santo Domingo.
Bo-hití. — El sacerdote entre los haitianos.
Bo-niata. — Comida del señor.
Bo-siba. — Piedra grande.
Jo-bo-baba. — Cueva del Señor. Los indios suponían que de esta gruta habían salido el Sol y la Luna. Radicaba en tierras del cacique Maniatibex.
Bo-nao. — Lugar montañoso del señor. Valle montañoso de Santo Domingo, donde Roldán y Riquelme se alzaron en armas contra el Almirante.
Jo-bo. — Gran árbol. Los indios referían á Fray Román Pane, que habiendo ido unos hombres á pescar les cogió el sol y les convirtió en jobos; explicando de este modo la formación de los árboles.
Bo-ini-ael. — El hijo del señor del agua. Este era el nombre de un zemi de piedra, al cual tenían los indios en Haití gran veneración, y cuando no llovía iban á visitarle. (Fray Román Pane).
Na-bo-rí. — Cosa del valiente señor. Llevando la idea de *siervo*, porque el primer indio que reconoció al Dios de los cristianos, según refiere Fray Román Pane, dijo al morir: *Dios naborí dacha*, que quiere decir *yo soy siervo de Dios*.»

Repetidas observaciones hemos hecho, no precisamente en lenguas antillanas sino en otras muchas del continente, que confirman el anterior estudio de Coll y Toste.

La raíz *bo*, como este autor dice, expresa la idea general de *hombre, señor.*

En un vocabulario de la lengua hablada al SE. de Bolivia, conservado por Orbigny, leemos:

»jando luego cada una con su tribu, adquieren tan disfrazadas »formas que es difícil reconocerlas por más que guarden siempre »su raíz». *(N. de C.)*

«*Bo-uruzi-s*, camiseta del indio, y no de la india.

Bo-uxi-s, flauta ordinaria de caña, clarín, miembro genital del varón.»

El autor de la *Tabla alfabética de raíces* publicada recientemente por MM. L. Adam y V. Henry, tratando de las raíces de la lengua Chiquita, escribe: «*Bai*, ancho, grande, alto, etc.: compone con *aus, cuu, qui, ta;* compone también con las partes del cuerpo.»

En el idioma Kóggaba, encontramos la palabra *Bo-iadzé*, significando *vivo, hombre vivo.*

En la lengua Mosquito, la palabra *von* equivale á *hombre, señor.*

La raíz *bo*, finalmente, entra en la conjugación en algunas lenguas americanas, posponiéndose al verbo y dando á la oración forma reflexiva. Los indios moxos, por ejemplo, decían: *nabeco*, hablo, y *nabeco-bo* (también *nabecobobo*), yo me hablo á mí mismo; *nicoperoroco*, engaño, y *nicoperoroco-bo* (también *nicoperorocobobo)*, yo me engaño á mí mismo.

Queda, pues, confirmada la opinión de que la radical *bo*, más ó menos alterada, expresa en casi todas las lenguas las ideas de *grande, señor, hombre, persona*, etc.

«La sílaba intermedia *rí*, de Boriquén—prosigue el doctor Coll y Toste—entraña el concepto de *valor* guerrero, así como la idea de *fuerte.* Y la encontramos en los vocablos:

«*Ca-ri-be.* — Nombre aplicado á los belicosos indios de Barlovento.

In-ri-rí. — Según Fray Román Pane, los indios daban este nombre al pájaro carpintero. Por onomatopeya llamaron así á esta ave, por el ruído *rí, rí*, que produce al horadar los árboles. Los carpinteros son pájaros valientes; su pico es una verdadera lezna; sufre los tiros repetidos del cazador, y caído picotea la mano que va á cogerle.

Baha-rí. —Tratamiento á los nitainos, equivalente á Señoría.

Guacanaga-ri. — El cacique adicto á los españoles.

Gua-ri-onex. — Nombre de un cacique de Haití y de otro de Boriquén. Entrambos muy belicosos.

Ju-ri-can. — Por evolución, huracán. *Ju*, viento; *ri*, fuerte; y *can*, grande. Viento fuerte y grande. (?)

Cana-rí. — Vasijas de barro. Los indios usaban los calabazos de higüera para guardar líquidos; pero á estas vasijas por ser más fuertes les daban esta denominación.
A-rí-juna. — Extranjero. *A*, evolución de *gua*, el; *rí*, valiente; *ju*, viento; *na*, lugar. El valiente del lugar del viento. Refiriéndose á los indios de Barlovento, ó del Este, de donde sopla siempre el viento alisio.
Cu-ri-can. — El actual vocablo *currican*. Cordel largo y fuerte para pescar.
Gua-ri-co. — Fuerte porción de tierra, ó punta, que en Haití y en Cuba penetra en el mar.
Jumi-rí. — Fuerte árbol resinoso. (Hedwigia balsamífera). El tabonuco.»

Los elementos radicales *ra, re, ri, ro, ru*, son puras onomatopeyas, de las cuales no se escapan los idiomas más perfectos; frecuentes en todas aquellas voces que significan: *rasgar, rayo, irritar, rumpere, romper, destruir, trueno, rencor, reñir*, etc., etc., entrañando la idea de fuerza, poder, valor.

Es de advertir la abundancia que se nota de dichas raíces en casi todas las antiguas lenguas de América; y en palabras antillanas, como *Boroiodn, huracán*, etc., suelen presentarse con muchísima frecuencia.

«La final *quen* (1), de Boriquén—añade el Sr. Coll—implica idea íntima ó de relación con la *tierra*, según lo prueban las palabras:

Jeni-quen. — Especie de pita ó agave, que abarca mucho terreno en su desarrollo.
Atebeane-quen. — Frase con que, al decir de Oviedo, se denominaba á la india que se *enterraba* viva con el cadáver de su marido.
Bie-que. — Tierra pequeña. La actual isla de Viéquez.
Babe-que. — La isla Grande Inagua. (?)
Bajara-que. — El bohío que ocupaba mucha extensión de *terreno*.
Si-que-o. — Evolucionado en Cicheo, y en el actual Desecheo. La isleta al oeste de Puerto Rico. (?)
Ya-que. — Gran río que recorre toda la longitud de la *Tierra* de la Vega Real de Santo Domingo.

(1) «La *n* entraña plural de *que*.» *(N. de C.)*

Baili-que-rí. — Punta de *tierra* en la isla de Cuba, que hace una *fuerte* entrada en el mar. Hoy se llama punta *Maisí.*

Guamí-que-ní. — Tratamiento que daban los indios á Cristóbal Colón, y que equivale á *dueño de tierra y agua.*» (1)

Continuando el estudio del doctor Coll, diremos que la radical *que*, significando *tierra,* es la onomatopeya que más abunda en toda clase de idiomas; no hay ninguno que se halle libre del citado monosílabo, cuya pronunciación se asemeja al ruido que produce el choque de las piedras, al producido por el recio caminar de ciertos animales, ó al chasquido con que se acompaña la quebradura de las ramas en los árboles á causa de la falta de humedad.

La silaba *que* (tierra) no sólo interviene en la formación de palabras antillanas—como *Quisqueio* ó *quis-que-io* (nombre que se daba á una comarca de Santo Domingo), *quiriquitana* ó *qui-ri-qui-tana* (país), las indicadas por Coll y Toste y otras muchas,—sino que además la encontramos como elemento radical principalísimo en muchos vocablos de lenguas propias de las regiones más apartadas del continente; y casi siempre se presenta con la vocal *e* debilitada en *i.*

En un vocabulario del idioma Chiquito, leemos:

«*Qui-s* (quü-s), tierra; *izü*, etc. *Iquitu*, en la tierra. *Quy-too-s*, polvo de la tierra. *Quü-uzo-s*, arena. *Quü-zaapa-s*, paisano, compatriota. *Quü-chore-z*, frijoles, porotos (nb. genérico); *izichore*, *aquich*, etc. *Quü-pore-z*, especie de tortuga. *Qui-çape-o*, ser rajada la tierra y levantada.»

En la lengua Chibcha, el vocablo *fusquy*, ó *fus-quy*, significa *tierra, polvo;* y la palabra *quica*, ó *qui-ca*, expresa la idea de *tierra, patria*, *región.*

El filólogo Uricoechea, en su «Vocabulario castellano-paez», escribe:

«*Quigue*, tierra, v. g.: *qui gue yoneth cau*, nos hemos de

(1) «Los indígenas llamaban á sus ídolos *Cemí*, evolución de *Guamí*, equivalente á *el que manda, el dueño.*» *(N. de C.)*

convertir en tierra. *Quiguen yo mi peincá quigue yoneng*, acuérdate, hombre, que eres polvo y que en polvo te has de convertir. Este nombre *quigue*, con la preposición *te*, en, pospuesta significa la patria, v. g.: *anqui quiguete*, en mi patria ó en mi tierra. *Pedro quiguete*, en la patria de Pedro; pero si se dice *Pedro quigue*, sin la dicha preposición, es apellido de Pedro.»

«*Quiguein*, en todo el ámbito de la tierra; el mundo, v. g., *Dios ipequi onsnas quia oneñi pecach mau quipás quigue anch onstau naté nagnuei, quiashañi panen pujue petaxs gnuemen; ana qui-gue pembá coth quipá; vite guéico qui-gue omguechanas vite santísima vilgen Mallía quiái neshi, etc.*: en su eternidad Dios puede haber criado millares de mundos sin noticia unos de otros, como podrá después de éstos otros tantos i más. Pero no ha criado ni criará otro igual ni mejor criatura que la Santísima virgen María, madre suya, etc...»

«*Quiguey ace*, el appellido, el cual no heredan de sus padres sino que le toman del lugar, cerro, montaña, quebrada, ladera, pajas ú hojas sobre que nacen, ó del tiempo que á la sazon hace ó de otra cualquiera cosa que viene á la imajinacion de la madre, que es quien pone los appellidos. Si le pone al niño *Táquiene*, así se llamará hasta entrar en la pubertad; desde entonces hasta entrar en la vejez se llamará Taqui-tee; esto cuando no cambian el appellido por otro diferente...»

En el mismo idioma encontramos la palabra *quipe* ó *qui-pe*, que á no dudarlo significa que una cosa está inclinada hacia la *tierra*, v. g.: *geclá quipe a*, gacha es la res, esto es, tiene las orejas inclinadas hacia la *tierra*. También existe el vocablo *qui-ta-a*, basura.

Los indios campas llamaban *quenichi* ó *que-n-ichi* (de *que*, tierra; *ichi*, gusano) al gusano de la *tierra;* los mismos indios denominaban *quipachi* al suelo.

En la lengua tarasca, *qua-qua* significaba la cabaña que hacían los indios en el bosque, en la montaña, en la *tierra*.

La partícula *qui*, en el idioma Baure, significa «adentro de

casa ó otro continente grande ó pequeño, rincones, recodos y entradas de pampas, adentro de montes, chacras y cosas semejantes.»

En otros idiomas sucede que á la gutural fuerte *q* sustituye la gutural suave *g*. *Guinúi* ó *gui-núi*, tierra, suelo, en el dialecto Koggaba; *iegui* ó *ie-gui*, tierra, terreno, en el idioma de los Chibchas; y en lengua griega, *gue* (tierra) en vez de *que*, son los principales ejemplos del caso que acabamos de mencionar.

«De las tres raíces que forman la palabra *Boriquén*—resume D. C. Coll y Toste,—la inicial *Bo* significa señor, como puede verse en *Caona-bo* (señor del oro), llamado así por hallarse en su residencia las minas auríferas del Sibao; en *Bo-hechio* (señor de gran territorio), nombre asignado al anciano cacique de Jaragua, y en *Bo-jío* (territorio del señor), denominación adjudicada á la parte septentrional de Santo Domingo. La intermedia *ri* entraña concepto de valor guerrero, y se encuentra en *Caribe* (corrupción de *guaribo)*, nombre aplicado á los belicosos indios de Barlovento. La final *quen (que)*, implica idea íntima ó de relaciones con la tierra, según lo prueban la palabra *jeni-quen*, especie de pita ó agave que abarca mucho terreno en su desarrollo, y la frase *atebeane ne-quen* con que, al decir de Oviedo, se denominaba á la india que se enterraba viva con el cadáver de su marido.»

«De modo que *Boriquén*—concluye el doctor Coll—puede traducirse por *tierras del valiente señor*, calificativo justificado; pues, aunque los boriqueños no constituían un pueblo belicoso, ni tenían necesidad para subsistir de hacer la guerra á sus convecinos, es fama que se mostraron siempre muy valerosos en la defensa de su país contra las invasiones y depredaciones de los isleños de Barlovento, sus encarnizados enemigos. A Cuba la conquistó Velázquez sin pérdida de un solo hombre; Juan de Esquivel se adueñó de Jamayca sin sacrificio alguno, y respecto al *valor* de los boriqueños, comparándolos con los haitianos, dice Oviedo: «En la manera de la gente, no difieren en cosa alguna de lo que tengo dicho de la isla Española, excepto que estos indios de *Sanct Johan*, eran flecheros é mas hombres de guerra; pero assí andan desnudos é son de la misma color y estatura».»

Llegamos por fin al punto en que tenemos que manifestarnos desacordes con el doctor Coll y Toste.

No es posible que las tres raíces *bo*, *ri* y *que* se incorporen

del sencillo modo con que dicho escritor las reune, sin partículas que las enlacen, sin desinencias casuales y sin ningún afijo que establezca una relación gramatical entre las mismas.

Entre la palabra compuesta *Bori*, valiente señor, y la simple *que*, tierra, no puede menos que existir algún signo para indicar que la *tierra* pertenece al *valiente señor*, que la sílaba *que* (tierra) expresa la cosa poseída, y que el vocablo *Bori* (valiente señor) es genitivo y representa el sujeto de la posesión.

Los idiomas y dialectos antillanos no pertenecían á la categoría de los incorporantes. Por otra parte, en esta clase de lenguas existían también afijos con que expresar la relación de posesión; y, si alguna carecía de ellos, se valía de otro medio cualquiera, como el de la síncopa, por ejemplo. De *teotle* (Dios) y *calli* (casa) los mexicanos formaban el vocablo *teocalli* (casa de Dios), y nunca decian *teotlecalli.*

En la América precolombiana existían las clases más diferentes de lenguajes. Los había muy cultos, los había muy rudimentarios; los había monosilábicos, aglutinantes y flexionales; los había incorporantes, y los había polisintéticos.

Pero todos, unos (los polisintéticos) con la ayuda de partículas (prefijos y sufijos), otros (los incorporantes) usando de síncopas y elipsis, y otros (los de flexión) con el auxilio de desinencias casuales, todos se valían de medios para indicar la relación de posesión, que en castellano se determina con la preposición *de* (tierra *de* los hombres) y en latín con la desinencia del genitivo (terra homin*um*).

No dudamos de que, entre los miles de idiomas y dialectos del antiguo continente americano, alguien podría dar con uno que estuviese completamente desprovisto de toda clase de elementos con que establecer la relación posesional del genitivo. Aquí manifestaremos, con el objeto de evitar trabajos enojosos á los lectores que fuesen capaces de emprender esta penosa tarea de investigación, que en la pág. 2 del *Arte*

de la lengua de los indios baures de la provincia de los Moxos, compuesto por el P. Antonio Magio, hemos podido leer:

«En los nombres así sustantivos como adjetivos no hay variedad de géneros ni declaración de casos, sino algunas partículas.

»El nominativo no ha menester partícula: *ehiro* el varón, *eteno* la mujer.

»El genitivo se hace con el posesivo y cosa poseída, sin partícula especial que lo explique porque no la tienen, v. g.: el vestido de varón, *rorani ehiro*, vel *ehirocoremo;* vestido de mujer, *rorani eteno* vel *etenocoremo;* el pie del tigre, *repuyi iscini*, vel *iscini puyi*. Es decir: vestido varón, vestido mujer, pie tigre. Así hablan.

»El dativo se hace con esta partícula *ena* que significa «para»: para mí ó mío, *ena nitira;* para mi vestido, *ena rorani.*»

Etc., etc., etc.

Pero la lengua antillana, como casi todas las de América, era polisintética, es decir, abundaban en ella las partículas (prefijos y sufijos) conjuntivas con que los elementos radicales se enlazaban en la construcción de las palabras.

El carácter que distingue á las lenguas americanas, dice M. Duponceau, consiste en que pueden agrupar varias raíces bajo la forma de un solo vocablo. Con la ayuda de prefijos y sufijos, como en el hebreo, copto y demás idiomas semíticos; por medio de partículas significativas, de sílabas y á veces de letras intercaladas, como en el chino, birmano, etc.; y valiéndose de inflexiones, como en las lenguas griega, latina y otras, los indios americanos, especialmente los de las Antillas, agrupaban varios elementos radicales bajo la forma de un solo vocablo. Por esto casi todos los filólogos modernos distinguen á los idiomas de América con el calificativo inadecuado de *lenguas americanas* ó polisintéticas.

«Si j'ai bien compris —escribe M. Adam,—le polysynthétisme consisterait à réunir un grand nombre d'idées en un seul mot et à former des mots à l'infini, par l'emploi des cinq

procédés suivants: 1° inflexions comme dans les langues aryennes; 2° suffixation et préfixation comme dans les langues sémitiques; 3° jonction de particules significatives comme dans le chinois; 4° infixation de syllabes ou de simples lettres tenant la place d'autant de mots; 5° emploi de l' ellipse qui fait sous-entendre.»

El idioma general de las Antillas—según aseguran los filólogos *antiguos* y modernos, conforme manifiesta el historiador Brau, tal como opina el doctor Coll y Toste, y según hemos podido observar nosotros— era polisintético, esto es, se valía de medios especiales para indicar la posesión y demás relaciones lexiológicas y sintáxicas en que se pueden encontrar las raíces en la formación de las palabras y éstas en la construcción de la oración gramatical.

¿Qué significa Boriquén? — nosotros nos preguntamos ahora.

El vocablo Boriquén—*bo* hombre, *ri* fuerza, *quen* tierras—significa «hombre fuerza tierras», ó mejor, no significa nada; porque las palabras, en lengua antillana, requerían para incorporarse, como hemos dicho, el auxilio de partículas significativas que declarasen las variadas relaciones que pudieran haber entre las mismas.

Por consiguiente, así como en castellano «tierra hombre» no significa nada, si no se intercala entre ambas voces la preposición del genitivo y se dice «tierra *de*-el hombre»; así como en francés «terre homme» nada indica, si no se juntan las palabras de este modo: «terre *de* l'homme»; así como en latín «terra homo» no expresa ninguna idea, si no se añade á la palabra «homo» la desinencia correspondiente, de la siguiente manera: «terra homin*is*» ó «homin*is* terra»; así como en griego «guea anzropos» tampoco entraña ningún concepto, si no se hace la flexión del genitivo y se escribe «anzropou tou guea (*contr.* gue)»; y del mismo modo que no se dice: «terra uomo» en italiano, sino terra *dell'*uomo; «earth man» en inglés, sino «earth of the man»; así como sucede en estos idiomas y en otros muchos, así también «Bori quen»

no significa, no expresa ninguna idea, si no se intercala entre la dicción compuesta *bori* y la simple *quen,* el afijo ó partícula del genitivo, si no se construye la palabra del siguiente modo: «*Borinquen*» ó «*Bori n que n*».

La palabra «Boriquén», en conclusión, no significa nada; la palabra «Borinquen» significa *tierras de los valientes señores, patria de los fuertes hombres,* como lograremos demostrar en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO III

SUMARIO.—Los idiomas del Norte y Centro-América.—Medios de que se valian para indicar la posesión.—Las lenguas de la América del Sur.—Sus signos de posesión.—Deducciones.

¿Cómo se expresaba la posesión en los idiomas antiguos del Nuevo Mundo? ¿Con qué signo indicaban la relación del genitivo? ¿De qué medio se valian, en el enlace y composición de dos palabras, para denotar que la una representaba la cosa poseída al propio tiempo que la otra desempeñaba el sujeto de la posesión? ¿Qué letra, qué signo, qué partícula ejercía en aquellas lenguas la función que en la nuestra desempeña la preposición *de* que vemos en la frase «tierra *de* los hombres»?

Antes de que pensásemos emprender el presente estudio, ya notábamos en muchas lenguas de América la letra *n*, ora intercalándose epentéticamente en algunas palabras, ora afijándose de diferentes modos á las mismas. En unos idiomas la encontrábamos como sufijo verbal, y haciendo en otros las veces de prefijo pronominal.

Fijándonos en la *n* epentética que advertíamos en muchas palabras, y deseando averiguar la función que en ellas ejercía, hubimos de comparar unos idiomas con otros; y, examinando uno de los muchos *catecismos* que los misioneros religiosos escribieron durante la conquista y colonización, logramos tropezar con la siguiente frase: «Gad *n* ki-makun», el hijo *de* Dios (*Gad* Dios, *makun* hijo); y una nota de un fi-

lólogo francés, que dice: «Le suffixe *n* étant l'indice de la *possession* passive, il apparaît que la fonction du suffixe *ki* est essentiellement lexiologique».

«La terminación *m* ó *n* del genitivo, nos dice un filólogo americanista, recuerda las de *en* y *ena* del vasco.»

Aunque las precedentes líneas no hubiesen sido escritas, sea cual fuere la preposición éuskara del genitivo, y aunque muchos idiomas europeos usen la partícula *de* y otras para formar el mencionado caso, es lo cierto que casi todas las lenguas del americano continente se valían de la letra *n*, cuando no de las sílabas prepositivas *in* y *ni*, para indicar la relación en que se halla la cosa poseída respecto del sujeto de la propiedad.

Los aleutianos, que constituían una de las muchas tribus esquimales que habitaban en las comarcas septentrionales del continente, formaban el genitivo añadiendo una *n* á la terminación del nominativo, v. g.: *ada*, el padre; *adan*, *de* el padre.

El idioma de los indios dichos *narices cortadas* era el más rico de los hablados por las tribus que vivían en las grandes faldas de las Montañas Roquizas: para la formación del plural se valían de dos medios diferentes: ya repitiendo la primera sílaba de la palabra, como de *pitin*, virgen; *pipitin*, vírgenes; ya añadiendo á la palabra la sílaba *ma*. La expresada lengua, que, como hemos dicho, era la más culta entre las muchas pertenecientes á la familia sahaptina, usaba las partículas afijas *n m* para la declinación del genitivo.—FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

Más al Sur se hablaba la lengua yakima, en la cual la relación del genitivo se expresaba por medio de la preposición *nmi*.

Descendiendo un poco nos encontramos con el idioma nahuatl, incorporante, del cual prescindiremos (1); y con la

---

(1) Sin embargo, en dicha lengua, dice D. Francisco Pi y Margall, la palabra *in* muestra posesión: *In mochi totlatlacot*, todos los pecados de nosotros.

lengua quiché, hablada en Guatemala, en la que el pronombre *in* (*ni* en lengua azteca) se incorpora á los nombres para indicar la posesión.

Pertenece el maya ó yucateca á la categoría de los aglutinantes; pero es de los más avanzados en su género, aunque tiene algunas semejanzas con el monosilábico quiché. La sílaba *in*, en aquel idioma, aunque frecuentemente hace las veces de pronombre personal, sirve también para expresar la posesión. «Es, sin duda, notable la variedad de formas del verbo: ¿lo es menos que unos mismos pronombres fuesen posesivos y personales indicando por uno de ellos toda relación de posesión?» —Pi y Margall.

En otros muchos idiomas de la América del Norte, en el tarasco y en los hablados en el Centro-América, en todos hemos hallado la letra *n* sola ó las partículas prepositivas *in* y *ni* indicando la relación del genitivo.

Mejores datos aun nos proporcionan las lenguas del continente meridional.

Tenemos á la vista el «Vocabulario Páez-Castellano» del señor Uricoechea, en el cual se lee: «De=*N*, denota el posesivo de tercera persona; *obispon*, su obispo (el obispo *de* él); *runan*, su hombre (el hombre *de* él.»

Dice D. Rafael Celedón que la sílaba *na*, en lengua goajira, significa su, *de* ellos, v. g.: *anúa*, la canoa; *na anúa*, la canoa *de* ellos; y que en el idioma kóggaba, es pronombre posesivo de primera persona: *na hába*, mi madre; *na hátei*, mi padre.

El P. La Cueva, en sus «Principios de la lengua de los indios yuracarees», escribe: «Los nombres de las cosas que pueden poseerse, nunca van solos, sino con los pronombres ó nombres de los que poseen y las partículas de posesión especialmente con la partícula *ma*, la cual frecuentemente la aplican al singular, especialmente cuando no se puede determinar de quién es la cosa, ó se habla generalmente, v. g. *ma-Nu* hijo, *ma- Ye- ñu* las muchachas; y en otras muchas cosas que en castellano se ponen en singular como: la bebida,

orina, algodón, cabello, mortaja, etc.; y suelen trocar las partículas de singular y plural, v. g. *cai-Ma-la-ni ti-tomete*, iré por mis flechas, etc.» Y en una obra (1) publicada recientemente en París, dice D. Luciano Adam: «Dans un grand nombre de langues américaines, les noms des êtres susceptibles de possession sont toujours affectés d'un indice représentant la personne du possesseur. Cette règle parait être tellement absolue en Yurucare, qu'un indice, celui de la 3me personne du pluriel est préfixé au nom quan le possesseur est inconnu ou que «se habla generalmente». Ex. *ma-Nu* le fils d'eux, le fils on ne sait de qui, le fils».

En el idioma chiquito, en la lengua mosquito, en la campa y en otras muchas, exceptuando los dialectos de la familia tupí, en casi todas encuéntrase la letra *n* prefijándose al nombre de la cosa poseída y ejerciendo la misma función que en castellano desempeña la preposición *de* que vemos en la frase «tierra *de* los hombres».

«La Sauvage enseña que la posesión se expresa en galibe analíticamente por medio de pronombres personales antepuestos á los nombres poseídos»; y Luciano Adam dice que los prefijos que hacían las veces de pronombres *(n-b-ua)* propios del hablar de las mujeres, y los comunes á los dos sexos (*l - h - nh*) proceden todos de la lengua arruaca. El P. Raymond Breton confirma lo expuesto por Adam, diciendo que *n*, *b*, *l*, *ua*, *h*, *nh*, eran los pronombres que, en lengua caribe de las Antillas de Barlovento, indicaban la posesión prefijándose á los nombres poseídos. Así, de *acu*, ojo, se derivan: *nacu*, mi ojo; *bacu*, tu ojo; *lacu*, el ojo *de* él; *uacu*, nuestro ojo; *hacu*, vuestro ojo; *nhacu*, el ojo *de* ellos. Aunque en esta lengua se emplea el prefijo *n* significando «mío», esto es, haciendo las veces de pronombre posesivo de primera persona, de todas maneras indica posesión, por más que no la exprese en tercera persona como se verifica en los demás

(1) «Principes et dictionnaire de la langue Yuracare ou Yurujure composés par le R. P. La Cueva, et publiés conformément au Manuscrit de A. d'Orbygny par Lucien Adam».

idiomas y como no sería de extrañar que se verificase también en el dialecto borinqueño.

Las lenguas que de las tres citadas (galibe, arruaca y caribe) tomaron el prefijo *l* (su, *de* él), es muy probable que lo convirtieran en *n* (1).

La letra *n*, equivalente al *nun* de los hebreos y á la *ny* ó *nu* griega, es muy parecida en su pronunciación á la letra *l;* ambas se pronuncian hiriendo con la punta de la lengua la parte anterior del paladar; ambas son consonantes líquidas.

Por eso es tan frecuente el cambio de la *l* en *n;* por eso la *l* de la raiz hebrea *lo*, no, ha pasado á las lenguas modernas convertida en *n*. Muchas palabras latinas, al pasar al castellano, han mudado también la *l* en *n*, v. g.: de *ad* y *falce* se formó el vocablo castellano «alfa*n*ge»; y en «alca*n*ce», del latin *calcen*, se verificó también el mismo cambio (2). No extrañamos, pues, que el pronombre posesivo de tercera persona, que en galibe, en arruaco y en caribe se expresaba con una *l*, haya pasado, al dialecto borinqueño, convertido en *n*, como se encuentra en otras muchas lenguas de América.

De todas maneras en la lengua caribe, en la arruaca y en la galibe, que fueron las que más influencia ejercieron en las Antillas, existía la *n*, pronombre, prefijándose á los nombres poseídos. Esto mismo acontecía en idiomas hablados al Sur de la Tierra del Fuego (exceptuando el dialecto de los alecu-lofs y algún otro). Nadie, con tales datos, podrá negar que esta era una ley generalísima.

La lengua hablada por los indios de Borinquen era muy

---

(1) Este cambio de *l* en *n* ha sido muy frecuente en todos los idiomas del mundo. De la raíz hebrea *lo* proceden la palabra castellana «no», la francesa «non», etc. Casi todos los idiomas modernos se valen de la *n* para expresar la negación, y sin embargo, la raíz semítica de donde la tomaron era *lo*, habiendo habido por tanto un cambio de la *l* en *n*.

(2) «Roque Barcia dice que en casi todas las lenguas la letra *n* es la radical característica de la idea de hijo, de ser producido ó *nacido*, de todo lo que es *nuevo*»; y en este sentido, *Borinquen* significa «valientes señores hijos de la tierra, ó nacidos en la tierra».

parecida á la de los caribes, principalmente al hablar de las mujeres; la palabra borinqueña *zemi* equivale á *chemín* en el lenguaje de las mujeres caribes. También el idioma borinqueño, conforme hemos demostrado, era muy semejante al de los galibes, arruacas, caribes, chaimas, etc. Por lo tanto, el prefijo pronominal *n*, que en estos idiomas indicaba la posesión, debió existir forzosamente en el dialecto borinqueño.

Los idiomas galibe, arruaca, caribe, taino, borinqueño y otros eran tan parecidos entre sí, que cualquiera que hablase y entendiese uno de ellos tenía necesariamente que hablar y entender los demás.

El prefijo *n* existía en los idiomas galib., arr., car., etc., en otros del continente y aun de la parte más meridional de la Tierra del Fuego. ¿Hay alguna razón para que la lengua borinqueña se hubiese eximido de una regla tan general en todas las demás lenguas indianas, principalmente en las que más en contacto estuvieron con ella? Debemos suponer que el idioma de los borinqueños estuvo sujeto á la misma ley que presidiera en los cambios fonéticos de las lenguas de los pueblos con quienes aquéllos estuvieron en contacto. Es, pues, indudable la existencia de la *n*, signo de posesión, en la lengua borinqueña.

La palabra Borinquen, dicen los señores D. Salvador Brau y D. Cayetano Coll, está compuesta de las tres siguientes: *Bo*, hombre; *ri*, valiente; y *quen*, tierras; de donde deducen que *Boriquén* (como ellos escriben) significa «tierras del valiente señor». ¿Y dónde está ahí el signo que indique la posesión? Tendría mejor explicación la frase si intercalásemos la *n* epentética que vemos en tantas lenguas americanas y afines por tanto de la borinqueña.

Colocando, pues, la *n* en el medio del vocablo, quedaría entonces perfectamente clara la frase susodicha; porque el prefijo posesivo *n*, puesto entre la palabra compuesta *Bori* (valiente señor) y la simple *quen* (tierras), revelaría que entre ambas voces existe una relación de posesión. Debe, por

consiguiente, decirse *Borinquen* si se quiere que esta palabra encierre claramente la idea que se le asigna y que verdaderamente significa.

Hemos hecho esta especie de disquisición lingüística, para que el lector ajeno á estos estudios quede completamente ilustrado acerca del punto que discutimos.

Ahora vamos á exponer nuestra opinión lo más concretamente posible.

Sabemos que en las lenguas car., arr., gal. y otras, los prefijos que se anteponían á las palabras para indicar la posesión eran los siguientes: *n*, significando «mío»; *b*, «tuyo»; *l*, «*de* él»; *ua*, «nuestro»; *h*, «vuestro»; y *nh*, «*de* ellos».

Nosotros creemos que la palabra *Borinquen* ó *Bo-ri-n-que-n* se compone de los siguientes elementos: *Bo*, que expresa la idea general de *hombre, señor; ri*, que denota el concepto absoluto de *valor, fuerza;* el prefijo *nh*, que significa *de ellos, de los;* la raíz *que*, que entraña la significación de *tierra;* y la *n* final, símbolo de la pluralización. La gutural suave *h*, del prefijo *nh*, se pierde ó desaparece por encontrarse delante de la gutural fuerte *q*, de la raíz *que*. Por esto creemos que, tal como se dice vulgarmente, Borínquen, con el acento sobre la *i*, está muy bien dicho; porque las letras no se pierden sin compensación, y es muy lógico que, al perderse la *h* final de la sílaba *rinh* por encontrarse antes de la gutural fuerte inicial de la sílaba *quen*, es muy lógico, repetimos, y muy natural, que se alargue la vocal de la sílaba *rin*, que se cargue la acentuación sobre ella.

De modo que *Borinquen* puede traducirse por *tierras de los valientes señores, patria de los fuertes hombres*, calificativo justificado; «pues, aunque los borinqueños no constituían un pueblo belicoso, ni tenían necesidad para subsistir de hacer la guerra á sus convecinos, es fama que se mostraron siempre muy valerosos en la defensa de su territorio contra las invasiones y depredaciones de los isleños de Barlovento, sus encarnizados enemigos».

CAPÍTULO ÚLTIMO

Conclusión

SUMARIO. — Fin de este libro. — Su verdadero objeto. — Nuestros propósitos. — La historia en Puerto Rico. — Reseña bibliográfica. — Historiadores portorriqueños. — Sus obras. — Comentarios críticos, etc., etc.

«La verdadera historia regional de la isla de Puerto Rico no está aún escrita, cual corresponde á las modernas narraciones, es decir, informada y robustecida por el espíritu depurador y crítico de nuestra época.» COLL Y TOSTE.

La presente obra no ha sido publicada con el fin de llenar ese lamentable vacío.

Escribir la historia completa de la vida de un pueblo es tarea más que ardua para quien, como nosotros, carezca de la ilustración, práctica y habilidad necesarias en la ejecución de tan difícil empresa.

No es que en la culta *ciudad de los Condes* escaseen los archivos, museos y demás fuentes productoras del movimiento científico. Y no es que en esta capital falten academias y bibliotecas, públicas y particulares. Aquí está la Biblioteca de la Universidad, una de las mejores de España, llena de manuscritos y pergaminos antiguos; aquí el clásico Archivo de la Corona de Aragón; aquí el Archivo de la Casa Consisto-

rial; aquí el Gabinete Arqueológico del Sr. Estruch, mostrando las armaduras de la Edad Media, las espadas de los reyes y las lanzas caballerescas de los señores feudales; aquí el «Museo Martorell» de Historia Natural, notable por su rica colección ornitológica en la cual abundan los tipos más raros y caprichosos de la fauna americana; aquí, en fin, el Ateneo Barcelonés y otros muchos centros de ilustración y cultura. Además, y en lo que á nuestra América concierne, nos falta por mencionar aún lo mejor. Nos referimos á la «Biblioteca Arús» ó la *Biblioteca popular más suntuosa de España*, calificada así por el malogrado americanista D. José Coroleu. Fué su fundador D. Rosendo Arús y Arderíus. Consta de 25,000 volúmenes, de los cuales 600 se contraen á la América, otros 600 á descripciones geográficas y de viajes, y casi otros tantos á disquisiciones lingüísticas y filológicas. Entre los libros concernientes á América nos llamó principalmente la atención una «Colección de documentos inéditos sobre el descubrimiento, conquista y colonización de nuestras posesiones de Ultramar, sacados del Archivo nacional de Indias», obra monumental que consta de una infinidad de tomos. Hay además otras colecciones importantes.

Ningún interés—ni el anhelo de gloria, ni el móvil pecuniario, — nos ha impulsado á escribir esta modesta obra. Tampoco hemos hecho ningún sacrificio, ni hemos llevado á cabo ninguna empresa notable. Por tanto, no somos merecedores de ningún aplauso.

Aunque nuestra obra aparece bajo la forma de artículos sueltos, sin embargo se deja ver en ella cierta unidad y algún procedimiento metódico, lo mismo en la primera que en la segunda parte. Si el lector se fija en la parte histórica verá que, antes de narrar lo referente al descubrimiento de Puerto Rico, describimos el primer viaje de Colón, y antes de describir este viaje, hacemos la biografía de los dos héroes que lo realizaron. Así sucede en todo el curso de la obra; la colocación de los artículos obedece á un plan preconcebido.

Nos parece que dejamos suficientemente probado lo relativo al descubrimiento de Puerto Rico por Martín Alonso Pinzón. No hemos querido aportar más datos por no fatigar á los complacientes lectores. Igual idea nos obligó á no dar más amplitud á la parte filológica.

Este libro ha sido escrito durante los ratos de ocio que permitían otras ocupaciones. Adolecerá, por tanto, de numerosos defectos, en algunos de los cuales hemos incurrido inconscientemente. Los demás errores, esto es, los referentes á la deficiencia en el estilo, esperamos que el lector sabrá perdonarlos.

Convencidos, como estamos, de que los estudios históricos y filológicos son los que en nuestros tiempos dan menos lustre, renunciamos de antemano á toda suerte de aspiraciones. A nada aspiramos, y nada pretendemos. Mas, si hemos logrado no incurrir en censurables equivocaciones, grande será nuestra satisfacción al haber esclarecido los dos puntos más obscuros de la historia de Puerto Rico, á saber, el descubrimiento de dicha isla y el nombre con que los indios la conocían.

Así, partiendo de bases y de principios ciertos, podrán los que vengan después construir de un modo más estable el verdadero edificio de nuestra historia regional.

La aparición de una obra histórica sobre Puerto Rico no es, en los momentos actuales, ninguna novedad. La historia de la *Pequeña Antilla* cuenta, desde hace tiempo, con notables cultivadores, los cuales mencionaremos por orden alfabético, del siguiente modo:

Abbad (Fray Iñigo).—*Historia geográfica, civil y natural de San Juan Bautista de Puerto Rico*, publicada por Antonio Valladares de Sotomayor.—Madrid, 1788.

Acosta (D. José Julián).—Este ilustrado escritor publicó de nuevo, en el año 1866, la notable obra del Padre Iñigo,

ilustrándola con muchas «Notas» que siempre fueron leídas con sumo agrado.

Brau (D. Salvador).—*Puerto Rico y su Historia.* (Investigaciones críticas).—Valencia, 1894.

No obsta que hayamos criticado la obra del mencionado escritor, ni importa que en nuevas ocasiones volvamos á señalar sus errores, para reconocer aquí el valor y la importancia de la misma. Hemos lamentado el descuido con que el bizarro periodista y erudito historiador portorriqueño trata de ciertas cuestiones filológicas, y no pudimos menos que censurar sus equivocaciones con el rigor que la índole de ellas reclamaba; pero, á fuer de escritores imparciales y desapasionados, cumplimos el deber de elogiar la erudición y escrupulosidad con que el referido autor esclarece ciertos puntos de historia política, y la envidiable maestría con que discute y analiza otros muchos referentes á la geografía y estadística de nuestra Antilla.

Por otra parte, el laborioso escritor, con cuyo nombre acabamos de honrar esta página, casi ha sido el iniciador en Puerto Rico de estos estudios; por lo cual, y por los numerosos merecimientos que tiene adquiridos en su ya larga existencia política y en su brillante carrera literaria, es digno de la estima y consideración de sus conciudadanos, y en grado sumo acreedor á la protección y cariño, que pudiera dispensarle el pueblo portorriqueño, y al aplauso que con toda sinceridad le tributamos nosotros por medio de estos humildes renglones.

Cedó (D. Santiago).—*Compendio de Geografía para instrucción de la juventud portorriqueña.*—Mayagüez, 1855.

Coello (D. Francisco).—*Mapa de la isla de Puerto Rico*, ilustrado con notas históricas y estadísticas escritas por don Pascual Madoz.—Madrid, 1851.

Coll y Toste (D. Cayetano).—*Colón en Puerto Rico.* (Disquisiciones histórico-filológicas.)—Puerto Rico, 1894.

—*Repertorio histórico de Puerto Rico.*—El autor publica esta obra por cuadernos mensuales. ¡Ojalá no desfallezca en la

comenzada labor! Publicaciones como esas, honran al país que las protege.

CÓRDOBA (D. Pedro Tomás).—*Memorias geográficas, históricas, económicas y estadísticas de la isla de Puerto Rico.*—Puerto Rico, 1830.

—*Memoria sobre todos los ramos de la administración de la isla de Puerto Rico.*—Madrid, 1838.

CORTÓN (D. Antonio).—*La separación de mandos en Puerto Rico.* Discurso escrito y comenzado á leer ante la Comisión del Congreso de los Diputados.—Habana, 1890.

Citamos aquí este trabajo, que alcanzó mucha celebridad en la época de su publicación, porque en él se contiene un resumen de la historia política contemporánea de Puerto Rico. La edición que tenemos á la vista fué publicada por el periódico *El Gil Blas* (de la Habana) y ofrecida como obsequio á sus suscriptores.

FLINTER (D. Jorge).—*Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico,* bajo el gobierno español, en que se manifiesta la impolítica y peligro de la emancipación de los esclavos de la India occidental, con algunas observaciones sobre la ruinosa tendencia de una reforma imprudente y de los principios revolucionarios hacia la prosperidad de las naciones y colonias.—Nueva York, 1832.

JANER (D. Felipe).—Este docto maestro, que mucho sobresale entre sus compañeros del profesorado portorriqueño, escribió con castizo lenguaje y exquisito método, una «Geografía de Puerto Rico;» que, á nuestro juicio, es el mejor tratado didascálico que sobre materia geográfica se ha logrado imprimir en aquella isla.

JIMENO AGIVS (J.)—*Puerto Rico.*—Madrid, 1890.

Es un notable estudio histórico, geográfico y principalmente estadístico de dicha Antilla.

LEDRU (André Pierre).—*Voyage aux îles Ténériffe, la Trinité, Saint-Thomas, Sainte-Croix et Porto Rico,* avec des notes et des additions par Sonnini. (2 vol.): Vol. I, XLVII et 315 pp.—Vol. II, 394 pp.—París, 1810.

Obra difícil de recomendar por los muchos errores que contiene. Afirma, varias veces, que las montañas de Aibonito se cubren de nieves perpetuas, y describe los sustos y congojas que el autor experimentó una tarde en que, habiéndose internado y perdido en una de aquellas montañas, temió ser devorado por *las salvajes fieras de los bosques.* Esto sin hacer caso de otros muchos dislates ó extravagancias; pues nos habla de un pajarito que al cantar produce este sonido: *chilí, chilí..*, por lo que los jíbaros lo llaman *chile*, y deduce en consecuencia (no nos extrañan ya estas deducciones) que la República de Chile recibió este nombre por lo mucho que allí también abunda el tal pajarito; siendo así que la denominación de la referida República procede del adjetivo *chirij* (frío) ó del sustantivo *chile* (nieve), voces que los *indo-araucanos* extrajeron del idioma de sus vecinos los *quechúas.* Finalmente, sólo para distracción y pasatiempo de los lectores podríamos recomendar la expresada obra.

Meléndez y Bruna (D. Salvador).—*Puerto Rico.*—Representación del gobernador y capitán general de la isla de Puerto Rico (dicho señor), pidiendo á S. M. que se dé cuenta en sesión pública y no secreta de las quejas promovidas por el diputado en Cortes de aquella isla contra su opinión y conducta.—Cádiz, 1811.

Nazario (D. José María).—*Guayanilla y la Historia de Puerto Rico.*—Ponce, 1893.

Filósofo profundo, orador elocuente y arqueólogo laborioso el Padre Nazario, ocupa también uno de los mejores puestos entre el escaso número de nuestros historiadores provinciales. Expuesto, sin embargo, como todo mortal, á equivocarse, afirma que nnestra isla se llamaba *Carib*, nombre què más bien se aplicó á toda la parte Este del archipiélago, desde Puerto Rico hasta el último confín de las islas de Barlovento. Supone más desarrollada la escritura de los indios borinqueños que la de los de Méjico y el Perú. Careciendo nosotros de documentos relativos á tan importante materia, no nos atre-

vemos á corroborar esta última opinión del ilustrado sacerdote, ni mucho menos á negarla. Pero sí advertimos que la hipótesis no está exenta de algún fundamento. En efecto: el idioma de las Antillas procedió de la fusión de otras lenguas del continente, distintas entre sí porque distintos probablemente deben de haber sido los pueblos que con invasiones sucesivas dieron origen á la población indígena de aquellas islas.

Y si la importancia de una lengua depende del mayor ó menor número de sus raíces y de la mayor ó menor cantidad de palabras con que expresar los pensamientos, no es de extrañar que los idiomas indianos de las Antillas hayan sido más perfectos que las lenguas madres de que procedieron. Lo mismo que la riqueza del lenguaje castellano proviene de los muchos y diferentes idiomas que intervinieron en su formación, así también el dialecto *borinqueño* pudo ser rico por la diversidad de lenguas que deben de haberlo formado. Y por las mismas razones que el lenguaje castellano es superior al árabe, celta, godo y demás matrices que lo constituyeron, así también pudo el dialecto borinqueño ser superior á los idiomas madres del continente americano.

Ahora bien, como el lenguaje escrito de los pueblos corre parejas con el lenguaje hablado de los mismos, por esta razón juzgamos no exentas de fundamento las afirmaciones del sacerdote historiador. (Nos hallamos en el caso de advertir que desconocemos la obra titulada *Guayanilla y la Historia de Puerto Rico*, y que sólo por referencias de otros autores hemos venido en conocimiento de las cuestiones que se debaten en ella.)

PASTRANA (D. Francisco).—*Catecismo de geografía de la isla de Puerto Rico.*—Puerto Rico, 1852.

PÉREZ MORIS (D. José) y CUETO (D. Luis).—*Historia de la insurrección de Lares*, precedida de una reseña de los trabajos separatistas que se vienen haciendo en la isla de Puerto Rico, desde la emancipación de las demás posesiones ultramarinas,

y seguida de todos los documentos á ellas referentes.—Barcelona, 1872.

Sama (D. Manuel María).—*El Desembarco de Colón en Puerto Rico y el Monumento de Culebrinas.*—Mayagüez, 1895.

El Sr. Sama, inspirado poeta y laborioso autor de la *Bibliografía portorriqueña*, sostiene con inteligencia y brío la opinión de que el lugar del desembarco de Colón no fué otro que la rada de Mayagüez.

Stahl (D. Agustín).—*Los indios borinqueños.*—Puerto Rico, 1887.

Tapia (D. Alejandro).—*Biblioteca histórica de Puerto Rico.*—Puerto Rico, 1854.

Úbeda y Delgado (D. Manuel).—*Isla de Puerto Rico.* Estudio histórico-geográfico de la misma.—Puerto Rico, 1878.

Vizcarrondo (D. Julio).—*Elementos de historia y geografía de la isla de Puerto Rico.*—Puerto Rico, 1863.

Aproxímanse también al género histórico ciertos trabajos de los señores Alonso (D. Manuel), Asenjo (D. Federico), Baldorioty de Castro, Celis Aguilera, Fernández Juncos, Figueroa (D. Sotero), Gómez (D. Juan Gualberto), Infiesto, Labra, Molina Serrano (D. Eusebio), Morell Campos, Peñaranda, Quiñones (D. Francisco Mariano), Sardá, Sendras, Tió, Valle Atiles y otros muchos.

Tampoco debemos dejar de mencionar á los que, como Zeno Gandía, Neumann, Dr. Domínguez, Navarrete, etc., se han valido de las columnas del periódico para dar á conocer sus eruditos estudios é investigaciones.

Pronto el *país* se verá favorecido con una nueva obra de D. Salvador Brau. Será meritoria por lo bien que este autor dilucida los puntos referentes á la que podríamos llamar *Edad Media* de la Historia de Puerto Rico.

Con tan jugosos elementos bien podrían personas más hábiles escribir una historia completa y acabada del pueblo portorriqueño; pero nosotros, á pesar de haber puesto en juego todas nuestras fuerzas, sólo hemos logrado hacer las precedentes investigaciones, que sometemos al juicio

de nuestros cultos paisanos y del público en general, cuyo fallo, si resulta desfavorable, será recibido por nosotros con la tranquila resignación del que quiso, pero no pudo, contribuir al progreso intelectual de nuestro hermoso cuanto adorado país.



ERRATAS PRINCIPALES

Pág.	Línea.	Dice	Debe decir
32	12	el veril	el mismo veril
40	28	Yanco	Yauco
68	27	*divinatcionis*	*divinationis*
84	8	dice el Almirante	dijo y escribió el Almirante
93	5	han tratado este	han tratado de este
97	9	empequeñece	empece
106	34	que podía haber	que podían haber
110	14	tienga	tenga
113	34	Paso de la Mona;	Paso de la Mona,
114	1	las escaladas	las escalas
120	8	salvas las	salvo las
163	5	salvas pequeñísimas	salvo pequeñísimas
190	12	convencidos, como estamos	convencido, como lo estamos

Otras menos importantes, el lector las subsanará.



ÍNDICE

Pág.

CAPÍTULO PRIMERO

Descripción de la isla de Puerto Rico

Sección I

Sección II

CAPÍTULO II

Los héroes del descubrimiento

Sección I

Sección II



